

RA

AVENTURA *en el* MAR



Eric
Blyton

Lectulandia



Jack, Jorge, Dolly y Lucy acompañados por su amigo el detective Bill parten ilusionados hacia Escocia para disfrutar de las aves y el paisaje salvaje de sus islas. Una vez allí todo resultará diferente a como habían planeado: unos delincuentes, que utilizan las islas como base de operaciones, convierten sus vacaciones en una emocionante y arriesgada aventura.

Lectulandia

Enid Blyton

Aventura en el mar

Aventura - 04

ePub r1.1

Gand 08.09.14

Título original: *The sea of adventure*
Enid Blyton, 1948
Traducción: Guillermo López Hipkiss
Ilustraciones: Stuart Tressilian

Editor digital: Gand
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Proemio



Éste es el cuarto libro de la Colección «Aventura». Forma parte de una serie, no obstante lo cual, constituye una obra completa en sí.

Los tres libros anteriores llevan por títulos: **Aventura en la Isla**, **Aventura en el Castillo**, y **Aventura en el Valle**, respectivamente. Este cuarto se llama *Aventura en el Mar* y figuran en él los mismos personajes que en los otros: Jack, Dolly, Lucy y Jorge. Bill Smugs aparece aquí también y, claro está, «Kiki», el loro parlanchín. Espero que a todos os gustará tanto este relato como os han gustado los otros.

Os desea lo mejor de lo mejor,

Enid Blyton
=

Capítulo I

¡Nada de institutrices, gracias!

—¿Sabéis que es el cinco de mayo ya? —murmuró Jack, con melancólica voz—. Todos los chicos volverán al colegio en el día de hoy.

—¡Qué lástima; qué lástima! —observó el loro «Kiki», con voz tan melancólica como la de Jack.

—Y todo ello por culpa del sarampión —anunció Lucy, contristada—. El primero en pillarlo fue Jorge, cuando llegó a casa de vacaciones. Luego Dolly, y ella me lo contagió a mí. Y luego lo tuviste tú.

—Bueno, pero hemos salido todos de cuarentena ya —dijo Dolly, desde su rincón del cuarto—. Es una estupidez por parte del médico empeñarse en que nos hace falta un cambio de aires antes de volver al colegio. ¿No hay bastante cambio ya con volver al colegio? ¡Con lo que a mí me gusta el curso de verano!

—Sí... y apuesto a que a mí me hubiera tocado formar parte del equipo de fútbol —respondió Jorge, echándose atrás con la mano el mechón de pelo que le caía sobre la frente—. ¡Troncho! ¡Cuánto me alegraré de poder cortarme el pelo otra vez! ¡Me siento como una chica ahora que me ha crecido tanto!

Los cuatro niños habían pillado el sarampión muy fuerte durante las vacaciones. Jack fue el que lo pasó peor, y a Dolly le dieron mucho quehacer los ojos. De esto tuvo ella la culpa en parte, porque le habían prohibido que leyese y ella se empeñó en desobedecer las órdenes del médico. Ahora no hacían más que llorarle los ojos y, siempre que la luz era fuerte, parpadeaba.

—Desde luego, se acabaron los estudios para Dolly, de momento —había dicho con severidad el doctor—. Supongo que creerías saber más que yo, jovencita, cuando te empeñaste en desobedecer mis órdenes. ¡Puedes darte por afortunada si no tienes que usar lentes dentro de poco por no haber hecho lo que te mandaban!

—Dios quiera que no nos mande mamá a una de esas pensiones tan horribles a orillas del mar —dijo Dolly—. No puede acompañarnos ella, porque ha aceptado no sé qué clase de trabajo importante para el verano. Espero que no se le ocurrirá buscarnos una institutriz o algo así para que se nos lleve.

—¡Una institutriz! —exclamó Jorge, con desdén—. Maldito si iría yo, entonces. Y, en cualquier caso, dudo que se quedara ahora que me he puesto a entrenar ratas.

Su hermana Dolly le miró con repugnancia. Jorge siempre llevaba encima un bicho u otro, porque le gustaban mucho los animales. Hacía lo que quería con ellos. Lucy, en su fuero interno, estaba convencida de que, si se encontraba con un tigre enfurecido en la selva, se limitaría a extender hacia él la mano, y el tigre lo lamería

como un perro, ronroneando como un gato.

—¡Te he dicho, Jorge, que como llegues a enseñarme siquiera una de tus ratas, daré un chillido! —anunció Dolly.

—Bueno, pues, ¡chilla entonces! —le contestó Jorge—. ¡Eh, «Chirriamucho»! ¿Dónde estás?

«Chirriamucho» apareció por encima del cuello del jersey del muchacho y, haciendo honor a su nombre, se puso a chirriar. Dolly soltó un chillido.

—¡Bruto, más que bruto! ¿Cuántos bichos de esos tienes metidos por el cuello? Si tuviéramos un gato, se los daba todos.

—Pero no lo tenemos —respondió Jorge, empujándole la cabeza a «Chirriamucho» para que se escondiera.

—Tres ratoncitos ciegos —observó «Kiki», con gran interés, ladeando la cabeza en espera de que «Chirriamucho» apareciera otra vez.

—Te equivocas, amigo «Kiki» —dijo Jack, alzando con indolencia una mano y tirándole a su loro de las plumas de la cola—. Lejos de tratarse de tres ratoncitos ciegos, se trata de una sola rata, y la mar de espabilada por añadidura. Oye, «Kiki», ¿por qué no pillaste tú el sarampión?

El loro estaba muy dispuesto a entablar una conversación con su amo. Cloqueó ruidosamente, y agachó la cabeza para que se la rascaran.

—¿Cuántas veces he de decirte que cierres la puerta? —gritó—. ¿Cuántas veces he de decirte que te limpies los pies? Limpia la puerta, cierra los pies, limpia...

—¡Eh, que te estás haciendo un lío! —le interrumpió Jack.

Y los otros se echaron a reír. Cuando «Kiki» empezaba a hacer una mezcla de las cosas que tanto le gustaba decir, siempre resultaba cómico en extremo. Al loro le gustaba hacer reír a la gente. Alzó la cabeza, irguió la cresta, e imitó el ruido de una segadora mecánica.

—¡Basta ya! —exclamó Jack, dándole un golpe en el pico—. ¡Calla ya, «Kiki»!

Pero «Kiki», encantado con el ruido que estaba haciendo, voló hasta posarse sobre las cortinas y continuó siendo una segadora mecánica... de las que andan necesitando que las engrasen.

La señora Mannering asomó la cabeza por la puerta.

—¡Niños! ¡No le dejéis hacer tanto ruido a «Kiki»! Estoy celebrando una entrevista con alguien, y resulta la mar de molesto.

—¿Quién ha venido a entrevistarse contigo? —preguntó al punto Jorge—. ¡Mamá! No se te habrá ocurrido buscar una institutriz o algo igualmente terrible para que nos lleve a hacer un cambio de aires, ¿verdad? ¿Está aquí?

—Sí que está —contestó la señora. Y todos los niños gimieron a coro—. De sobra sabéis que no dispongo de tiempo para acompañaros yo. He aceptado trabajo para este verano, aunque claro, de haber sabido que ibais a tener el sarampión tanto

tiempo, y que ibais a quedaros tan flacuchos después...

—¡No estamos flacuchos! —exclamó Jorge, indignado—. ¡Qué palabra más horrible!

—Flacucho, «Chirriamucho» —dijo inmediatamente «Kiki», y rompió a reír. Le encantaba aparejar las palabras que sonaban igual—. ¡Flacucho «Chirriamucho»!

—¡Cállate, «Kiki»! —ordenó Jack, tirándole un cojín—. Tía Allie..., podríamos irnos divinamente solos. Tenemos bastante edad ya para saber cuidarnos.

—Jack, en cuanto os permito que os alejéis de mi lado un instante durante las vacaciones, siempre os metéis de cabeza en alguna aventura espeluznante —le respondió la señora Mannering—. Jamás olvidaré lo que sucedió el verano pasado..., ¡mira que equivocarse de aeroplano y perderse durante Dios sabe cuánto tiempo en una calle!

—¡Oh, ésa fue una aventura maravillosa! —exclamó Jorge—. Ojalá pudiésemos correr otra así. Estoy harto de tener sarampión tanto tiempo. Por favor, mamá, ¡sé buena y deja que vayamos solos!

—No. Vais a ir a una playa completamente segura, con una institutriz completamente segura, a pasar unas vacaciones completamente seguras.

—¡Segura, segura, segura! —aulló «Kiki»—. ¡Segura y completamente!

—Al revés, «Kiki» —advirtió Jack.

La señora Mannering se tapó los oídos con los dedos.

—¡Ese pájaro! Supongo que estoy cansada como consecuencia de haber tenido que hacer de enfermera de los cuatro; pero, la verdad, «Kiki» me pone los nervios de punta ahora. ¡El alivio que sentiré cuando se haya marchado con vosotros!

—Apuesto a que «Kiki» no le gustará a ninguna institutriz —dijo Jack—. Tía Allie, ¿le habló usted de «Kiki»?

—Aún no —confesó la señora—. Pero supongo que será mejor que la haga pasar y os la presente.

Salió. Los niños se contemplaron unos a otros con mirada torva.

—Ya sabía yo que ocurriría eso —anunció Dolly, sombría—. En lugar de divertirnos en el colegio, tendremos que andar por ahí como atontados con una persona a la que no podremos soportar. Jorge..., ¿no puedes hacer algo con esas terribles ratas tuyas cuando... entre ella? Si supiese que tú eres uno de esos niños a los que les gusta llevar ratones, ratas, escarabajos y erizos dentro del jersey y en los bolsillos, seguramente echaría a correr como si la persiguiera el mismísimo demonio.

—¡Magnífica idea, Dolly! —exclamaron todos a un mismo tiempo.

Y Jorge les dirigió una mirada radiante, y dijo:

—Rara vez se te ocurre una idea; pero ésa es buena. ¡Eh, «Chirriamucho»! ¡Sal de ahí! ¿Dónde estás, «Hocicudo»? ¡Sal de mi bolsillo, «Bigotes»!

Dolly retrocedió hacia el rincón más lejano del cuarto, contemplando,

horrorizada, a las tres pequeñas ratas blancas. Pero ¿cuántas llevaría Jorge encima? Decidió no acercarse a él si le era humanamente posible evitarlo.

—Yo creo que «Kiki» podría dar una exhibición también —dijo Jack, riendo—. «Kiki»... ¡Pof-pof-pof!

Aquella era la señal para que el loro hiciese su famosa imitación del silbido de una locomotora dentro de un túnel. «Kiki» abrió el pico e hinchó la garganta, encantado. Rara vez le pedían que hiciera tan terrible ruido. Lucy se llevó las manos a las orejas.

Se abrió la puerta y entró la señora Mannering con una mujer alta, de severo aspecto. Era evidente que jamás se permitiría que ocurriese ninguna aventura ni cosa alguna anormal en la vecindad de la señorita Lawson. Se veía bien a las claras que, en efecto, era «completamente segura».

—Niños, ésta es la señorita Lawson —empezó a decir la señora Mannering.

Le ahogó la voz el estridente silbido de «Kiki». Jamás había hecho el loro mejor su imitación. Jamás prolongó tanto el aullido. Aquella vez se soltó el pelo de verdad.

La señorita Lawson exhaló una exclamación y retrocedió. No vio a «Kiki» al principio. Miró a los niños, creyendo que uno de ellos hacía aquel espantoso ruido.



—¡«Kiki»! —tronó la señora Mannering, furiosa—. Niños, ¿cómo le dejasteis hacer eso? ¡Me avergonzáis!

«Kiki» calló. Ladeó la cabeza y miró con descaro a la señorita Lawson.

—¡Límpiate los pies! —ordenó—. ¡Cierra la puerta! ¿Dónde tienes el pañuelo? ¿Cuántas veces he de decirte que...?

—Saca a «Kiki» de aquí, Jack —ordenó la señora, encendida de indignación—. No sabe usted cuánto lo siento, señorita Lawson. «Kiki» es propiedad de Jack, y no suele comportarse tan mal.

—Comprendo —respondió la institutriz con gesto dubitativo—. No estoy muy acostumbrada a los loros, señora Mannering. Supongo, claro está, que este pájaro no irá con nosotros. Yo no puedo hacerme responsable de animales así... y no creo que la pensión...

—Eso ya lo discutiremos más tarde —repuso apresuradamente la señora Mannering—. Jack, ¿has oído lo que te he dicho? Llévate a «Kiki» de aquí.

—Polly, pon al fuego el escalfador —le dijo «Kiki» a la señorita Lawson, que no le hizo el menor caso.

El loro gruñó como un perro enfurecido, y la institutriz hizo una mueca de sobresalto. Jack cogió al loro, les guiñó un ojo a los otros, y salió del cuarto con el pájaro.

—¡Qué lástima, qué lástima! —se condolió «Kiki» al cerrarse la puerta tras él.

La señora Mannering exhaló un suspiro de alivio.

—Jack y Lucy Trent no son hijos míos —le dijo a su compañera—. Lucy, dale la mano o la señorita Lawson. Lucy y Jack son íntimos amigos de mis propios hijos, y viven con nosotros, y todos ellos van juntos al colegio.

La señorita Lawson miró a la niña pelirroja de ojos verdes, y la encontró simpática. Se parecía mucho a su hermano, pensó. Luego contempló a Jorge y a Dolly, ambos de ojos y cabellos oscuros, con un mechoncito raro que salía, erguido, por delante. Ya les obligaría ella a cepillárselo para que no sobresaliese de aquella manera.

Dolly se acercó, muy cortés, y le estrechó la mano. La señorita Lawson sería muy como era debido, pensó, muy rigurosa y muy aburrida, pero ¡oh, tan segura!...

Luego se adelantó Jorge; mas antes de haber podido saludarla se llevó apresuradamente la mano al cuello, se dio luego un zarpazo en la pierna, y acabó pasándose los dedos en la cintura. La señorita Lawson le miró con asombro.

—Perdone —murmuró Jorge, mis ratas tienen toda la culpa.

Y con gran horror suyo, la señorita Lawson vio a «Chirriamucho» correr por el cuello del niño, avanzar el bulto que hacía «Bigotes» por debajo de la ropa a la altura del vientre, y salir por la manga a «Hocicudo». ¡Dios santo! ¿Cuántas ratas más tendría aquel endiablado chiquillo?

—Lo siento —anunció, con voz desfallecida—. Lo siento mucho... pero no puedo aceptar este cargo, señora Mannering... De verdad que no; se lo aseguro.

Capítulo II

Una idea colosal

Después de haberse despedido la señorita Lawson precipitadamente de la señora Mannering, y de haberse cerrado la puerta de la casa tras ella, la señora volvió enfadadísima al cuarto de juegos de los niños.

—¡Os habéis portado pésimamente! Estoy enfadada con vosotros. ¿Cómo pudiste permitir que «Kiki» obrara así, Jack? Y Jorge, no había ninguna necesidad de que hicieses salir a todas esas ratas a un tiempo.

—¡Pero, mamá —arguyó el niño—, yo no puedo marcharme sin mis ratas! Conque me pareció que tenía la obligación de darle una idea a la señorita Lawson de lo que le aguardaba... quiero decir... en realidad obré con honradez, y...

—Tú lo que hiciste —le interrumpió la madre— fue obrar todo lo más obstructivamente posible, y bien lo sabes. Considero que estáis dando muy pocas muestras de quererme ayudar. Sabéis que no se os permite volver al colegio todavía... estáis todos delgados y paliduchos y tenéis que reponeros un poco primero... y yo estoy haciendo todo lo que está en mis manos para que paséis unas buenas vacaciones en compañía de alguna persona de responsabilidad.

—Lo sentimos mucho, tía Allie —dijo Jack, viendo que la señora Mannering estaba disgustada de verdad—. Es que... unas vacaciones así nos resultarían la mar de desagradables. Somos demasiado grandes para dejarnos dominar por la señorita Lawson. Si se hubiese tratado de Bill, por ejemplo...

¡Bill! Todos se animaron al pensar en él. En realidad, se llamaba Cunningham; pero como, al correr la primera aventura, le habían conocido con el nombre de Bill Smugs, había continuado siendo Bill Smugs para ellos aún después de descubrir su verdadera identidad. ¡Qué aventuras habían corrido con él!

—¡Troncho, ya lo creo! —exclamó Jorge frotándole afectuosamente el hocico a «Chirriamucho»—. ¡Si pudiéramos marchar con Bill...!

—Sí, y metros de cabeza en otra aventura terrible —repuso la señora Mannering—. ¡Cómo que no conozco ya a Bill!

—¡Oh, no, tía Allie...! Somos nosotros los que nos metemos en las aventuras y arrastramos a Bill —aseguró Jack—. De veras que sí. Pero hace Dios sabe cuánto tiempo que no tenemos noticia de él.

Esto era cierto. Bill parecía haber desaparecido del mapa. No había contestado las cartas de los niños. La señora Mannering tampoco sabía una palabra de él. No se encontraba en su casa, y llevaba la mar de semanas sin aparecer por ella.

A nadie le preocupaba gran cosa su ausencia, sin embargo, Bill andaba siempre

llevando a cabo misiones secretas y peligrosas y desaparecía durante largos intervalos. Aquella vez, no obstante, llevaba más tiempo que nunca sin comunicar con nadie. Bueno, era igual, aparecía de pronto, dispuesto a tomarse unas vacaciones, con su expansiva sonrisa dibujada en el alegre y encendido rostro.

¡Ah! ¡Si se presentara aquella tarde...! ¡Eso sí que sería magnífico! A ninguno de ellos les importaría entonces un comino perderse el curso de verano con tal de poder marchar con Bill.

Pero a Bill no se le vio aparecer por parte alguna, y era preciso tomar una determinación sin tardanza. La señora Mannering contempló con desesperación a los amotinados niños.

—¿No os gustaría marchar a algún sitio junto al mar donde pudierais hacer un estudio de las aves marinas y de sus costumbres? —preguntó de pronto—. Sé que Jack siempre ha tenido ganas de hacerlo... pero ha sido imposible antes, porque os encontrabais todos en el colegio durante la mejor época del año para hacer cosa semejante y...

—¡Tía Allie! —gritó Jack, loco de alegría—. ¡Esa es la idea más maravillosa que ha tenido usted en su vida!

—Sí, mamá, ¡es magnífica! —asintió Jorge, dando un golpe en la mesa para dar mayor énfasis a sus sentimientos.

«Kiki», para no ser menos, dio unos golpes con el pico y dijo con voz solemne:

—¡Adelante!

Pero nadie le hizo caso. La emoción despertada por la nueva idea era demasiado grande para que les preocupara en aquellos momentos el pájaro.

Lucy, para quien la mayor felicidad era encontrarse donde estuviese su hermano, se puso radiante de alegría al pensar en lo mucho que iba a disfrutar Jack entre los pájaros. Jorge, que sentía un amor profundo por todos los animales y las aves, apenas podía creer que hubiese hecho tan maravillosa sugerencia su madre.

Sólo Dolly pareció contristada. Porque los animales salvajes le gustaban muy poco, y les tenía un miedo cerval a casi todos ellos, aun cuando en eso, séase dicho de paso, había mejorado mucho en los últimos tiempos. Los pájaros le gustaban, pero no sentía tanto interés por ellos como los niños, ni los amaba tanto. No obstante, ¡qué alegría poder estar ellos solitos en algún lugar agreste y solitario a orillas del mar..., vestir de cualquier manera y correr a su antojo por playas y acantilados! Al imaginar lo mucho que se divertirían, Dolly empezó a sonreír también, e hizo coro a las animadas preguntas y exclamaciones:

—¿De veras podemos ir? ¿Nosotros solos?

—¿Cuándo? ¡Di cuándo, por favor!

—¡Mañana! ¿No podemos marchar mañana? ¡Troncho! ¡Me siento mejor con sólo pensarlo!

—¡Mamá! ¿Cómo se te ha ocurrido eso? ¡Es verdaderamente fantástico!

«Kiki», posado en el hombro de Jack, escuchaba con profundo interés todo aquel barullo, mientras las ratas que llevaba Jorge ocultas entre la ropa procuraban ahondar más en su escondite, asustadas por aquel clamor repentino.

—Dadme lugar a que os lo explique —dijo la señora Mannering—. Dentro de un par de días va a salir una expedición hacia las costas y las islas solitarias del norte de la Gran Bretaña. Se compondrá de unos cuantos naturalistas y un solo niño: el hijo del doctor Johns, el ornitólogo.

Todos los niños sabían que los ornitólogos eran gente amante de las aves y dados a estudiar sus costumbres. El padre de Jorge, muerto ya, había sido un gran amante de los pájaros. El niño sentía no haberle conocido, porque se parecía mucho a él en su amor por todos los animales silvestres.

—¡El doctor Johns! —exclamó—. Pero..., ¡si era uno de los mejores amigos de papá!

—Sí —le respondió la madre—. Lo encontré la semana pasada y me habló de la expedición. Iba a acompañarle su hijo, y me consultó acerca de la posibilidad de que tú y Dolly les acompañarais. No os encontrabais bien del todo entonces, y le dije, sin vacilar, que no. Pero, ahora...

—¡Pero ahora podemos! —exclamó Jorge, dando un repentino abrazo a su madre—. ¡Mira que ocurrírsete pensar en una persona como la señorita Lawson cuando sabías eso! ¿Cómo pudiste?

—Pues... me parece un viaje demasiado largo para vosotros. Y no era ésa precisamente la clase de vacación que había pensado para vosotros. Sin embargo, si creéis que va a gustaros, telefonearé al doctor Johns y le pediré que agregue cuatro personas más al grupo, si puede hacerlo.

—¡Claro que podrá hacerlo! —exclamó Lucy—. Así tendrá compañía su hijo. ¡Con lo hermoso que va a resultar ir tan al norte en este tiempo veraniego!

Aquella tarde, mientras tomaban el té, se sintieron muy felices y animados al discutir la expedición. ¡Ir de exploración por las islas norteñas, algunas de las cuales no tenían más habitantes que los pájaros! ¡Nadar, navegar, caminar y observar centenares, no, millares, de aves silvestres en su propio ambiente!

—Habrá frailecillos^[1] —dijo muy contento Jack—. A millones. Van allá a hacer sus nidos. Y siempre he querido estudiarlos. ¡Tienen un aspecto tan chocante!

—Choc... choc... chocante —dijo inmediatamente «Kiki», creyendo que le invitaban a imitar la locomotora y disponiéndose a lanzar un estridente silbido. Pero Jack le contuvo con severidad.

—No, «Kiki». Basta de eso. Asustas a las gaviotas y a los corvejones, a los guillemotes y a los frailecillos todo lo que se te antoje con ese aullido tan terrible cuando tengas la ocasión de hacerlo..., ¡pero te prohíbo que lo sueltes aquí! Le pone

los nervios de punta a tía Allie.

—¡Qué lástima; qué lástima! —exclamó «Kiki», con melancolía—. ¡Puf-puf, cho-choc-choc!

—¡Idiota! —dijo Jack, revolviéndole las plumas.

El loro se le acercó más, frotándole el pico en el hombro. Luego, de un picotazo, sacó una fresa del tarro de confitura.



—Escucha, Jack —dijo la señora Mannering—, bien sabes que no me gusta que ande «Kiki» por la mesa a las horas de comer. Y, además, esta es la tercera vez que saca fresas del tarro.

—Vuelve a dejarla en su sitio, «Kiki» —ordenó inmediatamente el niño.

Pero eso tampoco le hizo ninguna gracia a la señora Mannering. La verdad, pensó, aquí se estará mejor y habrá mayor tranquilidad cuando hayan marchado de vacaciones los cuatro niños y el loro.

Los niños pasaron una velada muy agradable hablando de los días que le esperaban. Jack y Jorge sacaron los gemelos de campaña y los limpiaron y, el primero de ellos, fue también en busca de su magnífica máquina fotográfica.

—Aprovecharé la ocasión para sacar unas instantáneas únicas de los frailecillos —le dijo a Lucy—. Ojalá estén nidificando cuando lleguemos, Lucy, aunque creo que será demasiado pronto para que encontremos huevos.

—¿Hacen su nido en los árboles? —preguntó la muchacha—. ¿Puedes sacar «fotos» de los nidos también, con los frailecillos dentro?

Jack soltó una carcajada.

—Los frailecillos no hacen nidos en los árboles —explicó—. Los preparan en madrigueras, bajo tierra.

—¡Caramba! —exclamó Lucy—. ¡Cómo los conejos!

—Sí; y hasta usan a veces las de los propios conejos —añadió el niño—. Resultará divertido verles meterse bajo tierra. Y Apuesto a que serán mansos a más no poder, porque en algunas de esas islas nadie ha puesto pie, que se sepa... conque no se asustarán lo bastante para alzar el vuelo y huir cuando llegemos nosotros.

—Entonces no costará ningún trabajo tener frailecillos como quien tiene un perro o un gato —dijo Lucy—. Apuesto a que Jorge lo consigue. Apuesto a que no tiene más que silbar, y todos los frailecillos correrán a su encuentro soplando y bufando.

La forma de expresarse de Lucy hizo reír a todos.

—Soplando y bufando —repitió «Kiki», rascándose la cabeza—. Soplando y bufando..., pobre chiquito mono.

—Pero ¿qué está diciendo éste? —exclamó Jack—. «Kiki», ¡cuidado que dices tonterías!

—Pobre cerdito chiquito mono —repitió «Kiki», con solemnidad—. Bufando y soplando, soplando y bufando...

Jorge soltó una carcajada.

—¡Ahora lo entiendo! Recuerda haber oído el cuento de los tres cerditos y el lobo feroz... ¿No os acordáis que el lobo se acercó soplando y bufando para derribarles la casa? ¡Ah, «Kiki», eres una maravilla!

—Les dará a los frailecillos algo que pensar —dijo Dolly—. ¿Verdad, «Kiki»? Se preguntarán qué clase de bicho raro ha ido a visitarles. ¡Hola...! ¿Es ese el timbre del teléfono?

—Sí —contestó Jack, emocionado—. Tía Allie telefoneó al doctor Johns para decirle que íbamos a ir nosotros con él. Pero no estaba en casa y dejó recado para que llamase él a su regreso. Apuesto a que ahora es él. Voy a verlo.

Salieron todos al vestíbulo, donde estaba instalado el aparato. La señora Mannering se encontraba allí ya. Se apiñaron a su alrededor, ávidos de oír lo que se decía.

—¡Oiga! —dijo la señora—. ¿El doctor Johns...? ¡Ah, es la señora Johns! Sí; la señora Mannering al habla. ¿Cómo dice? ¡Oh..., cuánto lo siento! Es terrible para usted eso. Sí, sí, claro..., comprendo perfectamente. Tendrá que aplazarlo todo... hasta el año que viene quizá. Bueno, pues confío en que tendrá usted buenas noticias pronto. No dejará usted de decírnoslo, ¿verdad? Adiós.

Colgó el auricular y se volvió hacia los niños con solemne expresión.

—Lo siento mucho, niños..., pero el doctor Johns ha sido víctima de un accidente de automóvil esta mañana... Se encuentra en el hospital. Como es natural, se ha tenido que renunciar a la expedición.

¡Renunciar a la expedición! ¡Nada de islas llenas de aves después de todo..., nada de ratos felices en los mares porteños! ¡Qué desilusión más terrible!

Capítulo III

Muy misterioso

Todos estaban disgustados. Lo sentían por la señora Johns, claro, y por su esposo; pero, como no les conocían en absoluto, salvo como antiguos amigos del señor Mannering, los niños se sentían muchísimo más compungidos por el chasco que se había llevado.

—Habíamos hablado tanto de la expedición... y hecho tantos planes... y preparado tan bien todo... —gimió Jorge, contemplando con tristeza los gemelos de campaña que colgaban cerca, dentro de su estuche de cuero—. Ahora mamá buscará otra señora Lawson.

—No haré tal cosa —anunció la señora Mannering—. Renunciaré a mi nuevo trabajo y os llevaré yo misma. No puedo soportar veros tan desilusionados.

—¡No, tía querida, no hará eso! —exclamó Lucy, abrazándose a la señora—. No se lo permitiremos. ¡Ay, Señor...! ¿Qué podemos hacer?

Nadie lo sabía. Era como si la brusca desilusión hubiese incapacitado a todos para trazar nuevos planes. O las vacaciones entre las aves, o nada: tal era el pensamiento que tenían todos. Se pasaron el resto del día trasteando cariacontecidos, poniéndose nerviosos los unos a los otros. Estalló una de las repentinas riñas entre Jorge y Dolly, y empezaron a maltratarse, dando gritos y chillidos, como no lo habían hecho ya en un año por lo menos.

Lucy se echó a llorar. Jack gritó, enfadado:

—¡Deja de pegar a Dolly, Jorge! ¡Le harás daño!

Pero Dolly sabía defenderse y devolver golpe por golpe, y se oyó un sonoro chasquido al darle la niña una bofetada de lleno en la mejilla a su hermano. Jorge la agarró con rabia, y ella le pegó un puntapié. Le echó él la zancadilla, y la niña rodó por el suelo. Junto con su hermano. Lucy se quitó del paso, llorando aún. «Kiki» voló a posarse en la lámpara cloqueando. Creía que Dolly y Jorge jugaban.

Era tan grande el ruido, que nadie oyó sonar el timbre del teléfono otra vez. La señora Mannering acudió al aparato, frunciendo el entrecejo al escuchar los gritos y los golpes procedentes del cuarto de juegos. Luego apareció de pronto, en la puerta de la estancia, con el rostro radiante.

Cambió de expresión al ver a Dolly y a Jorge en el suelo, peleando.

—¡Dolly! ¡Jorge! ¡Levantaos inmediatamente! ¡Vergüenza debiera daros reñir de esa manera a vuestra edad! Ganas me dan de no deciros quién me ha hablado por teléfono.

Jorge se incorporó, frotándose la enrojecida mejilla. Dolly se apartó, sujetándose

un brazo. Lucy se enjugó las lágrimas y Jack contempló, con torvo gesto, a los que se habían peleado.

—¡Qué colección de niños de mal genio! —dijo la señora Mannering.

Luego se acordó de que todos ellos habían tenido el sarampión y que, probablemente, estarán tristes, nerviosos e irritables como consecuencia del chasco que se llevaron.

—Escuchad —dijo con más dulzura—, a ver si adivináis quién ha llamado por teléfono.

—La señora Johns, para decir que el doctor se encuentra sano y salvo después de todo —sugirió Lucy, esperanzada.

La señora Mannering movió negativamente la cabeza.

—No... era Bill.

—¡Bill! ¡Viva! ¡Conque ha vuelto a aparecer por fin! —exclamó Jack—. ¿Va a venir a vernos?

—Pues... se mostró la mar de misterioso. No quiso decir quién era... Se limitó a decir que a lo mejor se presentaría aquí esta noche, a última hora... si no había nadie más en casa. Claro que me di cuenta de que era Bill. Reconocería su voz en cualquier parte.

Se olvidaron riñas y malos humores al instante. El pensamiento de que iban a ver a Bill otra vez, hizo efectos de tónico.

—¿Le dijiste que habíamos tenido todos el sarampión y que estábamos en casa? —preguntó Jorge—. ¿Sabe que va a vernos a nosotros también?

—No..., no tuve tiempo de decirle nada. Os digo que obró de una manera la mar de misteriosa..., apenas estuvo al teléfono medio minuto. Sea como fuere, estará aquí esta noche. ¿Por qué no querría venir si había alguna otra persona aquí?

—Porque seguramente no querrá que sepa nadie dónde se encuentra —dijo Jorge—. Debe andar con una de sus misiones secretas otra vez. Mamá, podemos quedarnos a verle, ¿verdad?

—Siempre que venga antes de las nueve y media.

Salió del cuarto. Los cuatro niños se miraron.

—¡Caramba con Bill! —dijo Jorge—. No le hemos visto desde hace mil años. Ojalá venga antes de las nueve y media.

—Pues yo, por lo menos, maldito si me dormiré hasta que lo haya oído llegar —anunció Jack—. ¿Por qué sería tan misterioso?

Los niños estuvieron esperando a que apareciera Bill durante toda la velada, y quedaron desilusionados al no acercarse ningún automóvil ni detenerse nadie a la puerta. Dieron las nueve y media sin que Bill hubiese aparecido.

—Me temo que vais a tener que acostaros todos —dijo la señora Mannering—. Lo siento..., pero estáis muy pálidos y parecéis cansados. ¡Ese horrible sarampión!

No sabéis cuánto siento que no se haga la expedición... os hubiera sentado a todos muy bien.

Los niños se marcharon a la cama refunfuñando. Las muchachas tenían su cuarto en la parte de atrás de la casa y los niños en la de delante. Jack abrió la ventana y se asomó. Era una noche oscura. No se oía coche alguno, ni el rumor de pisadas.

—Estaré a la escucha para oír a Bill —le dijo a Jorge—. Me estaré sentado aquí, junto a la ventana, hasta que llegue. Tú métete en la cama, ya te despertaré yo si lo oigo.

—Vigilaremos por turnos —respondió el otro, acostándose—. Tú hazlo una hora, y luego llámame para que te releve.

En el cuarto de atrás, las niñas estaban ya en la cama. Lucy ardía en deseos de ver a Bill. Le quería mucho. ¡Era tan seguro, tan fuerte y tan sabio...! La niña, huérfana de padre y madre, se hubiese sentido muy feliz con un papá como Bill. Tía Allie le parecía una mamá maravillosa y estaba encantado de poder compartirla con Jorge y Dolly. Pero no le era posible compartir también el padre de sus amigos, porque éstos no lo tenían. También a ellos se les había muerto.

—Dios quiera que no me duerma y que oiga a Bill cuando llegue —pensó.

Pero no tardó en quedarse profundamente dormida. Y lo propio le sucedió a Dolly. Dieron las diez y media..., las once...

Jack despertó a Jorge.

—No ha venido nadie aún —dijo—. A ti te toca montar guardia ahora, «Copete». Es raro que tarde tanto, ¿verdad?

Jorge se sentó junto a la ventana. Bostezó. Aguzó el oído, sin lograr oír nada. De pronto, vio surgir un chorro de brillante luz, al apartar su madre, abajo, la cortina. Y se quedó bruscamente rígido, al dar la luz sobre algo pálido, oculto tras un matorral vecino a la puerta del jardín. Aquel algo retrocedió apresuradamente, ocultándose en las sombras; pero Jorge había adivinado ya de qué se trataba.

—¡Lo que vi era la cara de una persona! Hay alguien escondido detrás de ese matorral. ¿Por qué? No puede ser Bill. Él hubiese entrado en seguida. Conque debe de tratarse de alguno que le aguarda allí, emboscado. ¡Troncho!

Se acercó a la cama y despertó a Jack. Le dijo, en un susurro, lo que había visto. Su amigo se puso en pie de un brinco y se dirigió a la ventana. Pero, claro, no pudo ver nada. La señora Mannering había vuelto a echar la cortina y ya no había luz alguna en el jardín. Todo parecía envuelto en tinieblas.

—Hemos de hacer algo aprisa —anunció Jack—. Si viene Bill, le derribarán de un golpe antes de que pueda defenderse, si es a él a quien espera el que está escondido ahí abajo. ¿Podemos avisar a Bill? Está bien claro que sabe que corre peligro, de lo contrario, no hubiera sido tan misterioso al hablar por teléfono, ni hubiese insistido en que no podría venir si había alguna otra persona aquí. Ojalá se

acostase tía Allie. ¿Qué hora es? Ya sé que el reloj dio las once hace un rato.

Se oyó el chasquido de interruptores de luz y el de una puerta que se cerraba.

—Es mamá —dijo Jorge—. Se conoce que ya no piensa esperar más. Se va a meter en la cama. ¡Magnífico! Ahora la casa estará a oscuras y quizás ese tipo se marche.

—Tendremos que asegurarnos de ello. ¿Crees tú que Bill vendrá ya, Jorge? Se está haciendo muy tarde.

—Si dijo que iba a venir, vendrá. Chitón..., aquí viene mamá.

Los dos niños se acostaron y fingieron estar dormidos. La señora Mannering encendió la luz, y viéndoles con los ojos cerrados, volvió a pagar a toda prisa para no despertarles. Hizo lo mismo en el cuarto de las niñas, y luego se retiró al suyo.

Jorge no tardó en colocarse junto a la ventana otra vez, muy abiertos los ojos y aguzados los oídos. Creyó escuchar una tos débil.

—Aún está ahí —le dijo a Jack—. Debe haberse enterado de que iba a venir Bill aquí esta noche.

—O, lo que es más probable, sabe que Bill es gran amigo nuestro, y la cuadrilla a que pertenezca le habrá mandado vigilar escondido detrás de ese matorral todas las noches —dijo Jack—. Confía en que, tarde o temprano, se presentará Bill. Bill debe tener la mar de enemigos, puesto que siempre anda siguiendo la pista de criminales.

—Escucha —dijo Jorge—, voy a salir con mucha cautela por la puerta de atrás; saltar por el seto al jardín vecino, y pasar por su puerta posterior para que el hombre emboscado no me vea. Y voy a esperar a que aparezca Bill para ponerle en guardia. No vendrá por la parte de arriba de la calle, sino por la de abajo, que es lo que hace siempre.

—Es una buena idea. Te acompañaré.

—No. Uno de nosotros tiene que estar vigilando para ver qué hace ese hombre. Tenemos que saber si continúa abajo. Iré yo. Tú quédate a la ventana. Si veo acercarse a Bill, le avisaré para que vuelva atrás.

—Bueno, está bien —contestó Jack, lamentando no ser él quien se encargara de la



emocionante tarea de deslizarse por jardines oscuros para salirle al encuentro a Bill—. Salúdale de nuestra parte... y dile que nos telefonee si puede e iremos a reunimos con él en algún lugar seguro.

Jorge marchó silenciosamente del cuarto. Aún había luz en la habitación de su madre, conque bajó con mucha cautela la escalera y salió al oscuro jardín. No llevaba lámpara de bolsillo, porque no quería que se le viese poco ni mucho.



Se introdujo en el jardín vecino por un hueco del seto. Encontró el camino y, para que la grava no delatara su presencia, anduvo por la hierba de la orilla.

De pronto creyó oír un sonido. Paró en seco y escuchó. ¿Era posible que estuviese escondido allí otro hombre? ¿Serían, después de todo, ladrones vulgares y no gente que aguardara a Bill? ¿Debía volver a casa y telefonar a la Policía?

Aguzó nuevamente el oído y experimentó la extraña sensación de que había alguien allí cerca, esforzándose en escuchar como él. Tratando de descubrirle a él, quizá, pensó Jorge. Y el pensamiento le resultó muy poco tranquilizador en aquella oscuridad.

Dio un paso hacia delante, y alguien cayó ferozmente sobre él, sujetándole los

brazos por la espalda y obligándole a dar con el rostro en tierra. La boca se le llenó de barro al caer de bruces sobre un cuadro de flores. Sintió que se asfixiaba. Ni siquiera podía dar gritos pidiendo auxilio.

Capítulo IV

Una visita de Bill y una gran idea

El desconocido se movía con sorprendente cautela. Había capturado a Jorge sin apenas hacer ruido y como el niño no había tenido tiempo de emitir un solo grito nadie se enteró de nada.

Jorge forcejeó, frenético, medio asfixiado por la tierra contra la que tenía pegada la cara.

Le dieron la vuelta bruscamente y le pusieron una especie de mordaza y descubrió que le habían atado ya las muñecas. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Le había confundido aquel hombre con Bill? Pero ¿era posible que no conociese la estatura y la corpulencia del detective?

Se retorció y luchó, tratando de escupir el barro que conservaba en la boca tras la mordaza. Todo fue inútil, no obstante: era demasiado fuerte y despiadado el otro.

Le alzaron en vilo y le transportaron a un invernadero en silencio.

—Y ahora —le susurró sibilantemente una voz al oído—, ¿cuántos más hay aquí? Dímelo, si no quieres tener motivos para arrepentirte. Gruñe dos veces si tienes compañeros en las cercanías.

Jorge no contestó. No sabía qué hacer, si gruñir o no gruñir. Acabó gimiendo, porque el barro andaba muy lejos de saber a caramelo.

El que le había capturado, le cacheó. Luego sacó una pequeña lámpara de bolsillo y la encendió un instante, iluminándole el rostro al niño. Vio el mechón de pelo por encima de la frente, y exhaló una exclamación de sorpresa.



—¡Jorge! ¡Si serás bobo! ¿Qué haces arrastrándote por aquí en la oscuridad?

Jorge reconoció la voz de Bill, con asombro y alegría. ¡Troncho! ¡Con que era él! Ya no le importaba tener la boca llena de tierra. Mordió la mordaza, emitiendo una serie de sonidos.

—¡Cállate! —le susurró Bill con urgencia, destapándole la boca—. Puede haber gente por ahí. No hagas ruido. Si tienes algo que decirme, susúrramelo al oído como hago yo.

—Bill —contestó el niño, siguiendo sus instrucciones—, hay un hombre escondido entre los matorrales junto a la puerta de nuestro jardín. Le descubrimos, y yo salí para avisarle si venía. Tenga cuidado.

Bill le desató las muñecas. Jorge se las frotó con cuidado. Bill sabía atar muy bien a la gente. ¡Vaya si sabía! ¡Menos mal que no se le había ocurrido tumbarle de un puñetazo!

—La puerta de atrás está abierta —le susurró—. Que yo sepa, no hay nadie escondido por allí. Probemos entrar en casa. Cuando estemos dentro podremos hablar.

Caminando en silencio, ambos se dirigieron al hueco del seto. Ninguno de los dos pisó la grava porque los crujidos de ésta hubieran podido poner sobre aviso a cualquiera que estuviese vigilando.

Se metieron por el agujero muy despacio y con mucho cuidado. Una vez en el otro jardín. Jorge agarró a Bill del brazo y le hizo cruzar el césped por debajo de los

árboles en dirección al edificio. No se veía ninguna luz. La señora Mannering se había acostado ya.

La puerta de atrás seguía entornada. Jorge la empujó y entraron.

—No enciendas la luz —dijo Bill, en voz baja—. No nos interesa que sepa nadie que hay gente despierta en la casa. Yo cerraré.

Subieron con cautela la escalera. Uno de los escalones chirrió y Jack, que aguardaba en la alcoba, corrió a la puerta. Afortunadamente, no se le ocurrió encender la luz.

—No te asustes, soy yo —anunció Jorge—. Y traigo a Bill.

—¡Estupendo! —exclamó Jack con alegría.

Y le hizo entrar. Bill le estrechó cordialmente la mano. Le tenía mucho afecto a toda la familia.

—He de enjuagarme la boca —dijo Jorge—. La tengo aún llena de tierra. No me atreví a escupir en el jardín por no hacer ruido. ¡Uf, es horrible!

—¡Pobre Jorge! —exclamó Bill—. No sabía que fueses tú, muchacho. Creí que era alguien que me acechaba y mi propósito fue reducirle a la impotencia antes de que pudiese atacarme.

—Y lo hizo usted la mar de bien —aseguró el niño, enjuagándose—. ¿Dónde está mi pasta dentífrica? He de limpiarme los dientes. ¡Oh, maldita sea!

Al buscar a tientas el tubo de pasta había tirado un vaso. Cayó dentro del lavabo y se hizo añicos, poblando de ruido el silencio.

—¡Corre a decirles a las niñas que no enciendan la luz si esto les ha despertado! —dijo Bill con urgencia a Jack—. ¡Aprisa! Y ve a ver si se ha despertado tía Allie. Si así es, ponía sobre aviso.

Lucy estaba despierta, y Jack llegó a tiempo para impedir que encendiera la luz. La señora Mannering no dio señales de vida. Su cuarto se encontraba un poco más lejos y no había oído el ruido del vidrio roto. Lucy quedó sorprendida al oír la voz de Jack.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Ha ocurrido algo? ¿Estás enfermo? ¿Se ha puesto malo Jorge?

—¡Claro que no! —le contestó el niño, impaciente—. Ponte el batín y despierta a Dolly. ¡Está aquí Bill! Pero no hemos de encender las luces, ¿comprendes?

Algo le revoloteó cerca de la cabeza, y oyó un grito.

—¡Ah, «Kiki»! Empezaba a preguntarme dónde estarías —murmuró Jack—. ¿Cómo se te ocurrió dormir en el cuarto de las niñas esta noche? ¡Ven a ver a Bill!

Lucy despertó a Dolly, que quedó estupefacta. Las dos niñas se pusieron la bata y marcharon al cuarto de los muchachos. «Kiki» estaba allí ya, mordisqueándole la oreja, encantado, a Bill.

—¡Hola, hola! —dijo el detective al entrar las muchachas con sigilo—. ¿Cuál es

cuál? Sólo puedo darme cuenta de vuestra presencia por el tacto. ¡Ah, ésta debe ser Lucy! ¡Huelo a pecas!

—Las pecas no huelen —contestó Lucy riendo—; pero sí que soy yo. Oh, Bill, ¿dónde ha estado tanto tiempo? No contestó a ninguna de nuestras cartas.

—No; pero es que... bueno, estaba encargado de un trabajo muy particular... dando caza a unos bribones... Y, de pronto, antes de que me diera cuenta de lo que sucedía, se enteraron de lo que estaba haciendo y... ¡empezaron a darme caza a mí! Conque tuve que desaparecer de su vista y esconderme.

—¿Por qué...? ¿Le hubiesen secuestrado o algo, Bill? —preguntó Lucy, asustada.

—¡Oh, cualquiera sabe lo que me hubiesen hecho! —contestó Bill—. Desde luego hubiera desaparecido para siempre. Pero aquí estoy, como veis.

—¡Conque para eso se emboscó ese hombre junto a la puerta... con la esperanza de poder matarle! —exclamó Jorge—. ¿Por qué ha venido usted a vernos ahora, Bill? ¿Quiere que hagamos alguna cosa?

—Pues, veréis... Tengo que desaparecer durante una temporada y quería ver a vuestra madre para darle unas cuantas cosas que quisiera que me guardase... por si acaso... bueno, por si acaso no vuelvo a aparecer. Soy lo que se llama un «hombre sentenciado» ahora, en cuanto a esta cuadrilla se refiere, por lo menos. Sé demasiado de ellos para que puedan vivir tranquilos mientras yo exista.

—¡Oh, Bill...! Pero ¿dónde piensa usted esconderse? No me gusta que desaparezca sin dejar rastro. ¿No puede decírnoslo a nosotros?

—Lo más probable es que me vaya a vivir a algún lugar agreste hasta que esos individuos dejen de darme caza o caigan en manos de las autoridades. Yo no quiero desaparecer... ¡No vayáis a creer lo contrario! No le tengo miedo a ninguno de ellos, pero mis jefes no pueden permitirse el lujo de correr el riesgo de que alguien me elimine y por eso tengo que desaparecer por completo durante una temporada... sin comunicar con nadie, ni siquiera con vosotros ni con mi propia familia.

Reinó el silencio. No resultaba muy agradable escuchar todo aquello en voz baja, a medianoche y en completa oscuridad. Bill a tientas acarició a Lucy.

—¡Animaos! —dijo—. Ya volveréis a tener noticias mías algún día... el año que viene, o el otro. Usaré alguna clase de disfraz... me convertiré en minero en algún punto apartado de Alaska... o... en un ornitólogo solitario allá lejos, en alguna isla desierta... o...

Jack saltó una exclamación. Acababa de ocurrírsele una idea verdaderamente maravillosa.

—¡Bill! ¡Se me ha ocurrido algo magnífico!

—¡Chitón! ¡No hables tan alto! —dijo Bill—. Y ponte tú ahora a «Kiki» en el hombro, ¿quieres?, antes de que me deje sin oreja.

—Escuche Bill —prosiguió el niño, con urgencia—. He pensado en algo. Hemos

tenido una desilusión muy grande hoy. Primero voy a contarle lo que ha pasado.

—Cuenta, pues —respondió Bill, con alivio, a quitársele el loro del hombro.

—Supongo que usted no lo sabrá, pero hemos tenido todos el sarampión. Y lo pillamos bastante fuerte. Por eso no hemos vuelto al colegio. El médico dijo que debíamos cambiar de aires, y tía Allie decidió dejarnos ir con una expedición que marchaba a estudiar pájaros... la del doctor Johns. Íbamos a dirigirnos a las costas solitarias y las islas desiertas del norte... ya sabe lo que quiere decir: sitios donde sólo viven pájaros y que solamente los amantes de las aves visitan.

—Ya sé —asintió Bill, escuchando atentamente.

—Bueno, pues el doctor Johns sufrió un accidente hoy. Conque no podemos ir, porque no hay nadie que nos lleve. Pero... ¿por qué no ha de poder llevarnos usted... disfrazado de ornitólogo? Pasaríamos unas vacaciones maravillosas, usted podría desaparecer sin que nadie se enterase... y podríamos dejarle allí cuando regresáramos... ¡en lugar bien seguro!

Volvió a reinar el silencio. Todos los niños aguardaron la contestación de Bill, conteniendo el aliento. Hasta el propio «Kiki» parecía estar escuchando con ansiedad.

—No sé, no sé... —respondió Bill, por fin—. Es como si os usara a vosotros de pantalla... y, si mis enemigos veían a través de ella... bueno, no irían las cosas nada de bien para vosotros, ni para mí tampoco. No lo creo posible.

El mero pensamiento de que Bill pudiera rechazar su idea, hizo que los niños se sintiesen más entusiasmados con ella. Todos contribuyeron con algunas palabras.

—Nos llevamos un chasco tan grande al saber que no íbamos a poder ir... Y esto sí que parece un medio de conseguirlo... Y después de todo, sólo sería durante un par de semanas, para nosotros, por lo menos. Volveríamos al colegio, entonces.

—Usted sabe disfrazarse muy bien. No le costaría trabajo parecer un ornitólogo... muy serio... con la mirada fija siempre en la lejanía en busca de pájaros... y con unos gemelos de campaña colgados del hombro...

—Es imposible que se enterara nadie. Estaríamos todos la mar de seguros allá en el norte, tan agreste y desolado, en su compañía. Piense en mayo allá... el mar azul, los pájaros alzando el vuelo y planeando... los claveles de mar en flor por todas partes...

—Estaría usted seguro, Bill... a nadie se le ocurriría buscarle en un sitio así. Y, ¡oh, con las ganas que tenemos de unas vacaciones así! Nos sentimos enmohecidos después del sarampión.

—No habléis tan alto —susurró Bill—. Tendré que discutir el asunto con vuestra madre primero... aun cuando considere yo que la idea es buena. Es atrevida, desde luego... y no creo que se le ocurriera a nadie pensar que pudiese marcharme así, tan abiertamente. Y confieso que unas vacaciones con vosotros cuatro... y con «Kiki» también, claro... es precisamente lo que yo necesito en estos momentos.

—¡Oh, Bill...! ¡Estoy segura de que lo hará! —exclamó Lucy, abrazándole—.
¡Qué final más hermoso va a tener un día tan horrible como el de hoy!

Capítulo V

Planes emocionantes

Bill se pasó la noche, sin que la señora Mannering tuviera conocimiento de ello, en una habitación pequeña que se tenía reservada para posibles huéspedes. Se alegró al saber que, aunque una criada iba todas las mañanas a hacer la limpieza, nadie dormía en la casa salvo los de la familia.

—Nosotros mismos hacemos las camas y todo eso aquí arriba ahora que estamos buenos —le dijo Dolly—. Conque puede quedarse aquí arriba si quiere, sin que nadie se entere. Ya le subiremos el desayuno.

Pero a la mañana siguiente todo se descabaló otra vez. La señora Mannering llamó dando unos golpes en el tabique que separaba su habitación de la de los niños y Dolly fue corriendo a ver qué sucedía.

—¡Dolly! ¿Sabes lo que ha ocurrido? ¡Qué soy yo quien tiene el sarampión ahora! —exclamó la madre, con disgusto—. ¡Fíjate en las manchas! Creí haberlo tenido a tu edad... pero no cabe duda de que se trata del sarampión. ¡Lo que siento no haber contratado a la señorita Lawson ayer para que os llevara a Bournemouth o a algún otro sitio! ¿Qué haremos ahora?

—¡Ay, Señor! —exclamó Dolly. Luego decidió decirle a su madre que Bill estaba allí. Quizás aquello pudiera resolver algo—. Iré a buscarte el batín y pondré en orden el cuarto —anunció—, porque hay alguien que desea verte. Tal vez pueda hacer él mucho. Se trata de Bill.

—¡Bill! —murmuró la señora Mannering, estupefacta.

—¿Cuándo llegó? Aguardé hasta las once, pero me sentía tan cansada, que tuve que acostarme por fin. ¡Si Bill os pudiese llevar una temporada y dejar que Hilda, la que viene a hacer la limpieza se encargara de cuidarme...!

—Estoy segura de que no tendrá inconveniente —contestó Dolly, encantada—. ¡Pobre mamá! Cuando se siente una peor es durante los dos o tres días primeros; luego se hace más llevadero. Vaya... ¿estás cómoda? ¿Tienes bien puestas las almohadas? Haré pasar a Bill.

Fue a darles la noticia a los otros. Los niños lo sintieron mucho y se quedaron consternados. ¿Era posible que las personas mayores tuviesen el sarampión también? ¡Pobre mamá! ¡Pobre tía Allie! Era natural que quisiese alejarles de la casa.

—Está preparada para recibirle, Bill —dijo Dolly—. Su... supongo que habrá tenido usted el sarampión ya, ¿verdad?

—Docenas de veces —aseguró alegremente Bill, echando a andar hacia la habitación de la señora Mannering—. ¡Animaos! ¡Arreglaremos las cosas en seguida!

—¡Pero si sólo se puede tener el sarampión una vez! —empezó Lucy.

La puerta se cerró tras el detective antes de que pudiese decir nada más y ya sólo pudieron oír murmullo de voces dentro del cuarto.

Bajaron a desayunar. Los niños habían recobrado el apetito, pero las niñas no hacían más que Jugar con la comida aún. Dolly miró a Lucy.



—Apenas se te notan las pecas —le dijo—. Y a Jack le pasa lo mismo. Un poco de sol nos hará bien a todos. No me siento con ganas de comer este tocino, ¿y tú? ¡Caramba! ¡Ojalá se diera Bill prisa en bajar! Tengo unos deseos enormes de saber lo que han decidido.

Bill no bajó. Los niños oyeron abrirse la puerta arriba y luego un silbido muy quedo. Bill temía, por lo visto, que estuviese por allí la mujer de la limpieza. Pero ésta había salido a hacer la compra.

—No tenga miedo —dijo Dolly—. Hilda no está. Baje si quiere. Le hemos guardado el desayuno.

Bajó el otro entonces.

—Vuestra madre no quiere más desayuno que té y pan tostado —dijo—. Encárgate tú de las tostadas, Dolly... Veo que el agua está hirviendo, así es que podremos hacer el té en cuanto tú hayas terminado de preparar el pan. Luego voy a telefonar al médico. Y a continuación, a la señorita Tremayne, la amiga de vuestra madre, para pedirle que venga a pasarse aquí una semana o dos con la enferma. Dice que le gustará eso.

Los niños escucharon en silencio.

—Y nosotros, ¿qué? —inquirió Jack, por fin—. ¿No lo decidieron?

—Sí. Vuestra madre me suplicó que os sacase de aquí un par de semanas. Le dije

que yo iba a desaparecer una temporada, y que os llevaría a los mares del norte. No quise asustarla diciéndole los motivos que me impulsaban a desaparecer... porque se siente mala de verdad esta mañana. Y se alegra tanto de pensar que podéis disfrutar de un cambio de aires después de todo, que apenas se le ha ocurrido hacerme pregunta alguna.

—Conque, ¿vamos a ir? —exclamó Jack, sin poder ocultar su alegría, a pesar de sentir mucho lo de tía Allie—. ¡Eso sí que es estupendo!

Los cuatro rostros estaban radiantes. «Kiki» sacó un trozo de cáscara de naranja de la mermelada y como nadie le dijo unas palabras tomó un terrón de azúcar del azucarero.

—Mamá estará bien con la señorita Tremayne, ¿verdad? —preguntó Jorge—. ¿No querría que se quedara uno de nosotros con ella? Porque me quedará yo, si quiere.

—Estará mucho mejor si salís todos de la casa —respondió Bill, sirviéndose tocino—. Se encuentra agotada y necesita tranquilidad y paz. El sarampión no es muy agradable, pero por lo menos le obligará a permanecer en cama una temporada y así descansará.

—Entonces podremos marcharnos sin remordimiento ni pena —dijo Jack—. ¡Ah, Bill! ¡Siempre se presenta usted en el momento más oportuno!

—¡Aquí está Hilda! —exclamó Jorge, de pronto—. Más vale que suba al cuarto, Bill. Llévese el plato. Le subiré más pan tostado y té cuando vaya a llevarle el desayuno a mamá. ¿No está ese pan tostado aún, Dolly?

—En este momento termino —contestó la niña, colocando el último pedazo en un plato—. No, «Kiki», déjalo en paz. ¡Oh, Jack! ¡Fíjate en el pico de «Kiki»! ¡Está chorreando mermelada! ¡No va a quedar ni pizca para nosotros! ¡Glotón, más que glotón!

Bill desapareció escalera arriba. Hilda se metió en la cocina y se puso a cargar la estufa. Dolly fue a decirle lo que le había ocurrido a la señora Mannering. Hilda lo sintió mucho, pero no dio muestras de preocupación.



—¡Oh!, yo creo que podré arreglármelas sola —dijo—; pero con todos vosotros aquí...

—Es que nosotros no estaremos —interrumpió Dolly—. Nos vamos a estudiar pájaros en cuanto podamos... y la señorita Tremayne va a venir a cuidar de mamá, conque...

—¡Hilda! ¡Hilda! ¡Hiiiiil-da! —llamó una voz.

La mujer dio un brinco.

—¡Llama la señorita! —exclamó—. Y ¡tú me dijiste que estaba en la cama! ¡Voy, señorita!

Pero no era más que «Kiki», claro, que hacía una de sus imitaciones. Rompió a reír estrepitosamente al ver entrar corriendo a Hilda en el comedor.

—¡Límpiate los pies! —ordenó—. ¡No respingues! ¿Cuántas veces he de decirte que no? —El loro siguió charlando.

Hilda se marchó, cerrando la puerta de golpe tras sí.

—No me importa nada recibir órdenes de quien tiene derecho a darlas —le dijo a Dolly, que estaba riendo—; pero no tengo la menor intención de dejarme mandar por ese pajarraco tan ridículo. Espero que os llevaréis ese loro. No quiero tener que cuidarlo durante vuestra ausencia. Acabaría volviéndome loca.

—¡Claro que nos lo llevaremos! —dijo Dolly—. A Jack jamás se le ocurriría

marcharse sin él.

Llegó el médico. Se presentó la señorita Tremayne. Hilda accedió a quedarse a dormir allí. Todo parecía marchar bien. Bill, parapetado en la habitación de desahogo, cuya puerta había cerrado con llave para impedir que entrara Hilda por sorpresa, trazó rápidamente sus planes.

—Haced vuestro equipaje. Pedid un taxi para las ocho de la noche de mañana. Tomaremos el tren nocturno para el Norte. Yo procuraré salir de aquí sin que me vea nadie a última hora de hoy, y ultimaré los planes del viaje y de las vacaciones. Me encontraré con vosotros en la estación de Euston, y no será con el aspecto de Bill Smugs que conocéis. Seré entonces el doctor Walker, naturalista. Me acercaré a vosotros y me daré a conocer como tal en voz bien alta cuando os vea llegar, por si acaso anda rondando por allí alguien que os conozca... ¡o que me conozca! Luego tomaremos el tren.

Sonaba todo la mar de emocionante. ¡Qué forma más misteriosa de dar principio a unas vacaciones! Parecía como si se dispusieran a emprender una aventura de primera aunque, claro, no pensaban hacer tal cosa. Hubiese resultado la mar de divertido correr una; pero ¿qué podía ocurrir en unas islas desiertas que no tenían más habitantes que los pájaros? Pájaros a montones, y más pájaros, y aún más pájaros.

Bill se marchó sigilosamente aquella noche. Nadie había sabido que se encontraba en la casa, ni siquiera la señorita Tremayne, a la que se le había asignado un cuartito al que se entraba por la alcoba de la señora Mannering. La señora había prometido no decir que se hallaba Bill allí, por si acaso ello pudiera representar un peligro par él. Pero tenía tanta pesadez y tanto sueño, que acabó por preguntarse, si, en efecto, Bill había estado allí de verdad o si lo habría soñado ella.

Los niños hicieron el equipaje. No había necesidad de llevar ropa de vestir ni nada de eso. No necesitarían otra cosa que pantalones cortos, jerseys, zapatos con suela de goma, toallas y... ¿por qué no unas mantas de viaje? ¿Iban a dormir bajo techo o no? Bill no había dicho nada de eso. A lo mejor resultaba que iban a dormir en tiendas de campaña. ¡Qué divertido! Decidieron no llevar mantas. Era seguro que Bill se encargaría de esas cosas si hacían falta.

—Gemelos de campaña... libros de notas... lápices... mi máquina fotográfica... una cuerda —dijo Jack, tratando de acordarse de todo.

Lucy le miró con asombro.

—¿Una cuerda? —exclamó—. ¿Por qué una cuerda?

—A lo mejor nos interesa escalar un acantilado si es que queremos examinar nidos —contestó el niño.

—Bueno, pues... ¡ya escalarás tú los acantilados si quieres, lo que es yo...! —anunció Lucy, estremeciéndose—. Maldita la gracia que me haría descolgarme por un precipicio sin más que una cuerda por la cintura y apenas sitio en que poner los pies.

—«Kiki» se ha llevado tu lápiz —dijo Dolly—. «Kiki», haz el favor de no molestar tanto. No te llevaremos a ver soplar a los frailecillos si te portas de esa manera.

—Soplando y bufando, soplando y bufando, bufando y bufanda y abrigo —murmuró el loro, haciendo un chasquido con el pico de encantado que estaba por haber dicho algo nuevo—. Soplando y bufando...

—¡Oh!, deja de soplar y de bufar —le gritó Dolly enfurecida.

—Dios salve al rey —contestó «Kiki», poniéndose muy tieso.

—Dios sabe lo que pensarán de ti los pájaros allá —dijo Lucy—. Jack, ¿le metemos en una cesta para llevarle en el tren? Ya sabes la manía que tiene de gritar: «Mozo, mozo», soltar silbidos y decirle a todo el mundo que se limpie los pies.

—Puede ir montado en mi hombro —repuso el niño—. Dormiremos en el tren en cama o litera, y no nos dará guerra. Deja de hacer esos chasquidos, «Kiki». No es una muestra de inteligencia el hacerse insoportable a todos cuantos nos rodean.

—¡Lorito malo! —dijo «Kiki»—. ¡Canta, lorito, sé buen pajarito!

Jorge le tiró un cojín y el pájaro fue a posarse sobre la barra de una cortina, con morro. Los niños continuaron discutiendo su vacación.

—¡Hay que ver qué suerte, poder estar con Bill después de todo! —dijo Jack—. Es mucho mejor que ir con el doctor Johns. ¡Si tendrá alguna embarcación para explorar por allá! ¡Troncho!, voy a disfrutar mucho estas dos semanas. ¡Hasta es posible que veamos una alca mayor!

—¡Tú y tus alcas mayores! —exclamó Jorge—. De sobras sabes que esa raza se extinguió. No empieces con todo eso otra vez. A lo mejor encontramos alcas menores por allí, sin embargo... y millares de guillemotes en los acantilados.



Llegó el día siguiente por fin y se les hizo larguísimo, por cierto. La señora Mannering se pasó la mayor parte del tiempo durmiendo, y la señorita Tremayne no quiso permitirles que la despertaran para despedirse.

—Más vale que no lo hagáis —les dijo—. Ya lo haré yo en vuestro nombre. No dejéis de escribirle desde dondequiera que vayáis. ¿Es el taxi lo que oigo? Saldré a despediros.

Si que era el taxi. Se metieron en él con todo el equipaje. Y ahora a Londres, a reunirse con el doctor Walker y recorrer centenares de millas hacia el Norte, para dirigirse a lugares en los que muy poca gente había estado. Nada de aventuras esta vez; nada más que una vacación magnífica, sin preocupaciones, en compañía de Bill.

—¡A bordo todos! —ordenó «Kiki» en voz tan profunda, que el conductor del vehículo dio un brinco—. A la una... a las dos... a las tres... ¡en marcha!

Capítulo VI

Viajando lejos

Bill les había dicho a los niños el punto exacto en que debían aguardar en la estación de Euston, así es que se dirigieron al lugar convenido, llevando cada uno su maleta y un impermeable.

Se pararon a esperar.

—Suponeos —dijo Jorge, en misteriosa voz—, suponeos durante un instante, que uno de los componentes de la cuadrilla a la que persigue Bill supiese que Bill iba a encontrarse con nosotros aquí... y se acercara y nos dijera que él era Bill... y se nos llevase de suerte que no volviese a saberse jamás de nosotros...

La pobre Lucy le contempló, alarmada. Se le desorbitaron los ojos.

—¡Oh, Jorge! —exclamó—. ¿Tú crees que puede pasar eso? ¡Ay, Señor! ¡Dios quiera que reconozcamos a Bill cuando se presente! De lo contrario, me dará un miedo atroz acompañarle.

Se acercó a ellos un hombre muy gordo, sonriendo. Lo tenía todo grande: la cabeza, el cuerpo, los pies, y hasta los dientes que enseñaba al sonreír. A Lucy le dio un vuelco el corazón. ¡No era posible que aquél fuera Bill! Nadie hubiese sido capaz de hacerse parecer tan grandullón de no haber sido ya muy gordo de por sí. Le asió la mano a Jorge. ¿Se trataría de uno de la cuadrilla?

—Niñita —le dijo el hombrazo a Lucy—, te has dejado caer el impermeable. Lo perderás si no lo recoges.

Lucy se había puesto pálida al empezar a hablar el hombre. Volvió la cabeza luego, y vio el impermeable en el suelo, tras ella. Lo recogió. Luego, con la cara muy colorada, balbuceó unas palabras de agradecimiento.

El hombrón sonrió de nuevo, enseñando la magnífica dentadura.

—¡No pongas esa cara de susto! —dijo—. ¡No voy a comerte!

«Pues parece muy capaz de hacerlo» —pensó Lucy, refugiándose detrás de Jack.

—Piii, suena el pito —anunció «Kiki», con voz cortés—. ¡Piii! ¡Piii! ¡Piii!

—¡Qué pájaro más inteligente! —murmuró el desconocido.

Y alargó una mano para acariciarle. «Kiki» le propinó un feroz picotazo y silbó, a continuación, como una locomotora.

La sonrisa del hombrón desapareció. Contrajo el rostro en torvo gesto.

—¡Este bicho es peligroso! —dijo.

Y se perdió entre la muchedumbre.

Los niños exhalaban un suspiro de alivio. No era que creyesen, claro, que se trataba de uno de la cuadrilla; pero habían temido que les entretuviera hablando,



impidiendo así que Bill se acercara a ellos.

De pie debajo del reloj, miraron a su alrededor en busca del detective. No vieron a nadie que se le pareciese ni remotamente siquiera. De pronto se aproximó un hombre levemente cargado de espaldas, que caminaba con paso más bien vacilante e iba escudriñando a la gente a través de unos lentes de gruesos cristales.

Llevaba un abrigo largo y grueso, gemelos de campaña terciados, y una gorra de cuadros. Lucía también una barba negra. Pero hablaba con la voz de Bill.

—Buenas noches, muchachos. Me alegro de que hayáis sido tan puntuales. Por fin vamos a poder iniciar nuestra pequeña expedición.

Lucy le miró, radiante. No cabía duda de que la voz cordial era la de Bill, a pesar de la barba y del extraño disfraz. A punto estaba de abalanzarse sobre él exclamando: «¡Oh, Bill, cuánto me alegro de verle!», cuando Jack, seguro de que iría a hacer alguna tontería a la que la apartó de un empujón y tendió cortésmente una mano.

—Buenas noches, doctor Walker. ¿Cómo está usted?

Los otros siguieron su ejemplo, y cualquiera que les hubiese estado mirando hubiera creído que los cuatro niños saludaban a un tutor o guardián que iba a llevarles de viaje.

—Venid por aquí —contestó el doctor Walker—. Tengo un mozo aguardando. ¡Eh, mozo!, cargue esas maletas en la carretilla y búsqúenos los asientos que tenemos reservados en el tren de las diez. Gracias.

No tardaron en hallarse todos a bordo. Los niños quedaron encantados con sus «talcobitas». A Lucy le gustó una barbaridad que todas las cosas pudieran alzarse, plegarse, bajarse o quitarse del paso de una u otra manera.

—Ahora, más vale que durmáis toda la noche —dijo Bill, sonriéndole los ojos tras los gruesos lentes—. El doctor Walker se encargará de que despertéis a tiempo para el desayuno.

—¿Cómo se llega al sitio adonde vamos y cuál es y dónde se encuentra? —preguntó Jack.

—Llegaremos a él tomando otro tren al apearnos de éste, y embarcando después en una canoa automóvil —contestó Bill.

Los niños se emocionaron; les gustaba mucho viajar.

—Tengo un mapa aquí —prosiguió el detective, asegurándose primero de que estuviese bien cerrada la puerta—. Es un mapa de todas las islitas desperdigadas por la vecindad de la costa noroeste de Escocia... Hay centenares de ellas. Algunas son demasiado pequeñas para figurar en el mapa siquiera. No creo que las haya visitado todas nadie. Allí no viven más que los pájaros. He pensado que usemos una de ellas como cuartel general, y que luego naveguemos un poco por los alrededores tomando fotografías y observando las aves.

Brillaron los ojos de los dos niños. ¡Qué cosa más estupenda! Se imaginaron días y más días soleados a flote, visitando en la canoa minúsculas islas habitadas por pájaros medio mansos, comiendo con muy buen apetito, sentados en las rocas, con los pies metidos en las claras aguas. Se les hinchó el corazón de felicidad al pensarlo.

—Lo que yo quisiera de verdad —anunció Jorge—, sería tener uno o dos frailecillos domesticados. Nunca he visto uno vivo; pero deben de ser la mar de notables.

—Supongo que les enseñarías a hacer equilibrios sobre la cola —observó Bill con cierto regocijo.

—Soplando y bufando —intervino «Kiki»—. ¡Dios salve al rey!

Nadie le hizo el menor caso. Todos estaban demasiado absortos pensando en sus poco corrientes vacaciones.

—Yo me quedaré allá cuando regreséis —les anunció Bill—. Me encontraré un poco solo sin vosotros; pero confío en que dejaréis vuestros frailecillos domesticados para que me hagan compañía.

—A mí no me gustaría ni pizca tener que dejarle —observó Lucy—. ¿Tendrá que quedarse solo allí mucho tiempo, Bill?

—Supongo que bastante. El tiempo necesario para que mis enemigos se olviden de mi existencia, o me crean muerto y enterrado.

—¡Ay, Señor! —suspiró la niña—. ¡Ojalá no tuviese usted que llevar una vida tan llena de peligros! ¿No podría dedicarse a otra cosa?

—¿A qué? ¿A hacer de jardinero, de conductor de autobús o de algo parecido? —inquirió Bill riendo, al ver la cara tan seria que ponía la muchacha—. No, Lucy... ésta es la clase de vida que me va bien a mí. Me encuentro del lado de la Ley, del orden y del derecho y, a mi modo de ver, éstas son las cosas por las que bien vale la pena arriesgarse. El mal es fuerte y poderoso; pero yo soy fuerte y poderoso también, y es bueno poner a prueba nuestras fuerzas contra los malos y su manera de vivir.

—A mí me parece usted maravilloso —aseguró Lucy—, y estoy segura de que siempre ganará. ¿No le molesta tener que esconderse ahora?

—Me enfurece —respondió Bill con una expresión que andaba muy de lejos de reflejar ira, pero con un dejo en la voz que denotaba cuan poca gracia le hacía tener que «desaparecer» habiendo trabajo—. Pero... quien manda, manda. Y en cualquier

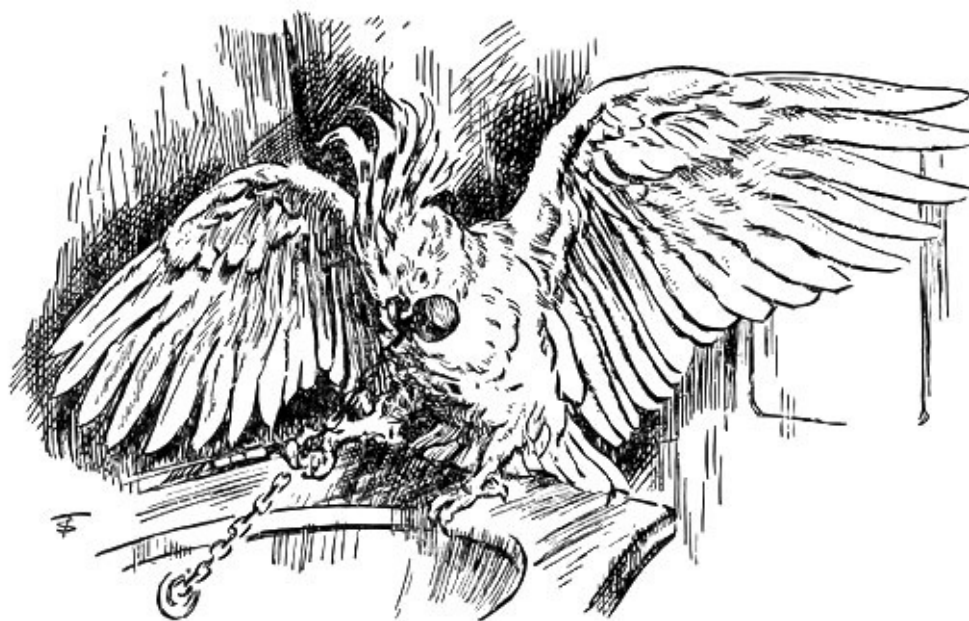
caso, mi desaparición significa unas vacaciones magníficas para todos nosotros. Bien, muchachos, ¿habéis acabado de estudiar ese mapa?

Los dos niños habían estado mirando el mapa de las islas. Jack señaló una de ellas con un dedo.

—¡Mire...! ¡Ésta suena bien...! ¡La isla de las Alas! ¡Debe de estar llena de pájaros!

—Intentaremos llegar a ella —dijo Bill—: Probablemente nos perderemos, pero eso da igual. ¿A quién le importa perderse en el mar verde azul en mayo, habiendo toda suerte de islas encantadas esperando para darle a uno la bienvenida?

—Suena maravilloso —asintió Dolly—. ¡Oh, fijaos en «Kiki»! ¡Está intentando arrancar el tapón del lavabo de su cadena!



«Kiki» había explorado concienzudamente toda la «alcoba» y había saciado su sed en una de las botellas de agua. Ahora se pasó al toallero, y con un bostezo que tenía un parecido sorprendente con el de un ser humano, metió la cabeza debajo del ala. En aquel preciso momento se oyó estruendoso golpear de puertas por todo el tren. El loro sacó la cabeza otra vez.

—Cierra la puerta —dijo—. ¡Pam, pam! Llama al médico.

Sonó el silbato y, con gran alarma de «Kiki», se estremeció toda la «alcoba» de pronto al arrancar el tren. Por poco se cayó del toallero.

—¡Pobre «Kiki»! ¡Qué lástima, qué lástima! —exclamó.

Y voló a posarse sobre el hombro de Jack.

—Ya va siendo hora de que nos retiremos todos a dormir —dijo Bill, poniéndose en pie.

Tenía un aspecto la mar de raro con la negra barba y los gruesos lentes. Y menos mal que se había quitado la horrible gorra a cuadros.

—¿Dormimos dos aquí, o los cuatro? —preguntó Lucy, contemplando, dubitativa, las dos camitas, una a cada lado de la «alcoba».

—Dos, boba —contestó Bill—. Yo tengo un cuarto para mí a la derecha del vuestro. Y al otro lado del mío hay otro compartimiento, o cuarto, para los dos niños. Yo estoy en medio, ¿comprendéis?, conque sólo tenéis que pegar fuerte en el tabique de madera que nos separa si queréis algo, y vendré a toda marcha.

—¡Qué bien! —dijo Lucy—. Me alegro de que esté tan cerca de nosotros Bill, ¿va usted a dormir con esa barba?

—Puesto que resultaría un poco doloroso quitármela de momento, ya que la llevo bien pegada, creo que sí dormiré con ella. Me la quitaré cuando estemos a salvo entre nuestras islitas. Nadie nos verá allí. ¿No os gusta con mi hermosa barba?

—No gran cosa —anunció Lucy—. Siento como si no fuera usted cuando le miro. Pero cuando habla, me tranquilizo.

—Pues mira, hija mía, contéplame con los ojos cerrados y no sentirás una sensación tan desagradable —dijo Bill, riendo—. Y ahora, buenas noches, y que descanséis. Vamos, muchachos: os conduciré a vuestro compartimiento. Os despertaré por la mañana y nos vestiremos e iremos a desayunar al coche restaurante.

—Siento algo de apetito ahora —anunció Jorge—, a pesar de que hicimos una buena cena. Pero eso fue hace la mar de rato.

—Yo tengo bocadillos y plátanos —le repuso Bill—. Iré a buscarlos. Pero no tardéis mucho en acostaros, porque se está haciendo tarde ya.

—No han hecho más que dar las diez —observó Dolly. Pero bostezó al decirlo. «Kiki» se apresuró a imitarla y todos los demás se contagiaron.

Bill se fue a su compartimiento y volvió con los bocadillos y los plátanos. Luego les deseó buenas noches a las niñas y se llevó a los niños a su «alcoba». Resultaba en verdad emocionante viajar en un tren. Era raro desnudarse mientras el tren se bamboleaba, cruzando la noche a sesenta millas por hora.

Y encontraron agradable escuchar desde la cama el trac-a-trac, trac-a-trac de las ruedas al rodar por los raíles.

«Lejos vas, lejos vas, lejos vas», parecían decirles las ruedas a Lucy cuando cerró los ojos y empezó a dormirse. «Lejos vas...»

A pesar de su emoción, no tardaron en quedarse profundamente dormidos los niños. Y soñaron. ¿En qué? Fácil era eso de adivinar. En agua azul verde, clara como el cristal, en islitas encantadoras, en grandes nubes blancas que cruzaban un cielo azul enorme, y en pájaros, pájaros, pájaros... «Lejos vas, lejos vas, lejos vas...»

Capítulo VII

Por fin a flote

Habían completado ya la mitad del viaje cuando los niños volvieron a despertarse. Bill golpeó la pared, y se despertaron todos con sobresalto. Se vistieron y se dirigieron dando traspiés al coche restaurante, con mucho apetito. A Lucy le hacía muy poca gracia cruzar los fuelles que unían a un coche con otro. Asió la mano de Bill en cuanto llegó al primero.

—Siempre tengo miedo de que el tren se parta en dos en el momento en que cruzo de un vagón a otro —explicó.

Bill comprendió, y ni siquiera sonrió, aunque los otros se mostraron desdeñosos de la extraordinaria idea de Lucy.

«Kiki» se portó muy mal durante el desayuno. Tiró las tostadas por todas partes y lanzó una serie de gritos porque no le dejaron tocar la pequeña ración de mermelada. Hizo ruidos muy groseros cuando Jack le ofreció semillas de girasol. A los demás pasajeros les divirtió y se echaron a reír, lo cual sólo sirvió para que «Kiki» quisiese exhibirse más.



—Basta ya, «Kiki» —dijo Bill, exasperado.

Y le dio un golpe en el pico. «Kiki» soltó un chillido y se le arrojó sobre la barba. Le dio un fuerte tirón y se llevó un trozo. No había logrado comprender el loro por qué se había presentado Bill con aquella extraña mata de pelo en la barbilla y en las mejillas. Ahora, habiendo conseguido apoderarse de un mechón, se retiró, metiéndose debajo de la mesa, donde se puso a picotear con cuidado, separando los pelos uno por uno, sin dejar de murmurar.

—Dejadle en paz —dijo Bill—. Se distraerá deshaciendo ese trozo de barba. (Se frotó la barbilla). Me hizo daño. Espero que no tendré un aspecto demasiado raro ahora.

—¡Oh, no! Apenas se nota —le aseguró Jack—. «Kiki» se pone siempre excitado cuando hace un viaje así. Es terrible cuando vuelvo a casa del colegio con él: silba como el jefe del tren, y les dice a todos los que van en el compartimento que se suenen la nariz y se limpien los pies, y chilla en los túneles hasta dejarnos casi sordos.

—Pero es encantador a pesar de todo —anunció lealmente Lucy, sin mencionar siquiera que «Kiki» le estaba desatando los cordones de los zapatos y quitándoselos

en aquel preciso instante.

El viaje fue largo. Hubo que cambiar de tren en una estación muy grande y ruidosa. El segundo tren no era tan largo como el primero, ni iba tan aprisa. Les condujo a un lugar de la costa, y los niños quedaron llenos de júbilo al ver brillar el mar azul en la distancia. ¡Hurra! A todos les encantaba el mar.

—Ahora es cuando me parece que empieza de verdad nuestra vacación —anunció Lucy—. Ahora que hemos visto el mar, quiero decir. Es eso lo que me da sensación de vacaciones.

A todos les ocurría lo mismo; hasta a «Kiki», que empezó a dar saltos sobre la red de equipajes, por encima de la cabeza de los niños, como piel roja en danza guerrera. Fue a posarse sobre el hombro de Jack en cuanto se apearon en una gran población costera.

La fuerte brisa les azotó la cara, haciéndoles ondear el pelo a las muchachas. También ondeó la barba de Bill y «Kiki» tuvo muy buen cuidado de mantenerse de cara al viento, toda vez que le hacía muy poca gracia que el aire le levantase las plumas.

Hicieron una buena comida en un hotel y luego Bill marchó al puerto para ver si estaba ya allí su canoa automóvil. Acababa de llegar. El hombre que la había conducido hasta allí conocía muy bien a Bill, y le habían dicho, además, de qué manera iba disfrazado para no confundirlo.

—Buenos días, doctor Walker —dijo en voz muy alta—. Hace un tiempo magnífico para su expedición. Todo está dispuesto, señor.

—¿Hay provisiones en abundancia, Henry? —inquirió el doctor Walker, parpadeando a través de los gruesos lentes.

—Las bastantes para aguantar un asedio —aseguró Henry—. Yo he de hacerle de piloto. Tengo un bote atrás.

Todos subieron a bordo. Era una canoa magnífica, con un camarote pequeño en la parte delantero. Los ojos de Jack brillaron al ver la cantidad de provisiones: ¡latas, latas y más latas! Y la pequeña nevera estaba llena de cosas también. ¡Estupendo! Habría comida de sobra, por lo menos y eso, según la opinión de Jack, era una de las principales cosas que había que cuidar cuando se hallaba uno de vacaciones. ¡Le entraba a uno un apetito tan enorme!

Henry les sacó del puerto, flotando tras ellos su pequeña embarcación. Una vez fuera, el hombre les saludó y embarcó en su bote.

—¡Bueno, pues, buena suerte, jefe! —dijo—. La emisora de radio funciona bien. Esperamos recibir mensajes con regularidad para saber que se encuentra usted bien. Hay acumuladores de repuesto, y un equipo para hacer reparaciones también. Buena suerte, jefe. Estaré aquí dentro de dos semanas para recoger a los niños.

Se alejó a remo y pareció muy pequeño en verdad al separarse la canoa de Bill a

gran velocidad.

—Bueno, ¡ya estamos en marcha! —dijo Bill con gran satisfacción—. Y puedo quitarme la barba por fin... y los lentes también, gracias a Dios. Y el chaquetón. Oye, Jorge, tú sabes gobernar una canoa, ¿verdad? Toma el timón mientras yo voy a ponerme presentable. No es fácil que me vea nadie ya. Conserva el rumbo hacia el noroeste.

Jorge tomó el timón con orgullo. El motor iba como una seda y surcaron rápidamente las azules aguas. Era un día maravilloso. Hacía casi tanto calor como en verano. El sol de mayo brillaba en un firmamento salpicado en minúsculas y rizadas nubes, y unos puntitos de luz brillaban sobre las olas.

—¡Es magnífico! —exclamó Jack, sentándose con una expresión de alegría cerca de Jorge—. Magnífico, colosal y grandioso.

—Tengo una sensación muy agradable —murmuró Lucy, que parecía la felicidad personificada—. La misma sensación que siente una al principio de unas vacaciones muy hermosas... cuando ve en perspectiva unos días soleados, perezosos y como encantados.

—Acabarás siendo una poetisa como no andes con cuidado —advirtió Jorge desde el timón.

—Mira —repuso Lucy, si una poetisa se siente exactamente como yo me siento en estos instantes, nada me importaría serlo el resto de mi vida, aun cuando para ello tuviese que escribir poesía.

—Tres ratoncitos ciegos, mirad cómo corren —intervino «Kiki».

Y durante un momento todos creyeron que el loro intentaba tomar parte en la conversación, poniendo como ejemplo de poesía la conocida rima infantil. Pero en realidad, a lo que él se refería era a las tres ratas domesticadas que habían aparecido de pronto sobre el hombro de Jack. Se quedaron allí paradas, alzando el sonrosado hocico, olfateando el aire marino.

—Había tenido la esperanza —dijo Dolly desde su asiento junto a Jack— que no habrías traído a esos bichos. Ojalá se los coman las gaviotas.

Pero ni la propia Dolly pudo sentirse mucho tiempo enfadada mientras surcaban las verdes olas dejando tras sí una larga estela. Al salir Bill del camarote, todos le saludaron encantados.

—¡Bill! ¡Oh, Bill, vuelve usted a ser el de siempre por fin!

—¡Oh, Bill, no vuelva a ponerse la barba nunca más; le estropea las facciones!

—¡Hurra! ¡Hemos perdido al doctor Walker para siempre! Un tipo estúpido. Nunca me gustó.

—Bill, vuelve usted a parecer agradable. Ahora le veo la boca cuando sonrío.

—La boca, la roca, la toca... —dijo el loro.

—¡Cállate, «Kiki»!, o te comerán las gaviotas.

—¡Ah!, esto ya es otra cosa —murmuró Bill con deje de contento, tomando nuevamente el timón—. ¡Caramba! ¡Si seguimos con este tiempo, estaremos todos como tizones dentro de un par de días! Más vale que conservéis puesta la camisa, muchachos, u os quemará el sol.

Todos se habían quitado chaquetas y chales inmediatamente. La brisa era fresca, pero el sol calentaba de verdad. En la distancia, el mar parecía increíblemente azul, del color de los azulejos, pensó Lucy.

—Amigos míos —anunció Bill, inflándosele la camisa con el viento—, ésta es una vacación, no una espeluznante aventura. Ya habéis tenido aventuras suficientes. Hemos corrido tres juntos y, esta vez, lo que yo quiero es un descanso.

—De acuerdo —dijo Jack—. Serán unas vacaciones. ¡Atrás, aventuras! ¡No os acerquéis aquí!

—Tampoco yo quiero aventuras —observó Lucy—. Ya las he tenido en abundancia. Esto ya es suficiente aventura para mí. Me gustan más las de esta clase... no las que nos obligan a escondernos y a arrastrarnos por túneles secretos y a vivir en cavernas. Yo sólo quiero pasar una temporada agradable, disfrutando del sol, del viento y del descanso en compañía de la gente que más nos gusta. Hubiera sido agradable tener con nosotros a tía Allie... pero quizás a ella no le hiciese disfrutar gran cosa.

—Dios quiera que se sienta mejor —dijo Dolly—. Oíd, ¿dónde hay tierra? No veo ni pizca... ¡ni siquiera una isla!

—Las verás en abundancia mañana —les aseguró Bill—. Podrás escoger una para tu uso exclusivo. La que te guste.

Pasaron una tarde y un anochecer maravilloso. Tomaron un té muy bueno, preparado por las niñas, que encontraron pan, mermelada de frambuesa y un gran pastel de chocolate en la despensa de la embarcación.

—Aprovechad bien la ocasión —les aconsejó Bill—. Ya no podréis comer pan fresco con frecuencia. Dudo que encontremos ninguna granja por las islas solitarias que vamos a visitar. Pero he traído la mar de latas de galletas de toda clase. Y en cuanto al pastel, comedlo y disfrutadlo... no creo que podáis probar otro en dos semanas.

—Lo mismo me da —dijo Dolly, sin dejar de mascar—. Cuando tengo hambre, me tiene completamente sin cuidado lo que como... y creo que voy a tener hambre siempre durante estas vacaciones.

Se puso el sol con gran aparato de dorada luz, y las minúsculas nubecitas rizadas se tornaron de un color sonrosado brillante. La canoa continuó avanzando a través de un mar que brillaba áureo y sonrosado también.



—El sol se ha ahogado en el mar —anunció Lucy por fin, cuando el astro hubo desaparecido por completo—. He visto hasta el último trocito sumergirse en el agua.

—¿Dónde vamos a dormir esta noche? —preguntó Jack—. No es que me importe; pero resultaría divertido saberlo.

—Hay un par de tiendas de campaña a proa —contestó Bill—. Pensé que cuando llegáramos a una isla que nos gustase podríamos desembarcar, montar las tiendas y pasar en ellas la noche. ¿Qué os parece la idea?

—Muy buen —aseguraron todos—. ¡Vamos a buscar una isla... una que sea bonita y solitaria!

Pero en aquellos momentos no había tierra a la vista, ni siquiera un islote rocoso. Bill le entregó a Jack el timón y consultó la carta. Señaló con el dedo.

—Hemos estado avanzando en esta dirección. Debiéramos llegar a estas dos islas dentro de poco. En una de ellas hay alguna gente, y creo que un pequeño desembarcadero. Más vale que nos dirijamos a ésa hoy, y que emprendamos nuestro viaje hacia lo desconocido mañana. Se está haciendo demasiado tarde para ponerse a buscar islas más lejanas. Caería la noche antes de que llegásemos.

—Aún hay bastante luz —observó Jorge, consultando su reloj—. En casa estaría anocheciendo ya.

—Cuanto más al norte va uno, más largo encuentra el anochecer. No me preguntéis por qué, de momento. No me siento ahora con ánimo de dar una conferencia.

—No hay necesidad de que nos lo explique —contestó Jorge con cierto aire de superioridad—. Aprendimos esto el curso pasado. Es que, como consecuencia de que el sol está...

—¡Ahórrame ese disco, por favor! —le suplicó Bill, tomando el timón otra vez—. Mira, una de las ratas curiosas le está olfateando la cola a «Kiki». Habrá un asesinato dentro de un instante como no la retires. No creo que «Kiki» te la respete.

Pero «Kiki» tenía demasiado sentido común para hacerle daño a ninguno de los animales favoritos de Jorge. Se conformó con hacer un chasquido tan grande con el pico junto al oído de «Chirrión», que éste corrió al niño con menos tiempo del necesario para decirlo.

Poco a poco, el mar perdió su color azul y se tornó gris verdoso. La brisa era fresca, y todos se pusieron los jerseys. De pronto, allá a lo lejos, apareció una mole oscura. ¡Tierra!

—Esa es... esa es una de las islas que buscamos —anunció Bill, contento—. Me siento la mar de satisfecho. ¡Ahí es nada, seguir tan derecho un rumbo! No tardaremos en llegar.

Y en efecto, no tardaron en llegar y aproximarse a un sencillo desembarcadero de piedra. Había allí un pescador enfundado en largo jersey azul. Quedó sorprendido al verles.

Bill le explicó, en pocas palabras, el objeto de su presencia en aquellos lugares.

—¡Ah, conque son pájaros lo que buscan! —exclamó el hombre, hablando con un acento escocés muy cerrado—. Pues los encontrará a montones allá. (Y movió la cabeza en dirección al mar). ¿Dónde pasarán la noche? Mi casa es demasiado pequeña para que se albergue tanta gente en ella.

Lucy no le entendió una palabra; pero los otros adivinaron, poco más o menos, lo que quería decir.

—Traed las tiendas de campaña —ordenó Bill—. Las montaremos en un santiamén. Le pediremos a la esposa del pescador que nos haga una comida y así ahorraremos nuestras provisiones. Quizá podamos obtener leche y nata también, y buena mantequilla.

Para cuando cayó la noche habían hecho ya una buena cena y se encontraban acostados en las dos tiendas, entre mantas. El aire fresco les había dado tanto sueño que las niñas se durmieron sin decir buenas noches siquiera.

—Están mal de la cabeza —le dijo el pescador a su mujer—. ¡Mira que despreciar un barco tan hermoso como ése en pájaros! ¡Pájaros! ¡Cuándo hay tan buenos peces que coger! Bueno, pues no tardarán en ver pájaros a montones. ¡Si serán tontos!

Capítulo VIII

La isla de los pájaros

Al día siguiente, tras un desayuno de «porridge»^[2] y nata y arenques asados, recogieron las tiendas de campaña y volvieron los cinco a bordo. La embarcación se llamaba «Lucky Star»^[3], nombre que a los niños les pareció muy bonito.

«Kiki» no se había hecho popular en la isla. El pescador y su mujer no habían visto un loro hasta entonces, y no comprendían que un pájaro pudiese hablar. «Kiki» les inspiró temor y reverencia y parecían asustados de su agudo y curvado pico.

—Dios salve al rey —dijo el loro, habiendo aprendido, por experiencia, que a la mayor parte de la gente le parecía muy hermosa y muy apropiada la frase. Pero lo echó todo a perder al agregar:

—¡Pum, salta el rey! ¡Pum, pum, pum!

Ahora se hallaba a bordo con los otros y la embarcación surcó nuevamente el agua azul. El firmamento era azul de nuevo, y el sol calentaba otra vez, verdadero tiempo de mayo, que daba al mar un azul claro transparente, y hacía brillar millares de minúsculas centellas por la superficie.

—Sigo teniendo esa sensación tan agradable —dijo Lucy, muy contenta, arrastrando lo mano por el agua—. Ahora, a encontrar islas de pájaros. Encontraremos alguna hoy, ¿verdad, Bill?

—Ya lo creo que sí —respondió el detective, dando mayor velocidad a la canoa.

Se alzó una nube de agua pulverizada, regándoles levemente a todos.

—¡Ooooh! ¡Qué agradable! —exclamó Dolly—. ¡Tenía un calor...! Me ha refrescado la mar de bien. Dele otra vez al motor, Bill. No me iría mal otra dosis.

Navegaron durante cinco horas y luego Jack soltó una exclamación.

—¡Las islas! ¡Mirad, se ven como manchones aquí y allá en el horizonte! ¡Deben de ser las islas!

Momentos más tarde empezaron a ver aves de distintas clases en vuelo y posadas sobre el agua. Jack fue cantando su nombre, excitado.

—¡Ése es un picotijera, y bien que le cuadra el nombre! Y mira. Jorge, ése es un alca torda... Y ¡troncho! ¿Es ésa un alca menor?

Los niños, muy versados en el aspecto de las aves acuáticas, casi se cayeron al agua en su excitación. Muchos de los pájaros no parecían asustarse ni pizca del ruido del motor, permaneciendo a flote sin molestarse casi en quitarse del paso al aproximarse la embarcación.

—¡Ahí bucea un cuervo marino! —gritó Jack—. ¡Mirad! ¡Se le ve nadar por debajo del agua! ¡Ha pescado un pez! Aquí viene. Es torpe para salir del agua y

emprender el vuelo. ¡Troncho! ¡Qué lástima que no tenga preparada la máquina fotográfica!

«Kiki» observó a las aves con melancolía. No le gustaba el interés que parecía sentir Jack de pronto por todos aquellos pájaros. Cuando apareció una gaviota grande volando tranquilamente por encima de la canoa, «Kiki» se alzó por debajo de ella, soltó un chillido espantoso y dio una voltereta en el aire. La gaviota, sobresaltada, se elevó verticalmente, exhalando un grito de alarma.

—¡Iii-u! —gritó en desafío.

«Kiki» lo imitó a la perfección y la gaviota, creyendo que el loro debía ser una extraña especie de pariente, voló en círculo. Luego se abalanzó sobre él. Pero «Kiki» la esquivó y fue a posarse de nuevo sobre el hombro de Jack.

—¡Iii-u! —gritó en desafío.

Y la gaviota, tras dubitativa mirada, prosiguió su camino preguntándose, sin duda, qué clase de gaviota era aquella que de forma tan singular se comportaba.

—Eres un idiota, «Kiki» —dijo Jack—. El día menos pensado se te comerá una gaviota para almorzar.

—¡Pobre «Kiki»! —dijo el loro.

Y exhaló un gemido la mar de bien imitado.

Bill se echó a reír.

—No sé lo que hará «Kiki» cuando veamos anadear a los frailecillos por entre brezos y plantas marinas —dijo—. Me temo que les va a hacer pasar un mal rato.

A medida que se fueron aproximando a la isla más cercana, se vieron más y más aves en el agua y en el aire. Planeaban con gracia, buceaban en busca de peces, flotaban como patos de juguete. Se oía un coro de gritos distintos, agudos algunos, guturales otros, sin faltar los melancólicos y desamparados. Escuchándolos, los niños experimentaban una especie de triunfo salvaje.

Al acercarse a la isla, los niños guardaron silencio. ¡Se alzaba ante ellos un elevado farallón y, estaba cubierto de pájaros de arriba abajo! Los contemplaron con delicia.

¡Pájaros, pájaros, pájaros! Los había en todas las repisas, de pie o sentados. Millares de bubias blancas, decenas de millares de guillemotes más oscuros, y una mescolanza de otras especies marinas que apenas lograban distinguir los niños a pesar de pasarse minuto tras minuto con los gemelos de campaña pegados a los ojos.



—¡Cuánto trasiego! —exclamó Bill, mirando como fascinado también.

¡Y vaya si lo había! Además de los pájaros posados en las repisas, llegaban y marchaban sin cesar otros. El movimiento era continuo e iba acompañado de un coro de gritos.

—No se preocupan mucho de sus huevos —dijo Lucy, acongojada cuando le tocó la vez de mirar con los gemelos de Jack.

Al emprender el vuelo, los descuidados pájaros desalojaban los huevos a veces, y éstos caían farallón abajo, estrellándose contra las rocas.

—Pueden poner muchos más —dijo Jorge—. Vamos, Lucy, ¡devuélveme los gemelos! ¡Troncho! ¡Qué vista más maravillosa! Lo anotaré todo en mi libreta esta noche.

La canoa bordeó, con cuidado, la rocosa costa. Bill dejó de contemplar a los pájaros para concentrar su mirada en el agua y evitar los escollos. Al cabo de un rato vieron que los farallones desaparecían y el terreno formaba pendiente hacia el mar. Y, poco después, Bill descubrió un sitio que le pareció apropiado para una embarcación.

Era una caleta pequeña, abrigada y arenosa. Puso proa a ella y encalló la canoa en la arena. Saltó a tierra acompañado de los niños y aseguró el barco arrastrando el ancla playa arriba y clavándola.

—¿Va a ser éste nuestro cuartel general? —inquirió Dolly, mirando a su alrededor.

—¡Oh, no! —respondió sin vacilar Jack—. Es mejor que naveguemos un poco por ahí primero, ¿verdad, Bill?, hasta encontrar una isla de frailecillos. Lo que a mí me gustaría sería encontrarme en el centro de las islas, para poder pasar de una a otra cuando quisiéramos. Pero podríamos pasar la noche aquí, ¿no os parece?

Fue un día maravilloso para los cuatro niños, y para Bill también. Con millares de

pájaros gritando a su alrededor pero sin temerles al parecer, los muchachos se dirigieron a los pendientes acantilados que vieron desde el otro lado de la isla.

Había pájaros anidados en el suelo, y resultaba difícil pisar a veces sin turbar a los que incubaban o romper los huevos. Algunas de las aves dirigieron salvajes picotazos a las piernas de los niños, pero sin alcanzar a ninguno. Se trataba de un simple gesto de amenaza y no de un intento de hacer daño.

«Kiki» estaba bastante callado. Iba sobre el hombro de Jack, con la cabeza hundida. El ver tantos pájaros de una vez parecía abrumarle. Pero Jack sabía que no tardaría en rehacerse y en sobresaltar a las aves diciéndoles que se limpiaran los pies y cerrasen la puerta.

Llegaron a la cima del acantilado y quedaron casi ensordecidos por los gritos y las llamadas. Las aves se alzaban y caían, planeaban o ascendían en vertical, tejiendo diseños sin fin en el firmamento azul.

—Es raro que no tropiecen nunca unos con otros —dijo Lucy con asombro—. No se dan ni un solo choque, lo he estado observando.

—Probablemente cuentan con un guardia que regula el tráfico —contestó Jorge con solemnidad—. A lo mejor algunos de ellos llevan número de matrícula debajo de las alas.

—No digas tonterías. Pero la verdad es que son muy hábiles para no chocar siendo tantos miles. ¡Qué ruido! Apenas oigo mi propia voz.

Llegaron al mismísimo borde del farallón. Bill asió a Lucy del brazo.

—No os acerquéis demasiado —ordenó—. El farallón casi cae a pico por aquí.

Así era, en efecto. Cuando los niños se echaron boca abajo y atisbaron con cautela por la orilla, sintieron una sensación extraña al ver el mar tan lejos debajo de ellos, con su movimiento de flujo y reflujo, sin más que un rumor lejano que señalara el rompimiento de las olas. Lucy asió con fuerza las plantas que crecían a su lado.

—Me da la sensación de que no estoy segura en tierra —dijo, riendo—. Siento como si no tuviera más remedio que agarrarme. Me siento como si..., bueno, ¡cómo si estuviera patas arriba!

Bill la agarró con más fuerza después de oírle decir aquello. Comprendió que sentía algo de vértigo y no tenía la menor intención de correr riesgos. Todos los niños le eran muy simpáticos, pero Lucy era su favorita.

Estuvieron contemplando todas las continuas idas y venidas de las aves. La vista resultaba magnífica y maravillosa. Jack, mirando con los gemelos, rió al observar las riñas y los empujones que se producían en algunas de las repisas más estrechas y pobladas.

—Se parecen a niños traviesos —dijo—, que se dicen: «Hazme sitio o te tiro de aquí»... y a más de uno le echan, en efecto, a empujones. Pero no importa, porque, el que cae, despliega las alas y planea. ¡Caramba! ¡No me importaría nada ser ave

marina..., poder pasear por la playa, flotar en el mar, bucear en persecución de los peces, o planear millas y millas sobre la brisa! Nada me importaría ser...

—¿Qué es eso? —le interrumpió Jorge de pronto al oír un ruido que no procedía de las aves—. ¡Escuchad! ¿No es un aeroplano?

Escucharon todos, escudriñando el cielo. Y, allá a lo lejos, vieron un punto que surcaba el firmamento y oyeron el trepidar de un motor.

—¡Un avión! ¡Fuera de todas las rutas! —exclamó Bill—. Caramba... ¡era lo que menos esperaba ver aquí!



Capítulo IX

La isla de los Frailecillos

Bill dio tales muestras de asombro, que los niños se le quedaron mirando. ¿Acaso era tan sorprendente ver un aeroplano, aun cuando fuese cerca de aquellas islas desiertas?

El detective tomó los gemelos de Jack y miró por ellos, pero llegó demasiado tarde para poder distinguir nada.

—¿Sería un hidroavión o un aeroplano corriente? —se preguntó en alta voz—. Es raro.

—¿Por qué es raro? —inquirió Dolly—. Los aeroplanos van por todas partes ahora.

Bill no dijo nada más. Le devolvió los gemelos a Jack.

—Creo que será mejor que comamos algo, y que armemos luego las tiendas de campaña —anunció—. ¿Y si las pusiéramos junto al riachuelo que vimos camino de aquí? A cosa de un cuarto de milla de la costa. No resultaría demasiado lejos para transportar las cosas si lo hiciésemos entre todos.

Se instalaron las tiendas. Se tendieron en su interior unas lonas sobre el suelo y se echaron encima de éstas las mantas. Luego, sentados en una leve pendiente y de cara al mar, los cinco hicieron una succulenta comida.

—Siempre me parece —empezó Lucy mordiendo un bocadillo hecho con dos galletas y mantequilla y crema de queso en medio—, siempre me parece...

—No es necesario que continúes —dijo Jack—. Sabemos lo que vas a decir y estamos completamente de acuerdo contigo.

—No sabes lo que voy a decir —contestó Lucy, indignada.

—Ya lo creo que lo sabemos —aseguró Jorge—. Lo dices siempre que hacemos una comida al aire libre durante las vacaciones.

—¿Verdad que ibas a decir «Siempre me parece que las cosas tienen mucho mejor gusto cuando una las come al aire libre»? —dijo Dolly.

—Pues sí que iba a decir eso —asintió Lucy—. Pero ¿de verdad lo digo siempre? Sea como fuere, es la pura verdad. Sí que me parece...

—Sí, sí, ya lo sabemos —la interrumpió Jack—. Eres un verdadero reloj de repetición, Lucy. Nos dices las mismas cosas vez tras vez. No te preocupes. Nosotros pensamos lo mismo aunque no lo digamos. «Kiki», ¡quita ese pico del queso!

—«Kiki» es terrible —dijo Dolly—. De veras que sí. Se ha llevado tres galletas ya. Me parece que no le das suficientes semillas de girasol, Jack.

—¡Troncho! ¡Eso sí que me gusta! —exclamó el niño—. No quiere ni mirar las semillas de girasol cuando ve un banquete como éste. En cualquier caso, Jorge,

siempre queda el recurso de que se coman las semillas tus ratas. Me encontré a «Chirrión» en el bolsillo hace un momento, tragándose una de ellas.

—¡Dios quiera que no le haga daño! —exclamó Jorge con alarma—. ¡Mirad...! ¡Aquí viene una gaviota... más mansa que nada! Seguramente querrá una galleta también.

Así era, en efecto. Había visto a «Kiki» picotear una de ellas con evidente fruición, y no vio motivos para no comerse ella una a su vez. El loro vio a la gaviota por el rabillo del ojo y se echó a un lado. El pájaro cayó sobre la galleta y se alzó de nuevo, emitiendo un grito que parecía una risotada.

—¡I-u, i-u, i-u!

«Kiki» alzó el vuelo a su vez, enfurecido, llamándola toda clase de cosas a la gaviota. Su propósito era ser insultante pero, por desgracia, el pájaro no le entendió. El loro no pudo alcanzarle y volvió desconsolado al lado de los niños.

—No puedes quejarte, «Kiki» —dijo Jack—. No debiste quitar esa galleta de la lata... como no debiera habértela quitado la gaviota a ti. Habéis sido tal para cual.

—¡Qué lástima, qué lástima! —murmuró el loro, acercándose a la lata de nuevo.

—Ese pájaro es un verdadero payaso —dijo Bill, sacudiéndose las migas del jersey—. ¿Quién vuelve ahora conmigo al barco a escuchar las noticias por radio? Además, he de transmitir yo unos mensajes... en particular uno para tu madre. Jorge, que querrá saber si hemos llegado aquí sanos y salvos.

Todos querían estirar las piernas, así es que cruzaron por encima de la alfombra de claveles marinos, cuyas sonrosadas florecillas se mecían al viento por doquiera.

Observaron a Bill mientras éste montaba su pequeña antena y andaba con los controles del aparato, que era transmisor a la par que receptor.

—Supongo que si manda usted mensajes todas las noches, no tendremos necesidad de echarle ninguna carta a tía Allie —dijo Lucy.

Todos se echaron a reír a carcajadas.

—Y, ¿dónde echarías tú una carta, si se puede saber? —preguntó Jack—. Yo no he visto un solo buzón por ninguna parte, Lucy; eres una boba.

—¡Sí que lo soy! —asintió la niña, poniéndose colorada—. ¡Claro que no podemos echar nada al correo aquí! ¡Qué suerte que pueda usted mandar mensajes, Bill! Así, si alguno de nosotros necesita ayuda, podría usted conseguirla.

—En efecto. Pero espero que, de necesitar alguna ayuda, podré llevármela de aquí en la canoa. De todas formas, no hubiese accedido a traeros tan lejos de no haber tenido transmisor para mandar mensajes todas las noches. Yo los mando a mis jefes, y ellos los telefonarán a su tía. De esta forma ella podrá estar al tanto de nuestros viajes y aventuras todos los días.

Estuvieron mirando un rato, y luego escucharon parte de un programa. Lucy se puso a bostezar a continuación y «Kiki» la imitó.

—¡Caramba! ¡Me hacéis sentir sueño! —exclamó Dolly, frotándose los ojos—. Mirad..., se está haciendo de noche.

Regresaron todos a las tiendas y se arrebujaron en las mantas. Se oía gritar incesantemente a las aves en el acantilado y en el mar.

—Parece como si fueran a pasarse la noche en vela —pensó Dolly.

Pero no fue así. Cuando por fin cayó la noche, también las aves se durmieron.

—El día siguiente fue cálido y bochornoso.

—Se me antoja que habrá tormenta tarde o temprano —dijo Bill, contemplando el firmamento—. Casi me parece que debiéramos intentar encontrar hoy mismo un sitio para cuartel general, para que tengamos abrigo si es que estalla alguna tormenta. Esta clase de vacaciones requiere buen tiempo si ha de tener éxito... una tempestad andaría muy lejos de ser agradable si sólo tuviésemos tiendas de campaña en que dormir: el viento las desharía.

—Quisiera sacar unas cuantas fotos de los acantilados y de los pájaros —dijo Jack—. Puedo hacerlo mientras ustedes desmontan las tiendas... si es que no es necesario que yo les ayude.

Cogió la máquina y se fue con «Kiki» en dirección al farallón. Bill le gritó que no intentase descender por el acantilado, y Jack, sin dejar de andar, le contestó que no lo haría.

No tardó en quedar todo empaquetado de nuevo a bordo de la canoa, a la que la marea empezaba a poner a flote. Aguardaron con paciencia el regreso de Jack. Éste apareció a los pocos momentos, con la máquina fotográfica y los gemelos colgados al cuello, y radiante el rostro que reflejaba su alegría.

—He conseguido unas cuantas instantáneas maravillosas —anunció—. «Kiki» me ha resultado la mar de útil. Le hice evolucionar delante de los pájaros, que se quedaron inmóviles de asombro, contemplándole. Yo aproveché entonces la ocasión para retratarles. Deberán resultar magníficas las fotografías.

—¡De primera! —dijo Bill, sonriendo al ver el entusiasmo del niño—. Tendrás que hacerte publicar un libro de fotografías de pájaros. «Obras maestras» por Jack Trent, precio, treinta chelines.

—Me gustaría eso —exclamó Jack, con los ojos muy brillantes—. No lo de los treinta chelines, sino el tener un libro de aves que llevara mi nombre.

—Vamos —dijo Jorge con impaciencia, porque Jack aún seguía en tierra—. Queremos marchar. Hace tanto calor, que estoy ansiando encontrarme en el mar otra vez y sentir la brisa en la cara.

No tardaron en sentirla y agradecerla. Hacía mucho calor para mayo, en verdad. La embarcación surcó rápidamente el mar, saltando un poco a impulsos de las olas. Lucy arrastró los dedos de nuevo por el agua, hallándola agradablemente fresca.

—Lo que a mí me gustaría —anunció Jorge, cuya nariz empezaba a perlarse de

sudor—, sería darme un baño. ¿Podremos hacerlo desde la canoa, Bill?

—Aguardad a que lleguemos a otra isla. No tengo muchos deseos de pararme en alta mar cuando hay una tormenta en perspectiva. Hace tanto calor, que estoy seguro de que habrá truenos incluso. Quiero llegar a sitio resguardado antes de que descargue. Mirad..., por ahí asoman más islas. Veamos si podemos descubrir una habitada por frailecillos. Eso es lo que queréis, ¿verdad?

Lucy, con la mano metida en el agua, sintió de pronto que algo la tocaba con suavidad. Sorprendida, bajó la mirada, retirando inmediatamente la mano por temor a una estrella de mar.

Con gran asombro suyo, sin embargo, vio que era una piel de naranja la que flotaba entre las olas. Llamó a Bill.

—¡Bill, mire! Hay una cáscara de naranja. ¿Quién puede comer naranjas en estas islas abandonadas? ¿Cree usted que habrá más gente estudiando pájaros por los alrededores?

Todos contemplaron la piel de naranja que se alejaba. Sí que parecía totalmente fuera de lugar allí. Bill la miró fijamente. Estaba intrigado. No era probable que los pescadores, si es que había alguno en las islas, tuviesen naranjas. Y no era fácil que a ningún naturalista se le ocurriera cargarse con ellas.

¿Cómo había llegado allí aquella piel? No era zona por la que navegasen barcos. Se trataba de una región solitaria donde las tormentas descargaban de repente y las galernas alzaban olas gigantescas.

—¡Qué me ahorquen si lo entiendo! —exclamó Bill por fin—. ¡Acabaremos viendo una pina americana o algo por el estilo! ¡Mirad! Aquí hay una isla... bastante llana... probablemente habrán frailecillos. ¿Nos dirigimos a ella?

—No..., naveguemos un poco por ahí primero —suplicó Jack—. Echémosle una mirada a unas cuantas islas más. Hay todo un grupo de ellas por aquí.

Navegaron por los alrededores, mirando una isla primero, luego otra. Llegaron a una que tenía acantilados muy pendientes por el lado oriental, luego formaba una especie de valle, y volvía a alzarse en acantilado otra vez.

Jack se llevó los gemelos a los ojos y dio un grito de excitación:

—¡Frailecillos! ¡A montones! ¿Los ves, Jorge? Apuesto a que la isla está llena de madrigueras tuyas. Desembarquemos aquí, Bill. Habrá masas de pájaros en los acantilados y centenares tierra adentro. Es una isla bastante grande. Probablemente encontremos dónde resguardarnos aquí y agua también. Los farallones nos protegerían por el este y por el oeste. ¡Adelante hacia la Isla de los Frailecillos!

—De acuerdo —respondió Bill.

Miró todo a su alrededor al guiar la embarcación hacia la isla. Había muchas otras a corta distancia; pero, que se viera, sólo estaban habitadas por las aves. El mar estaba picado por entre ellas, formando minúsculas olas.

La canoa dio la vuelta a la Isla de los Frailecillos, y Jorge gritó:

—Ahí hay un sitio magnífico por donde meter el barco, Bill..., ¡fíjese en esa hendidura por la que se interna el mar acantilado adentro! Habrá profundidad allá y podremos atar la embarcación a una roca. Podemos poner palletes para que no golpee contra las paredes rocosas.

La canoa se metió por aquel canalizo. Como había dicho Jorge, el agua era profunda allá dentro formando una especie de puertecito natural. Había una repisa de roca en la que podían desembarcar. ¿Podían haber encontrado nada mejor? ¡Hurra por la Isla de los Frailecillos!

Capítulo X

Exploración

—Qué sitio más estupendo, ¿verdad? —dijo Jack, al deslizarse dulcemente la canoa por el pequeño canal. La anchura era la justa para darle paso—. Cualquiera diría que es una casilla construida especialmente para dar albergue al «Lucky Star».

Bill salió a la repisa rocosa que hacía, divinamente, veces de desembarcadero. Por encima, de ellos se alzaban, a ambos lados, rocosos y pendientes farallones. Las aves ocupaban las repisas en hilera tras hilera y era tan continuo el trasiego como el caer de huevos despeñados por los empujones de los descuidados pájaros. Uno de ellos fue a estrellarse junto a Bill y le salpicó de yema el pie.

—¡Buena puntería! —gritó éste, alzando la mirada hacia las aves.

Y los niños rieron a carcajadas.

Atracaron la embarcación, atando la amarra a una roca vecina. La canoa cabeceó dulcemente al entrar las olas por la hendidura y retirarse, en su incesante flujo y reflujo.

—La marea está alta ahora —dijo Bill—. Cuando baje, aún continuará habiendo agua en abundancia aquí. La canoa estaría mucho más baja entonces. ¿Habría un camino para subir en el acantilado? No nos interesa tener que bajar por la repisa y escalar centenares de rocas antes de llegar a la isla propiamente dicha.

Miraron a su alrededor. Jack subió por la rocosa repisa y luego se volvió y dio un grito.

—¡Eh! ¡He encontrado una subida! Hay salientes rocosos, como si fueran toscos escalones, por la cara del acantilado... y se ve un hueco un poco más arriba. Creo que podremos ascender por aquí sin dificultad y encontrarnos en la isla.

—Bueno, pues id vosotros cuatro a explorar el terreno —dijo Bill—. Más vale que yo me quede con la embarcación y me cuide de que no se le rompan los costados contra las rocas. Echad una mirada por la isla, a ver si encontráis alguna caleta bien resguardada a la que pueda llevar la canoa.

Los niños saltaron del barco y siguieron a Jack. «Kiki» voló delante de ellos, gritando como una gaviota. Jack subió por las salientes rocosas, que parecían gigantescas escalones tallados por las olas en el transcurso de los siglos.

Como había dicho el niño, el acantilado tenía una profunda hendidura un poco más arriba, y los muchachos descubrieron que podían pasar por ella y salir a la alfombra de claveles marinos que había al otro lado. Fue dura la escalada y estaban sin aliento cuando llegaron a la cima, pero valió la pena.

El mar, de un brillante azul, se extendía todo alrededor de la isla. El cielo parecía

enorme. Otras islas, azules en la lejanía, se alzaban por todas partes, toda una colonia de ellas, y su isla se encontraba en el centro.

De pronto, Jack dio un grito que hizo dar un brinco a todos.

—¡Frailecillos! ¡Mirad! ¡Centenares y centenares de ellos! Los niños miraron hacia donde señalaba Jack y allí, entre los claveles de mar y las matas de brezo, observaron a los pájaros más raros y extraordinarios que en su vida habían contemplado.

Iban vestidos de blanco y negro. Tenían las patas anaranjadas, pero fue su enorme pico lo que más poderosamente llamó la atención de los muchachos.

—¡Fijaos en los picos! —exclamó Dolly, riendo—. Azules por la raíz y ¡con franjas encarnadas y amarillas!

—¡Pero, qué picos más enormes! —exclamó Lucy—. Me recuerdan un poco el de «Kiki».

—A los frailecillos los llaman también loros de mar —observó Jack, divertido, mirando al grupo de pájaros, cuyo semblante tenía el aspecto más solemne que imaginarse pueda.

—¡Qué ojos tan cómicos tienen! —dijo Jorge—. ¡Con qué expresión tan fija nos miran! ¡Y fijaos en su manera de andar... tan erguida!

La colonia de frailecillos resultaba tan distraída como una pantomima. Había centenares, millares de pájaros. Algunos estaban parados, mirando fijamente, con ojos rodeados de un extraño círculo rojo, a sus vecinos. Otros andaban de aquí para allá, moviéndose como marineros que pisan tierra después de un largo crucero. Y aun otros despegaban como minúsculos aeroplanos, ansiosos de llegar al mar.

—¡Mirad! ¿Qué está haciendo ése? —preguntó Lucy, al empezar uno de ellos a escarbar vigorosamente en el suelo, proyectando la tierra hacia atrás.

—Debe estar haciendo una madriguera —dijo Dolly—. Anidan debajo de tierra, ¿verdad, Jack?

—Ya lo creo. Apuesto a que esta isla está casi minada con sus agujeros y madrigueras —respondió Jack, caminando hacia las aves—. Vamos..., acerquémonos a ellos. «Kiki», no te muevas de mi hombro. No me da la gana de que les grites como una locomotora y los ahuyentes a todos.

«Kiki» parecía la mar de interesado en los cómicos frailecillos. Imitó con exactitud su llamada.

—¡Arrr! —dijeron los pájaros, con voz profunda y gutural—. ¡Arrr!

—¡Arrr! —contestó «Kiki» al punto.

Y varios pájaros le miraron, interrogadores.

Con gran encanto de los muchachos, los frailecillos no parecieron asustarse ni pizca ni tenerles el menor miedo. Ni siquiera se apartaron al acercarse los niños. Permitieron que caminasen por entre ellos y, aunque una de las aves le dirigió un

picotazo a la pierna de Jorge al dar éste un traspie y casi caérsele encima, ninguno de los otros intentó usar su formidable pico.

—¡Esto es hermoso! —exclamó Lucy, contemplando a los extraordinarios pájaros—. ¡Hermoso a más no poder! ¡Jamás creí que pudieran ser tan mansos unos pájaros!

—No es que sean mansos precisamente —dijo Jack—. Son salvajes, pero están tan poco acostumbrados a ver a seres humanos, que no nos temen ni pizca.

Los frailecillos se encontraban todos entre los claveles de mar. Al caminar los niños, se hundían a veces en la tierra. Las madrigueras se encontraban debajo y su peso hacía ceder el suelo.

—Lo tienen completamente minado —dijo Jorge—. Y, a propósito, no huele nada bien por aquí, ¿verdad?

Verdad era. Los niños pronto se acostumbraron, pero a las niñas les hacía muy poca gracia.

—¡Uf! —dijo Lucy, arrugando la nariz—. Se está haciendo peor y peor. Propongo que no alcemos nuestras tiendas de campaña demasiado cerca de esta colonia de frailecillos..., es tan desagradable como estar junto a un corral de cerdos.

—No arméis jaleo —dijo Jack—. ¡Eh, ven acá, «Kiki»!

Pero «Kiki» había volado a entablar amistad. Los frailecillos le miraron fijamente y con solemnidad.

—¡Arrr! —dijo el loro con cortesía—. ¡«Arrr»! ¡Dios salve al rey!

—¡Arrr! —replicó el frailecillo.

Y se acercó a «Kiki», balanceándose como un marino. Los dos pájaros se miraron.



—«Kiki» da la impresión de que está a punto de decir «¿Cómo está usted?» — dijo Dolly, riendo—. Los dos parecen la imagen de la cortesía.

—Lorito, pon el escalfador a calentar —dijo «Kiki».

—¡Arrr! —le contestó el loro de mar.

Y se marchó anadeando, a su agujero.

«Kiki» le siguió, pero, aparentemente, había en el agujero otro frailecillo que no deseaba la compañía del loro, porque no tardó en oírse un chillido de angustia de «Kiki», que salió del hueco mucho más aprisa de lo que había entrado al verse acometido.

Voló a posarse sobre el hombro de Jack.

—¡Pobre «Kiki», qué lástima, qué lástima!

—Te está bien empleado por meter las narices donde nadie te llama —contestó Jack.

Y dio un paso hacia delante. Pisó un macizo de claveles marinos que cedió bajo su peso, hundiéndose la pierna en un agujero bastante profundo. Quienquiera que se hallara allá abajo, encontró la pierna muy poco a su gusto y le asestó un picotazo.

—¡Uuuuh! —exclamó el niño, dejándose caer sentado de repente, y frotándose la pierna—. ¡Por poco me arranca un trozo de carne el muy bruto!

Continuaron atravesando la colonia. Había frailecillos en el suelo, en el aire... ¡y en el mar también! Por todas partes sonaban sus llamadas:

—¡Arrr! ¡Arrr! ¡Arrr!

—Podré sacar unas fotografías maravillosas —dijo Jack, muy satisfecho—. Lástima que sea demasiado pronto para que anden por ahí las crías. Y tampoco creo que ya haya huevos.

Aquellas aves vivían, en su mayor parte, en el verde vallecito entre los dos altos acantilados. Jorge miró a su alrededor, buscando un sitio a propósito para instalar las tiendas de campaña.

—Supongo que todos deseamos instalar nuestro cuartel general en la Isla de los Frailecillos, ¿no es así? —dijo—. Me figuro que nada podrá arrancar a Jack de aquí. Tiene acantilados en que anidan guillemotes y bubias, y un valle en que viven frailecillos... conque supongo que es feliz.

—¡Ya lo creo que sí! —asintió Jack—. Nos quedaremos aquí. Ésta será nuestra isla... la compartiremos con los pájaros.

—Bueno, pues buscaremos un buen sitio para las tiendas. Luego traeremos nuestras cosas aquí. Más vale que encontremos un sitio en que haya un río o un manantial, sin embargo..., si es que hay tal cosa en la isla. Necesitamos agua para beber. Y hay que dar con una caleta en que meter la canoa. No podemos dejarla en esa hendidura tan estrecha.

—¡Mirad! ¡Hay una caleta la mar de bonita allá abajo! —dijo Dolly de pronto,

señalando hacia el mar—. Podríamos bañarnos allí... y la embarcación estaría bastante segura también. Vamos a decírselo a Bill.

—Iré yo —anunció Jorge—. Veo que Jack quiere contemplar un rato más a los frailecillos. Yo acompañaré a Bill en el barco hasta la caleta. Vosotros dos podéis buscar un buen sitio para las tiendas. Luego ayudaremos todos a traer las cosas aquí desde la canoa.

Regresó apresuradamente en busca de Bill para decirle dónde meter la embarcación. Jack se sentó con «Kiki» a observar a los pájaros. Las niñas se marcharon a buscar un lugar apropiado para el campamento.

Erraron por la isla. Más allá de la colonia de frailecillos, al final de ella y antes de llegar a los altos acantilados del otro lado de la isla había una pequeña cañada. Crecían allí unos cuantos abedules achaparrados y bancos de brezos.

—¡El sitio a propósito! —dijo Dolly muy contenta—. Podemos alzar nuestras tiendas aquí, estar resguardados del viento, observar a los frailecillos, ir a bañarnos cuando queramos y, cuando nos cansemos de eso, irnos a visitar las otras islas.

—Una vida muy agradable —contestó Lucy, riendo—. Y ahora..., ¿hay agua por los alrededores?

No había ningún riachuelo en el islote; pero Dolly encontró otra cosa que serviría igual, o así lo esperaba, por lo menos.

—¡Mira! —le gritó a Lucy—. Aquí hay una roca enorme con un hueco en el centro lleno de agua. La he probado y no es salada.

Lucy se acercó seguida de Jack. Metió la mano, ahuecada, la sacó llena de agua y la probó. Era dulce y fresca a más no poder.



—Agua de lluvia —observó Dolly—. Iremos bien..., mientras no se seque con este calor. Vamos, regresemos al barco a recoger todas las cosas que necesitamos. Tendremos que sudar un poco.

—Aguardaremos aquí un poco —anunció Jack, llegando con «Kiki»—. Supongo que Bill y Jorge traerán la canoa a la caleta. Cuando lleguen, bajaremos a decirle que hemos encontrado un buen sitio y les ayudaremos a transportarlo todo.

Bill y Jorge no tardaron en entrar en la ensenada. Bill saltó a tierra, arrastró el ancla playa adentro y la clavo. Vio a Jack y a las muchachas y agitó un brazo en saludo.

—¡Ahora voy! —gritó—. ¿Habéis encontrado un buen sitio en que acampar?

Jorge y él se reunieron instantes más tarde con ellos y se mostraron encantados con la cañada.

—Es Justamente lo que necesitábamos —aseguró el detective—. Subiremos ahora mismo todas las cosas que nos son precisas.

Conque se pasaron un buen rato yendo y viniendo, cargados todos. No tuvieron que emplear tanto tiempo como habían temido, porque eran cinco, y hasta el propio «Kiki» echó una mano, o, mejor dicho un pico, y cargó con una cuña. Lo hizo, más

que nada, para lucirse ante los frailecillos que le contemplaron muy serios cuando pasó volando con la cuña en el curvado pico.

—¡Arrr! —gritó, con voz de frailecillo.

—Estás exhibiéndote, «Kiki» —le dijo severamente Jack—. Eres un pájaro muy presumido.

—¡Arrr! —contestó el loro.

Y le dejó caer la cuña en la cabeza.

Fue divertido preparar un nuevo domicilio. Los niños y Bill iban a ocupar una de las tiendas. La otra era para las niñas. Lucy encontró una repisa de roca detrás de las tiendas de campaña y, debajo de ella, un espacio grande y seco.

—Un sitio ideal para almacenarlo todo —dijo con orgullo—. Jack, trae las latas aquí... y la ropa... Hay sitio para la mar de cosas. ¡Oh, qué bien lo vamos a pasar aquí!

Capítulo XI

«Soplando» y «Bufando»

—¿No va siendo hora de que comamos algo? —se quejó Jack, acercándose con un montón de cosas—. Se me hace la boca agua cuando leo «Carne en conserva» y «Melocotones de la mejor calidad», y veo el chocolate con leche.

Bill consultó el reloj y luego dirigió una mirada hacia el sol.

—¡Caramba! ¡Vaya si es hora ya! ¡Se está poniendo el sol! ¡Cómo ha volado el tiempo!

No tardaron mucho en sentarse apaciblemente sobre brezos y claveles de mar, comiendo galletas y carne en conserva, y con la perspectiva de un plato de melocotones ante ellos. Bill había subido botellas de gaseosas al barco, y todos estuvieron de acuerdo en que eran preferibles a tener que ponerse a hervir agua para hacer té o cacao. Hacía mucho calor, en verdad.

—¡Me siento más feliz! —dijo Lucy, mirando hacia el mar—. Me siento tan lejísimos de todo... de veras, trabajo me cuesta creer en este instante que el colegio exista. Y esta carne sabe a gloria.

Lo mismo opinaban las ratas de Jorge. Salieron de su escondite en cuanto olieron la comida. Una de ellas se le sentó encima de la rodilla, y se puso a roer. Otra se retiró con un bocado a la oscuridad de un bolsillo. La tercera se le instaló sobre el hombro.

—Me estás haciendo cosquillas en el lóbulo de la oreja —dijo Jorge.

Dolly se sentó tan lejos de él como pudo, pero, al igual que Lucy, se sentía demasiado feliz para sacarle faltas a nada en aquellos momentos.

Todos comieron con apetito, fija la mirada en el sol poniente y en el mar salpicado de oro, que empezaba a perder su azulado color para reflejar los colores del ocaso. Lucy miró a Bill.

—¿Le gusta a usted desaparecer, Bill? —quiso saber—. ¿No le parece que es divertido?

—Verás..., durante una quincena, sí; pero no me seduce mucho la idea de vivir solo en estas islas desiertas una vez os hayáis marchado vosotros. No es ese el concepto que yo tengo de la diversión. Prefiero vivir entre peligros que vegetar como uno de esos frailecillos.

—¡Pobre Bill! —murmuró Dolly, pensando en el momento en que se encontrara sola, sin más compañía que unos libros y la radio, y sin persona alguna con quien hablar.

—Le dejaré mis ratas si quiere —ofreció, con generosidad, Jorge.

—No, gracias —se apresuró a contestar Bill—. ¡Conozco a tus ratas! Acabarían teniendo una familia numerosa y, para cuando yo me marchara de aquí, esto sería la Isla de las Ratas y no de los Frailecillos. Además, yo no estoy tan enamorado como tú de las ratas ni de los ratones, me parece que ya lo sabes.

—¡Oh, mirad, mirad! —exclamó Dolly de pronto.

Todo el mundo miró. Un frailecillo acababa de salir de su cercana madriguera y caminaba solemnemente hacia ellos, balanceándose como hacían todas aquellas aves.

—¡Ha venido a cenar! —dijo la niña.

—¡Arrr! —gruñó profundamente el pájaro.

Todos se echaron a reír. El ave siguió andando hasta llegar al lado de Jorge. Se detuvo junto a la rodilla del niño y le miró con fijeza.

—El atractivo de Jorge vuelve a entrar en acción —dijo Lucy, con cierta envidia—. Jorge, ¿qué es lo que haces que todos los animales y los pájaros quieren ser amigos tuyos? Fíjate en ese frailecillo... está hecho un brazo de mar contigo.

—No sé —respondió el otro, encantado con su nuevo amigo.

Acarició con dulzura la cabeza del pájaro, y éste expresó con un «arr» su satisfacción. Luego le dio un trozo de carne y el otro se lo comió inmediatamente, volviendo por más.

—Ahora supongo que irás seguido de un fiel frailecillo —dijo Dolly—. Bueno, de todas formas, más vale un loro de mar que tres ratas o que ratones... o que ese horrible erizo con pulgas que tenías... o que ese par de ciervos volantes o que...

—Por favor, Dolly, no nos des la lista completa —le suplicó Bill—. Ya sabemos que Jorge es un parque zoológico ambulante. Si quiere tener uno de estos frailecillos, por mí, que lo tenga. Me tiene sin cuidado. Es lástima que no se nos haya ocurrido traer un collar y una trailla.

El pájaro dijo «arr» otra vez, un poco más fuerte, y luego se alejó, completamente erguido, brillándole el pico con el sol.

—Pues no nos has hecho una visita muy larga, amiguito —dijo Jorge, chasqueado.

El ave se metió en su guarida pero reapareció casi inmediatamente, acompañado de otro pájaro un poco más pequeño, pero con un pico más brillante aún.

—¡Romeo y Julieta! —exclamó Jack.

Los dos frailecillos se acercaron a Jorge. Los niños los contemplaron divertidos y encantados.

—¿Cómo los llamaremos? —inquirió Dolly—. Si van a formar parte de nuestro grupo, habrá que darles algún nombre. ¡Qué pájaros más cómicos!

—Soplando y bufando, soplando y bufando —observó «Kiki», recordando, de pronto, las palabras—. Soplando y...

—Claro que sí... ¡Soplando y bufando! —exclamó Lucy—. ¡Qué loro más

inteligente eres, «Kiki»! Has estado hablando de «Soplando» y «Bufando» desde que dimos principio a nuestras vacaciones... y, ¡aquí están «Soplando» y «Bufando» vivitos y coleando!

Todos se echaron a reír. «Soplando» y «Bufando» les parecieron muy buenos nombres para aquellos dos frailecillos. Se acercaron ambos a Jorge y, con gran regocijo de éste, se sentaron a su lado, muy contentos.

A «Kiki» no le hizo mucha gracia. Les miró con la cabeza ladeada. Ellos le miraron, a su vez, con aquellos ojos rodeados de un círculo encarnado. El loro apartó la mirada y bostezó.



—¡Han conseguido hacerle apartar la vista a «Kiki»! —exclamó Jack—. ¡Y eso sí que ya es lograr!

Las tres ratas habían decidido que lo más prudente era montarse tan alejadas de «Soplando» y «Bufando» como fuese posible. Se sentaron alrededor del cuello de Jorge, contemplando a los dos pájaros. Luego, al hacer «Soplando» un movimiento, se metieron, como centellas, camisa del niño adentro.

Bill se despezó.

—No sé lo que os pasará a vosotros —dijo, pero yo estoy cansado. El sol se está ocultando ya por el Oeste. Vamos a recoger las cosas y acostarnos. Pasaremos un día magnífico mañana bañándonos y tomando el sol, y observando a las aves. Empiezo a acostumbrarme a su eterno coro de gritos. Al principio estaba casi ensordecido.

Las niñas se encargaron de recoger, Lucy sacó un cacharro de agua del límpido estanque natural y lo pasó de mano en mano para que se lavasen.

—No debemos lavarnos en ese estanque, ¿verdad, Bill? —dijo muy seria.

—¡Dios mío, no! —respondió Bill—. ¡Quedaría negro como la tinta si se metieran los chicos! Lo conservaremos para beber nada más, o para sacar el agua que necesitamos para hervir o lavar.

—Me parece que voy a darme un baño maría —anunció Jack, poniéndose en pie—. No, no en el charco ese, Lucy, conque no pongas esa cara de disgusto..., bajaré a la caleta, donde está la canoa.

—Claro —contestó el niño, apartando a «Soplando» y «Bufando» de sus rodillas—. ¡Moveos, muchachos, que yo no crezco aquí como un matorral!

—Iré yo también —anunció Bill, vaciando la pipa que fumaba—. Me siento sucio. ¿Queréis acompañarnos vosotras?

—No —contestó Lucy—; yo prepararé las mantas y todo eso en las tiendas de campaña.

Dolly tampoco quería ir porque se sentía muy cansada. El sarampión les había robado parte de las energías. Se quedaron allá al marcharse los otros. El valle descendía en pendiente hasta el mar, y la caleta resultaba que ni pintada para bañarse. Los muchachos y Bill se desnudaron y se tiraron al agua. Ésta estaba templada y les acariciaba el cuerpo como la seda.

—¡Exquisita! —anunció Bill.

Y se puso a perseguir a los niños. Éstos le esquivaron dando gritos y aullidos y salpicando con el agua, armando tal jaleo que «Soplando» y «Bufando», que habían acompañado a Jorge todo el camino, medio andando, medio volando, retrocedieron un poco playa arriba. Miraron a los niños fija y pensativamente. Jorge los vio y se alegró. ¡Con toda seguridad nadie habría tenido antes un par de frailecillos domesticados!

Las dos niñas estaban colocando las cubiertas de lana y las mantas en las dos tiendas cuando Dolly se interrumpió de pronto y se puso a escuchar. Lucy la imitó.

—¿Qué es? —preguntó en un susurro.

Y entonces oyó el ruido ella también. ¡O mucho se equivocaba o era un aeroplano!

Salieron de la tienda de campaña y escudriñaron el firmamento, tratando de localizar el sonido.

—¡Allí!... ¡Allí, mira! —exclamó Lucy, excitada, señalando hacia el oeste—. ¿No lo ves? ¡Oh, Dolly! ¿Qué están haciendo?

Dolly no consiguió ver el avión, lo intentó y lo intentó, pero no pudo ver el punto en que se hallaba el aeroplano.

—Está cayendo algo —dijo Lucy, esforzando la vista—. ¡Oh! ¿Dónde están los

gemelos de campaña? ¡Aprisa! ¡Tráelos, Dolly!

Dolly no pudo encontrarlos. Lucy seguía contemplando el firmamento, fruncidos los ojos.

—Algo cayó muy despacito del aparato —dijo—. Algo blanco. Lo vi. ¿Qué puede haber sido? Espero que no se encontraría el aeroplano en apuros.

—Bill lo sabrá —respondió Dolly—. Supongo que tanto él como los muchachos lo verían. Quizá se llevaron ellos los gemelos. Yo no he podido encontrarlos, por lo menos, y los he buscado.

El avión no tardó en dejar de oírse y de verse, y las dos muchachas volvieron a su trabajo. Las tiendas adquirieron un aspecto de gran comodidad con sus pilas de mantas. Era una noche tan calurosa, que Dolly alzó la lona de la entrada y la sujetó para que entrara bien el aire.

—Esa tormenta no parece haber venido —dijo, mirando hacia el oeste para ver si se acercaba alguna nube grande—. Pero sigue haciendo bochorno.

—Aquí vienen los otros —dijo Lucy al ver a Jack, Jorge y Bill acercarse—. ¡Y «Soplando» y «Bufando» les acompañan aún! ¡Oh, Dolly, qué divertido será si tenemos dos frailecillos domesticados!

—No me importaría nada tener frailecillos. Pero no puedo soportar a las ratas. ¡Hola, Bill! ¿Oyó el aeroplano?

—¡Dios mío, no! ¿Pasó uno? —preguntó Bill con gran interés—. ¿Por dónde? ¿Cómo es que no lo oímos?

—Estábamos haciendo tanto ruido —dijo Jack— que no hubiésemos oído un centenar.

—Fue la mar de curioso —anunció Lucy—. Estaba yo mirando el aeroplano cuando vi caer algo de él. Algo blanco.

—¿Un paracaídas? —preguntó Bill—. ¿Pudiste verlo?

—No. Estaba demasiado lejos. Puede haber sido un paracaídas... o una nubecilla de humo... no lo sé. Pero sí que pareció como si se cayera algo del avión, muy despacio. ¿Por qué pone usted una cara tan seria, Bill?

—Porque... tengo el presentimiento de que hay algo..., bueno, algo un poco raro en eso de los aeroplanos. Me parece que voy a echar una carrera a la canoa y mandar un mensaje por radio. Quizá no sea nada, pero..., ¡pudiera ser algo importante!

Capítulo XII

Bill se marcha solo

Bill bajó por el valle hacia la caleta en que se hallaba la canoa. Los pies se le hundieron profundamente en la blanca tierra. Los niños le vieron alejarse.

Lucy tenía una expresión muy solemne, tan solemne como «Soplando» y «Bufando», que estaban apoyados contra Jorge.

—¡Caramba! ¿Qué quiere decir Bill? ¿Es posible que vayamos a meternos en una aventura otra vez? ¿Aquí, donde no hay nada más que el mar, el viento y los pájaros? ¿Qué podía ocurrir?

—No es fácil que Bill nos diga gran cosa —repuso Jorge—, conque no le molestéis haciéndole preguntas. Yo voy a acostarme. ¡Brrr! Empieza a refrescar un poco. Voy a meterme entre las mantas. «Soplando» y «Bufando», más vale que os quedéis fuera esta noche. Poco sitio habría para vosotros aquí, estando tres, «Kiki» y las ratas.

«Soplando» y «Bufando» se miraron. Luego, como de común acuerdo, se pusieron a escarbar a la puerta de la tienda, lanzando la tierra tras sí. Lucy se echó a reír.

—Van a hacerse una madriguera tan cerca de ti como les sea posible. Jorge. ¿Verdad que tienen gracia?

«Kiki» se acercó a ver lo que estaban haciendo los frailecillos y le cayó un chaparrón de tierra encima. Se puso muy indignado:

—¡Arrr! —gruñó.

Y los dos frailecillos asintieron cortésmente, diciendo:

—¡Arrr!

Bill regresó cosa de media hora más tarde. Todos los niños estaban envueltos en las mantas y Lucy dormía. Dolly le preguntó:

—¿Todo marcha bien, Bill?

—Sí. Recibí un mensaje de Londres diciéndome que vuestra madre marcha tan bien como se puede esperar. Pero ha pillado muy fuerte el sarampión, al parecer. ¡Menos mal que se os ha podido quitar de encima!

—¿Y el mensaje de usted, Bill... sobre el aeroplano? —inquirió la niña, que tenía mucha curiosidad por el interés de que había dado muestras Bill en el asunto—. ¿Pudo llegar a su destino?

—Sí —respondió lacónicamente el detective—. Pudo. No tienes por qué preocuparte de eso. Buenas noches, Dolly.

Dos minutos más tarde estaban todos dormidos. «Chirriamucho» y sus parientes

sólo se veían como bultos sobre la persona de Jorge. «Kiki» estaba sentado encima del vientre de Jack, aunque éste se lo había quitado de encima de un empujón varias veces ya. «Soplando» y «Bufando» se encontraban en su recién hecha madriguera, tocándose los picos. Todo era paz al deslizarse la luna por el firmamento, trazando un sendero plateado por la superficie de las aguas.

Amaneció una mañana clara y hermosa, y pareció como si la tempestad no fuese a llegar, porque ya no se notaba bochorno alguno. El aire era fresco y vigorizador. Los niños corrieron a la playa a bañarse en cuanto se levantaron. Lo hicieron tan aprisa, que «Soplando» y «Bufando» no tuvieron más remedio que volar para poder seguirles. Se metieron en el agua con los muchachos, flotando como corchos y con un aspecto ridículo.

Luego bucearon en busca de peces, nadando con las alas debajo del agua. Eran rápidos de verdad y no tardaron en salir a la superficie de nuevo con peces en el pico.

—¿Y si nos dieras uno para desayunar, «Soplando»? —le dijo Jorge.

E intentó quitarle un pez al frailecillo más cercano. Pero éste no quiso soltarlo y se lo tragó entero de una vez.

—Debieras enseñarle a pescar para nosotros —dijo Jack, riendo—. ¡Así podríamos desayunar pescado asado! Eh, lárgate de aquí, «Bufando»..., ¡eso no es un pez, que es mi pie!

Durante el desayuno discutieron sus planes para el día.

—¿Qué haremos? Exploremos toda la isla y bauticemos algunos de los sitios. Esta cañada en que nos encontramos será el Valle de los Sueños, porque es donde dormimos —dijo Lucy.

—Y la playa en que nos bañamos se llamará Caleta del Chapuzón —dijo Dolly—. Y donde primero atracó la canoa, Puerta Escondida.

Bill se había mostrado bastante silencioso durante el desayuno. Jack se volvió hacia él.

—¡Bill! ¿Y usted? ¿Qué quiere hacer? ¿Vendrá a explorar la isla con nosotros?

—Pues veréis —fue la sorprendente respuesta—, si os da lo mismo, y puesto que estaréis la mar de ocupados y os sentiréis la mar de felices sin mí, yo tomaré la canoa y me iré a dar una vuelta... por los alrededores de todas esas islas.

—¡Cómo! ¿Sin nosotros? —exclamó Dolly, asombrada—. Iremos con usted entonces, si es que quiere hacer eso.

—Esta vez voy a ir solo —anunció Bill—. Ya os llevaré a vosotros otro día. Pero hoy iré yo solo.

—¿Ocurre... ocurre algo acaso? —inquirió Jack, con el presentimiento de que algo no marchaba del todo bien—. ¿Ha sucedido algo, Bill?

—Que yo sepa, no —contestó alegremente el otro—. Es que quiero salir un poco solo, he ahí todo. Si me pongo a explorar un poco por mi cuenta, sabré cuáles son los

mejores sitios a que llevaros, ¿verdad?

—Bueno, Bill —respondió el niño, intrigado aún—. Usted haga lo que quiera. También es esto una vacación para usted... ¡aunque esté haciendo el papel de desaparecido!

Por consiguiente, Bill se marchó solo aquel día, y los niños oyeron el trepidar del motor al hacerse la canoa a la mar con el propósito, al parecer, de explorar las islas de los alrededores.



—Algo trama Bill —observó Jorge—. Y apuesto a que tiene algo que ver con los aeroplanos. Me hubiese gustado que nos dijera algo. Pero no hablará.

—Dios quiera que vuelva sano y salvo —dijo Lucy con ansiedad—. Sería terrible encontrarnos abandonados aquí, en una isla de pájaros, sin saber nadie dónde estamos.

—¡Vaya si lo sería! —asintió Jack—. No se me había ocurrido pensar en eso. Anímate, Lucy... no es fácil que se meta Bill en ningún peligro. Tiene demasiado bien sentada la cabeza.

Transcurrió agradablemente el día. Los niños fueron al acantilado y observaron a la muchedumbre de pájaros. Se sentaron en medio de la colonia de frailecillos viendo cómo aquellas extrañas aves de enorme pico ocupaban sus horas. Lucy llevaba un pañuelo atado a la cara, tapándose la nariz. No podía soportar el olor de la colonia, pero los otros pronto se acostumbraron a las fuertes y agrias emanaciones. De todas formas el viento soplaba bastante.

«Soplando» y «Bufando» no les abandonaron. Caminaban o corrían con los niños. Volaban a su alrededor e iban a bañarse con ellos. «Kiki» tenía algunos celos, pero habiendo recibido un fuerte golpe del pico multicolor de «Soplando», se mantuvo a una distancia prudencial y se contentó con hacer comentarios muy poco corteses.

—¡Suénate la nariz! ¿Cuántas veces he de decirte que te limpies los pies? ¡Qué niño tan malo! Soplando y bufando sin parar. ¡Pun, suena el sopló!

Los niños se sentaron en el Valle de los Sueños después de tomar el té, aguardando a que regresara Bill. Empezó a ponerse el sol. Lucy estaba pálida y preocupada. ¿Dónde se encontraba su amigo?

—Pronto estará de vuelta, no te preocupes —le dijo Jorge—. Oiremos la canoa de un momento a otro. No puede tardar.

Pero el sol se hundió por completo en el mar, sin que hubiese aparecido el detective. La noche cayó sobre la isla, y ya resultó inútil seguir sentado aguardando. Estaban los cuatro llenos de ansiedad cuando se metieran en las tiendas de campaña y se echaron a dormir. Pero ninguno de ellos pudo pegar los ojos.

Por último, las niñas se fueron a la tienda de los muchachos y se sentaron allí a hablar. Luego, de pronto, oyeron un ruido que les llenó de alegría: el trepidar de un motor. Se pusieron todos en pie de un brinco y salieron corriendo de la tienda.

—¡Ése es Bill! ¡Tiene que serlo! ¿Dónde hay una lámpara de bolsillo? ¡Vamos a la caleta!

Cruzaron dando tumbos la colonia de frailecillos, despertando a más de un pájaro furioso. Llegaron a la playa en el preciso momento en que Bill, habiendo saltado a tierra, echaba a andar. Se abalanzaron sobre él con alegría y alivio.

—¡Bill! ¡Querido Bill! ¿Qué le ha ocurrido? ¡Creíamos que se había perdido!

—¡Oh, Bill... no volveremos a dejarle marchar solo otra vez!...

—Siento haberos causado tanta ansiedad —dijo Bill—; pero no deseaba volver de día por si me veían desde algún aeroplano. Tuve que aguardar a que anocheciese, aun cuando sabía que estaríais preocupados. De todas formas, aquí estoy.

—Pero, Bill, ¿no va usted a decirnos nada? —exclamó Dolly—. ¿Por qué no quería volver de día? ¿Quién iba a verle? ¿Y por qué había de importar que le viesen?

—Algo raro está ocurriendo en estas aguas solitarias —contestó el otro, muy despacio—. No sé exactamente el qué. Me gustaría averiguarlo. No vi a un alma en todo el día, a pesar de que estuve husmeando por Dios sabe cuántas islas. Y no es que esperara ver a ninguno, porque nadie sería lo bastante tonto como para dejarse ver si había venido aquí con fines secretos. Ello no obstante, abrigaba la esperanza de descubrir alguna señal.

—Supongo que ese trozo de cáscara de naranja era una prueba de que había alguna otra persona en cualquiera de las otras islas, ¿verdad? —dijo Lucy, recordando

la peladura que tropezara con su mano—. Pero ¿qué está haciendo? No creo yo que pueda hacer gran cosa en esta desolación... sin más que islas de pájaros alrededor.

—Esto es lo que me intriga —contestó Bill—. No es posible que se trate de contrabando, porque las costas están bien patrulladas actualmente, y no podría entrar nada. Y no siendo así, ¿qué puede ser?

—Bill, ¿está usted seguro de que no le vio nadie? —inquirió Dolly con ansiedad—. Puede haber gente escondida vigilando en una de las islas... gente que pudiera verle sin que usted la viese a ella.

—Eso es lo que me intriga —contestó Bill—. No es probable, sin embargo. La posibilidad de que se acerque nadie a estas islas y entorpezca lo que pueda estarse haciendo es muy remota, y no creo que apostaran centinelas en ninguno parte.

—Sin embargo, podían haber visto u oído —insistió Dolly—. ¡Oh, Bill..., y usted que debía haber desaparecido por completo! ¡Quizás hayan descubierto sus enemigos su paradero!

—No es fácil que fueran los mismos enemigos por cuya causa he desaparecido —contestó Bill, riendo—. No creo que me reconociese ninguna otra persona aquí, visto a distancia en una canoa automóvil. En cualquier caso, pensarían que era simplemente un ornitólogo o un naturalista de cualquier clase de amantes de la soledad de estos mares.

Pronto estuvieron en las tiendas de campaña otra vez, felices de tener nuevamente a su lado a Bill, sano y salvo. Brillaron las estrellas en un cielo despejado. «Soplando» y «Bufando» volvieron a meterse en su madriguera, contentos de que su nueva familia se hubiese retirado a descansar. No aprobaban aquellos paseos nocturnos.

Lucy seguía preocupada después de echarse.

—Siento que se acerca una aventura. Está en camino ya. ¡Ay, Señor! ¡Y yo que creía que aquí era donde menos probabilidades había de que tropezásemos con una!

Y Lucy no se equivocaba. Una aventura se hallaba en camino y casi había llegado ya.

Capítulo XIII

¿Qué sucedió en la noche?

A la mañana siguiente todo parecía normal. Los niños habían olvidado sus temores de la noche anterior y Bill bromeó y rió tan alegremente como los demás.

Ello no obstante, estaba preocupado. Y cuando apareció un aeroplano y voló dos o tres veces por encima de las islas, hizo que los niños se echaran al suelo en medio de la colonia de frailecillos, que era donde se encontraban en aquel momento.

—No creo que puedan verse nuestras tiendas de campaña —dijo—. Espero que no, por lo menos.

—¿No quiere usted que sepa nadie que estamos aquí, Bill? —inquirió Jack.

—No. No por ahora. Si oís un aeroplano, tumbaos. Y no encenderemos fuego para hervir agua. Beberemos limonadas o gaseosas en lugar de té.

El día transcurrió bastante feliz. Volvía a hacer mucho calor, y los niños fueron a bañarse media docena de veces, echándose al sol para secarse después. «Kiki» estaba celoso de «Soplando» y «Bufando» porque éstos podían meterse en el agua con los muchachos. Estaba en la playa, con las garras hundidas en la arena, gritando a todo pulmón:

—¡Lorito real, pobre lorito! ¡Lorito tiene un catarro, decidle al médico que venga! ¡Aaaa-chúuuu!...

—¡Si será idiota! —exclamó Jack, salpicándole.

El loro se enfadó y retrocedió un poco.

—¡Pobre «Kiki»! ¡Qué lástima! ¡Pobre lástima! ¡Qué «Kiki»!

—Sí, ¡qué «Kiki»! —le gritó a su vez Jack.

Y buceó para asir de las piernas a Bill.

Sacaron muchas fotografías, y «Soplando» y «Bufando» posaron la mar de bien mirando derechos al objetivo con una cara la mar de solemne.

—Casi me da la sensación de que van a abrazarse con las alas de un momento a otro —dijo Jack al apretar el disparador—. Gracias, «Soplando» y «Bufando». ¡Muy bien en verdad! Pero me gustaría que sonrieseis la próxima vez. «Kiki», quítate del poso... y deja la cuña de la tienda de campaña en paz. Ya has arrancado tres.

Aquella tarde el firmamento estaba cubierto de nubes y no se veía el sol.

—Parece como si fuera a venir pronto ya esa tormenta —dijo Bill—. ¡Si aguantaran nuestras tiendas!

—No tenemos ningún otro sitio al que ir —habló Jack—. El Valle de los Sueños viene a ser el lugar más resguardado de toda la isla. Y, que yo haya visto, no hay cavernas ni nada que se le parezca.

—Quizá pase la tormenta —observó Jorge—. ¡Uf, qué calor hace! ¡Me parece que no voy a tener más remedio que darme otro baño... el último!

—Te has dado ocho hoy ya —intervino Dolly—. Los he contado.

Cayó más aprisa la noche por culpa de las nubes.

Las niñas se metieron entre las mantas, bostezando.

—Me parece —anunció Bill, consultando la esfera luminosa de su reloj— que me acercaré a la canoa a mandar un mensaje o dos. A lo mejor recibo alguna noticia también. Vosotros dormíos; no tardaré mucho.

—Bueno —contestaron los niños, soñolientos.

Bill salió de la tienda de campaña. Las niñas estaban dormidas ya, y no le oyeron marchar. Jorge se quedó dormido casi antes de que hubiese dado Bill dos pasos. Jack permaneció despierto unos minutos más, y se quitó a «Kiki» de encima del vientre por quinta vez.

El loro fue a posarse en la cintura de Jorge y aguardó a que se les acercara a las patas uno de los bultos que sabían eran las ratas. Cuando una de ellas se aventuró a aproximarse, alzando un pequeño montículo por debajo de la manta, «Kiki» le largó un picotazo. Jorge se despertó dando un alarido.

—¡Qué animal eres, «Kiki»! ¡Jack, llévatelo de aquí! ¡Me acaba de dar un picotazo en la boca del estómago! Si pudiese verle, le daría un golpe en el pico.

«Kiki» se retiró al exterior de la tienda de campaña hasta que los niños se quedaron dormidos otra vez. Voló a posarse encima de la misma, permaneciendo alerta allí.

Entretanto, Bill se hallaba en el camarote de la canoa sintonizando la radio. Pero, como consecuencia de la tormenta que se avecinaba, resultaba difícil oír otra cosa que descargas de estática.

—¡Maldita sea! —exclamó por fin—. A ese paso jamás lograré radiar los mensajes. Ganas me dan de llevar la embarcación a la hendidura esa... ¿cómo la llaman los niños?... El Puerto Escondido. Quizá me funcionará la emisora mejor allí, puesto que está más resguardado.

Para Bill era de suma importancia poder utilizar la radio aquella noche. Puso en marcha el motor y se dirigió a Puerto Escondido. Entró con cuidado y atracó la canoa.

Luego se puso a trabajar con la emisora otra vez. Al cabo de un rato creyó oír ruido en el mar, un ruido que se iba aproximando por momentos. Apagó el aparato y se puso a escuchar, pero empezaba a alzarse el viento y no pudo oír más que a éste.

Hizo girar los mandos otra vez, escuchando atentamente. Consiguió establecer contacto, y recibió la orden de aguardar para recibir un importante mensaje de sus jefes.

El aparato emitió silbidos y toda clase de ruidos raros. Bill aguardó con paciencia. De pronto, oyendo algo a sus espaldas, volvió la cabeza con sobresalto, medio

esperando encontrarse con uno de los niños.

Pero no era ninguno de ellos. Se trataba de un hombre de duro semblante y extraña nariz torcida, que le estaba contemplando. Al volver Bill y vérselo la cara, el desconocido soltó una exclamación de gran asombro:

—¡«Usted»! ¿Qué está usted haciendo aquí? ¿Qué sabe de...?

Bill se puso en pie de un brinco. Pero en aquel mismo instante recibió el golpe que le dirigió el desconocido con una especie de porra que llevaba en la mano y, al desplomarse, dio con la cabeza contra el borde del aparato de radio, quedando a continuación inmóvil.

El hombre de la nariz torcida emitió un fuerte silbido. Se acercó otro al camarote y asomó la cabeza.

—Mira esto —dijo el primero, señalando, a su víctima—. Es una sorpresa encontrarle a él aquí, ¿verdad? ¿Crees tú que habrá adivinado algo?

—Por fuerza; de lo contrario no andaría por estos alrededores —contestó el otro, cuya poblada barba ocultaba una boca cruel—. Átale. Resultará útil. Le haremos hablar.

Quedó atado fuertemente sin que hubiese abierto los ojos. Le sacaron de la canoa y lo trasladaron a una embarcación pequeña atracada junto al «Lucky Star». Era un bote de remos y los dos hombres soltaron la amarra disponiéndose a remar hacia su propia lancha automóvil, que aguardaba con el motor parado un poco más allá de la isla en que se encontraban.



—¿Crees tú que habrá alguna otra persona con él? —le preguntó el de la nariz torcida—. A bordo no había ninguna otra.

—No. Cuando divisamos su barca ayer, no iba en ella más que un hombre... y no cabe duda de que era éste —le contestó el barbudo—. De haber habido algún otro le hubiésemos visto. Está completamente solo. No sabía que se le había vigilado anoche cuando regresó.

—Supongo que, en efecto, no hay nadie más aquí —observó el primer hombre, que parecía tener muy pocas ganas de marcharse—. ¿No crees que será mejor destrozarse la canoa por si acaso?

—Bueno. Y la estación de radio también —contestó el barbudo.

Encontró un martillo y no tardó en oírse el estruendo que producían los golpes al destrozarse el motor y el magnífico aparato receptor-emisor de radio.

Llevada a cabo esta hazaña, los hombres se alejaron en el bote llevándose a Bill, que seguía sin conocimiento. Llegaron a la lancha automóvil, que se puso en movimiento una vez estuvieron todos a bordo, perdiéndose en la lejanía el trepidar de su motor. Pero en la Isla de los Frailecillos nadie lo oyó más que «Kiki» y las aves marinas...

Los niños no tenían la menor idea de que Bill no había regresado aquella noche. Durmieron apaciblemente hora tras hora, soñando con bufidos y resoplidos, frailecillos, olas gigantescas y arenas doradas.

Jack fue el primero en despertarse. «Kiki» le estaba picoteando la oreja.

—¡Maldita sea tu estampa, «Kiki»! —exclamó el muchacho, apartando al loro de un empujón—. ¡Caramba! ¡Aquí están «Soplando» y «Bufando» también!

Así era. Se acercaron anadeando adonde se hallaba Jorge y se detuvieron junto a su cabeza.

—¡Arrr! —dijo «Soplando», amoroso.

Jorge se despertó. Vio o los dos frailecillos y en sus labios se dibujó una sonrisa. Se incorporó bostezando.

—¡Hola, Jack! —dijo—. ¿Se ha levantado Bill ya?

—Así parece. Habrá ido a bañarse seguramente. ¡Ya podía habernos despertado! Anda, vamos a llamar a las niñas e iremos a bañarnos nosotros también.

No tardaron los cuatro en correr hacia el mar, esperando encontrarse a Bill en el agua. Pero no le vieron por parte alguna.

—¿Dónde está entonces? —exclamó Lucy, intrigada—. Y ¡cielo santo! ¿Dónde está el barco?

Eso. ¿Dónde estaba el barco? No se veía ni rastro de él. Los niños contemplaron la caleta, intrigados y llenos de consternación.

—Debe haberlo llevado a Puerto Escondido —sugirió Jack—. Quizá no fuese bien el aparato de radio. Aún está algo cargada la atmósfera y tal vez no funcionara bien por eso.

—Bueno, pues vayamos a Puerto Escondido entonces —dijo Jorge—. A lo mejor le entró sueño allí y se quedó a dormir en el camarote.

—Probablemente estará a bordo —asintió Dolly—, ¡dormido como un tronco! Vamos a darle un susto. ¡El muy dormilón!...

—¡Dios quiera que esté allí! —murmuró Dolly, estremeciéndose de preocupación, no menos que de frío.

Se vistieron aprisa, tiritando un poco, porque el sol estaba oculto tras borrascosas nubes.

—Dios quiera que no se estropee el tiempo precisamente cuando empezamos a disfrutar de verdad de las vacaciones —dijo Dolly—. Oh, «Soplando», lo siento... pero te metiste debajo de mis pies. ¿Te he tirado?

Al frailecillo no pareció importarle que Dolly le pisara. Sacudiendo las alas, dijo «¡arr!» y echó a andar tras «Bufando», que corría apresuradamente en persecución de Jorge.

Cruzaron la colonia de frailecillos y llegaron a la hendidura del acantilado. Allá abajo, la canoa se mecía dulcemente a impulso de las olas.

—¡Ahí está! —exclamó Dolly con alegría—. ¡Bill la trajo aquí, en efecto, después de todo!

—No le veo sobre cubierta —dijo Jack—. Debe encontrarse en el camarote. Vamos.

—Llamémosle —dijo Lucy de pronto—. Quiero saber si está.

Y antes de que pudieran contenerla sus compañeros, gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Bill! ¡Oh, Bill! ¿Está ahí?

Nadie salió del camarote, y por primera vez los niños empezaron a sentir cierta inquietud.

—¡Bill! —aulló Jack, haciendo dar a todos un brinco de sobresalto—. ¡Bill! ¡Salga!

No hubo respuesta desde el barco. Dominados de pronto por el pánico, los cuatro niños bajaron a trompicones por las repisas rocosas. Saltaron a bordo y se asomaron al camarote.

—¡No está aquí! —exclamó Dolly, asustada—. Bueno, pues, ¿dónde está entonces?

—No debe andar muy lejos, puesto que la embarcación aún se encuentra aquí —repuso Jack con mucha sensatez—. Volverá pronto. Quizás esté explorando algún punto de la isla.

Iban a marcharse cuando Jorge notó algo. Se detuvo y agarró con fuerza a Jack, palideciendo.

—¿Qué? —inquirió Jack, asustado—. ¿Qué pasa?

Jorge señaló en silencio el aparato de radio.

—¡Destrozado! —murmuró en un susurro—. ¡Hecho polvo por completo! ¿Quién habrá sido?

Lucy empezó a llorar. Jack subió a cubierta y miró a su alrededor con un disgusto enorme. Luego, Jorge lanzó desde el camarote un grito de angustia que hizo que los demás corrieran a su lado.

—¡Mirad! ¡El motor de la canoa está destrozado también! Completamente hecho cisco. ¡Dios mío! ¿Qué ha estado sucediendo aquí?

—¿Y dónde está Bill? —preguntó Dolly, en ronco susurro.

—Le han secuestrado —repuso Jack, muy despacio—. Alguien vino a buscarle durante la noche. Supongo que no saben que estamos nosotros aquí. Habrán creído que Bill se encontraba solo. Le tienen en su poder y... ¡ahora estamos prisioneros en la Isla de los Frailecillos y no podemos escapar!

Capítulo XIV

Unos cuantos planes

Todos se sintieron mal de pronto. Lucy se sentó, apelotonada. Dolly hizo lo propio. Los niños se quedaron mirando el destrozado motor, como si no pudieran dar crédito a lo que estaban viendo.

—Debe de ser una pesadilla —dijo Dolly, por fin—. No puede ser verdad. Pero... ¡pero si todo iba perfectamente anoche, y ahora... ahora...!

—Ahora la embarcación está destrozada y no podemos marchar de aquí... el aparato de radio está deshecho, y no podemos mandar ningún mensaje... y Bill ha desaparecido —dijo Jorge—. Y no se trata de un sueño, sino de una realidad.

—Sentémonos en el camarote todos juntos —propuso Lucy secándose las lágrimas—. Sentémonos juntos y hablemos. No nos separaremos ni un instante.

—¡Pobre Lucy! —exclamó Jorge, rodeándola con un brazo—. No te preocupes. En trances peores que éste nos hemos encontrado.

—¡No es verdad! —exclamó Dolly—. ¡Éste es el peor apuro en que nos hemos encontrado jamás!

«Kiki» sentía la tensión que se había apoderado de los niños. Permaneció quieto sobre el hombro de Jack, haciendo ruiditos consoladores. «Soplando» y «Bufando» se hallaban sentados solemnemente sobre cubierta, con la mirada fija. Hasta ellos parecían darse cuenta de que había sucedido algo terrible.

En el camarote, sentados muy juntos, los niños se sintieron algo mejor. Jack rebuscó en una minúscula alacena y sacó una barra de chocolate. No habían desayunado y, aunque el golpe recibido parecía haberles quitado el apetito, se pusieron a roer el chocolate con agradecimiento.

—Procuremos reconstruir exactamente lo sucedido —dijo Jack, dándole un pedazo de chocolate a «Kiki».

—Sabemos que Bill estaba preocupado por algo —dijo Jorge—. Los aeroplanos, por ejemplo. Tenía el presentimiento de que estaba ocurriendo algo extraño en los alrededores. Por eso marchó solo en la canoa. Se conoce que le vieron.

—Sí... y quizá sus enemigos consiguieron averiguar que se hallaba en este islote —dijo Dolly—. Pueden haberle seguido desde lejos, usando gemelos de campaña para no perderle de vista. Sea como fuere, está bien claro que vinieron aquí en su busca.

—Y que le encontraron —asintió Jack—. ¡Qué lástima que marchara a trastear con el aparato de radio anoche!

—Si no lo hubiera hecho, el enemigo, quienquiera que sea, probablemente

hubiese explorado la isla, descubriéndonos a nosotros también —dijo Dolly—. Así como están las cosas, lo más probable es que no conozcan nuestra existencia.

—Lo mismo daría que la conociesen —observó Lucy, con un respingo—. Estarían seguros de que no podríamos hacer ningún daño, viviendo en esta isla de la que podemos marcharnos.

—Llegaron aquí... en una lancha automóvil probablemente —prosiguió Jack—. Dejarían la lancha fuera... acercándose a tierra en un bote de remos, sin hacer ruido. Deben conocer esta abertura... o quizá vieron la luz de la canoa. Es seguro que Bill encendería la del camarote, la cual es muy brillante, por cierto.

—Sí. Y le pillarían por sorpresa y le dejarían sin conocimiento —asintió Jorge, alicaído—. Se le han llevado y... ¡Dios sabe lo que ocurrirá!

—No le... no le harán daño, ¿verdad? —dijo Lucy, con voz trémula.

Nadie le contestó. Lucy se echó a llorar otra vez.

—Anímate, Lucy —repitió Jorge—. Nos hemos encontrado en peores situaciones que ésta, diga Dolly lo que quiera. Saldremos del apuro divinamente.

—¿Cómo? —sollozó Lucy—. ¡Yo no veo cómo vamos a poder! Ni tú tampoco.

No lo veía Jorge tampoco, en efecto. Se rascó la cabeza y miró a Jack.

—Bueno... pues tenemos que trazarnos algún plan —le anunció este último—. Quiero decir que... hemos de decidir lo que vamos a hacer para intentar escaparnos... y lo que vamos a hacer para que escapemos.

—¿No vendrán los amigos de Bill a buscarnos cuando vean que no reciben ningún mensaje suyo? —preguntó Dolly de pronto.

—¡Bah! ¿De qué serviría eso? —contestó Jorge al punto—. Hay centenares de islotes de pájaros por aquí. Pudieron hacer falta años para visitarlas y explorar cada una de ellas en busca nuestra.

—Podríamos encender una hoguera en el acantilado y mantenerla ardiendo para que quien buscase viese el humo durante el día y las llamas por la noche —dijo Dolly, excitada—. Como hacen los marineros cuando ellos naufragan, ¿sabes?

—Sí que podríamos —asintió Jack—. Sólo que... el enemigo pudiera verlo también... y acercarse, y encontrarnos antes que ningún otro...

Reinó el silencio. Nadie sabía quién era el enemigo. Parecía misterioso, potente, aterrador...

—Bueno, ¿y qué quieres que hagamos? Yo creo que debiéramos seguir el plan de Dolly y encender una hoguera —dijo Jorge por fin—. Tenemos que correr el riesgo de que la vea el enemigo y venga a la isla. Hay que hacer algo para ayudar a los que pudieran acudir en nuestro auxilio. Vigilaremos y si el enemigo se presenta correremos a escondernos.

—¡Escondernos! ¿Dónde podremos escondernos? —inquirió Dolly, con desdén—. ¡No hay un solo sitio en toda la isla en que pueda ocultarse nadie!

—Eso es cierto —asintió Jack—. No hay cuevas, no hay árboles salvo ese puñado de abedules... y los acantilados son demasiado pendientes para que se puedan explorar. ¡Sí que estamos metidos en un atolladero!

—¿No podemos hacer nada para ayudar a Bill? —preguntó compungida, Lucy—. No hago más que pensar en él.

—Y yo —dijo Jack—. Pero no veo que podamos hacer nada para ayudarnos a nosotros mismos, cuanto más para ayudarle a él. Si pudiéramos escaparnos de aquí... o radiar una llamada de auxilio y conseguir que vinieran algunos de los amigos de Bill... eso sería algo. Pero no parece haber nada que hacer más que quedarse aquí y esperar.

—Hay comida en abundancia, por lo menos —dijo Dolly—. Pilas de conserva, galleta, leche condensada, sardinas y carne...

—Creo que será mejor que lo saquemos todo del barco —dijo Jack—. Me sorprende que el enemigo no se llevara todo lo que pudiese cargar. Quizá vuelva a buscar las provisiones, conque más vale que nos anticipemos. Podemos esconderlas en las madrigueras de los frailecillos.

—Desayunemos ahora —sugirió Jorge, sintiéndose más aliviado tras haber discutido el asunto y hecho algunos planes—. Abrid unas latas y buscad gaseosas. Vamos.

Aún se sintieron mejor todos después de haber comido y bebido. Habían tapado el aparato de radio; no podían soportar mirarlo.

Jack subió a cubierta después de satisfacer su apetito. Hacía bochorno de nuevo, y hasta la brisa parecía cálida. Brillaba el sol a través de una delgada capa de nubes y tenía un tinte rojizo.

—Aún ronda la tormenta —dijo—. Vamos... es preciso que nos pongamos a trabajar antes de que se presente con toda su crudeza.

Se decidió que Jorge y Dolly fueran a recoger leña para encender la hoguera en el acantilado.

—No nos consta que esos aeroplanos que vemos a veces sean del enemigo —dijo Jorge—. Si no lo son, quizá vean nuestra señal y vengán a volar en círculo sobre la isla. Luego mandarán ayuda. Hasta es posible que llegue alguno hoy. Conque encenderemos el fuego. Le echaremos algas secas alrededor, porque harán rescoldo y echarán humo en abundancia.

Jack y Lucy quedaron encargados de transportar las cosas desde la canoa hasta las tiendas de campaña.

—Cargad con todas las latas de comida que podáis —aconsejó Jorge—. Si el enemigo acertara a volver durante la noche y se las llevara, quedaríamos empantanados. ¡Nos moriríamos de hambre! Como están las cosas, disponemos de provisiones suficientes, si las salvamos, para semanas y semanas.

Los cuatro niños trabajaron rudamente en verdad. Jack y Lucy transportaron sacos de latas desde la embarcación hasta el Valle de los Sueños. De momento, las dejaron amontonadas junto a las tiendas. «Kiki» las examinó con interés y dio un picotazo a dos o tres de ellas.

—Menos mal que no tienes un abrelatas por pico, «Kiki» —dijo Jack, haciendo el primer chiste del día para intentar hacer reír a Lucy—. No nos dejarías muchas provisiones como lo tuvieses.

Jorge y Dolly estaban muy ocupados también. Se llevaron un saco cada uno y erraron por la playa, recogiendo los trozos de madera arrojados por las olas. Encontraron combustible de esta clase en abundancia y llenaron los sacos. Luego los transportaron a la cima del acantilado. «Soplando» y «Bufando» les hicieron compañía, tan solemnes como siempre, andando a veces y otras volando.

Jorge vació un saco en un lugar apropiado. Empezó a preparar la leña. Dolly corrió a llenar un saco de algas secas. También abundaban éstas.

Jack y Lucy, que estaban descargando conservas en el Valle de los Sueños, no tardaron en ver alzarse una columna de humo en la parte superior del farallón.

—¡Mira! —dijo el niño—. ¡Lo tienen en marcha ya! ¡Eso sí que es trabajar aprisa!

El viento empujaba el humo hacia el Este. Era un humo muy espeso, y los niños estaban seguros de que podría verse desde bastante lejos.

—Más vale que se quede uno de nosotros aquí siempre, vigilando el fuego y al tanto por sí se acercan enemigos o amigos —dijo Jorge.

—¿Cómo sabremos si son lo uno o lo otro? —inquirió Dolly, echando un palo al fuego.

—Bueno... supongo que no sabremos distinguirlo —respondió el otro—. Lo mejor que podemos hacer si vemos que se acerca alguna embarcación, es escondernos... y procurar luego averiguar si son amigos o no. Los oiremos hablar seguramente. Tendremos que buscar mucha más leña, Dolly... ¡esta hoguera se la comerá toda en un santiamén!

Lucy y Jack les ayudaron luego de haber acabado su trabajo.



—Hemos sacado del barco hasta la última lata de conserva y todo lo que fuese comestible —anunció Lucy—. Tenemos provisiones en abundancia... y disponemos del agua de ese estanque de roca para cuando se nos acaben las gaseosas. No quedan muchas botellas ya. ¿No querríais comer pronto?

—Sí. Tengo un hambre voraz —aseguró Jorge—. Comamos aquí, ¿queréis? ¿O es demasiado trabajo subir las provisiones? Es que uno de nosotros ha de quedar junto al fuego y echarle leña para evitar que se apague.

—No se apagará en un buen rato, por lo menos —dijo Lucy—. Cúbrela con más algas. La verdad, estamos cansados a más no poder de tanto cargar latas. Volvamos al Valle de los Sueños a descansar y a darnos un buen banquete.

Conque volvieron todos al Valle de los Sueños, donde la brisa agitaba las dos tiendas de campaña. Se sentaron, y Lucy abrió unas latas y sirvió su contenido en platos.

—Vais a comer salmón, galletas y mantequilla, tomates y peras —dijo.

—Hasta «Soplando» y «Bufando» se acercaron más para compartir tan agradable comida. Se hubiesen zampado hasta el último trozo de salmón de haber podido. «Kiki» prefería las peras en conserva, pero los niños sólo le permitieron tomar una.

—Peor estarían las cosas si no tuviésemos todas estas provisiones —dijo Jack, tumbándose al sol después de terminar—. Una aventura sin comida resultaría horrible. «Kiki», saca la cabeza de esa lata. Has comido más que ninguno de nosotros, so loro tragón.

Capítulo XV

Una tempestad verdaderamente terrible

El viento se alzó o eso de las cinco. Agitó las olas en torno a la isla hasta hacerlas gigantescas, coronarlas de espuma y lanzarlas playa arriba, donde rompían con estruendo de truenos. Las aves marinas abandonaron las caletas para alzar el vuelo dando grandes gritos. El viento las empujó, elevándolas y ayudándolas a recorrer grandes distancias sin que tuvieran que batir las alas. Se estaban divirtiendo de lo lindo.

A «Kiki» no le gustaba tanto viento. No podía alzarse ni planear como las gaviotas y los guillemotes. Hería su amor propio verse zarandeado demasiado. Permaneció cerca de las tiendas de campaña que se agitaban como seres vivos, tirando con violencia de las estaquillas que las sujetaban.

—¡Escuchad! ¡No podemos vigilar el fuego toda la noche! —exclamó Jorge—. Tendremos que cubrirlo con la esperanza de que aguante. Quizá despida resplandor de todas formas. ¿Verdad que lo conservan muy bien las algas? ¡Troncho! ¡El viento está ahora haciendo jirones el humo!

El sol se puso, hundiéndose en un macizo de borrascosas nubes violáceas que se iban acumulando por occidente. Jack y Jorge las contemplaron.

—Ésa es la tormenta que se aproxima; no cabe duda —aseguró Jack—. Bueno... ya hace días que la vemos venir... tenía que acabar así este tiempo caluroso. Dios quiera que el viento no se nos lleve las tiendas durante la noche.

—¡Quiéralo Dios! —asintió Jorge con ansiedad—. ¡Está soplando un verdadero ventarrón! ¡Fíjate en esas nubes tan terribles! ¡Parecen verdaderamente malignas!

Vieron cómo las nubes iban cubriendo el firmamento, haciendo caer la noche antes que de costumbre. Jorge se metió la mano en el bolsillo...

—Mis ratas saben que se acerca una tormenta —anunció—. Se han amontonado en el fondo del bolsillo. Es curioso cómo saben los animales esas cosas.

—¡Jack! —llamó con ansiedad Lucy—. ¿Tú crees que están seguras las tiendas? ¡Las está moviendo el viento una barbaridad!

Los niños fueron a examinarlas. Estaban tan firmes como era posible sujetarlas. Pero, con un viento como aquél, ¿quién podía asegurar lo que iba a suceder?

—No podemos hacer otra cosa que confiar en que todo irá bien —dijo Jack, algo alicaído—. Jorge, ¿tienes la lámpara de bolsillo? Más vale que estemos preparados para sufrir molestias esta noche. Si continúa el vendaval, quizá tengamos que levantarnos a sujetar las tiendas otra vez.

Las dos llevaban lámparas de bolsillo con baterías nuevas; por ese lado, pues,

estaban tranquilos. Las depositaron junto a su lecho cuando se envolvieron en las mantas aquella noche. Se acostaron todos pronto porque, en primer lugar, se estaba haciendo muy oscuro, en segundo lugar, había empezado a llover y, en tercer lugar, todos estaban cansados por el trabajo hecho aquel día. «Kiki» se retiró con los muchachos, como de costumbre, y «Soplando» y «Bufando» se metieron en su madriguera.

—¿Qué estará haciendo el pobre Bill? —murmuró Jack, mientras Jorge y él escuchaban rugir el viento a su alrededor—. Apuesto a que está preocupadísimo por nosotros.

—No hay derecho, y precisamente cuando empezábamos a disfrutar de verdad de las vacaciones —respondió Jorge—. Y ahora, el tiempo se ha estropeado también. ¿Qué haremos si continúa así días y días? Resultará horroroso.

—Oh, quizá se despeje cuando haya descargado la tormenta. ¡Troncho! ¡Escucha las olas en la playa! ¡Y cómo deben estarse estrellando contra los acantilados! ¡Apuesto a que ni las bubias ni los guillemotes están durmiendo gran cosa esta noche!

—El viento es bastante ensordecedor, por añadidura —asintió Jorge—. ¡Maldita sea! Estoy cansado a más no poder y sin embargo, no hay manera de que pueda dormir con todo este jaleo. Y ¡troncho!, ¿qué es eso?

—Truenos —contestó Jack, incorporándose—. La tempestad se nos ha echado encima ya. Metámonos en la tienda de las niñas. Jorge, Lucy estará espantada si ha despertado. Una tempestad en esta isla tan descubierta no será cosa de risa ni mucho menos.

Se introdujeron en la otra tienda. Las niñas estaban completamente despiertas y se alegraron de tenerles a su lado. Dolly se metió entre las mantas calientes de Lucy, y los niños ocuparon el sitio de Dolly. Jack encendió su lámpara portátil.

Vio que Lucy estaba a punto de llorar.

—No hay nada de qué asustarse, hija mía —le dijo con dulzura—. No es más que una tormenta, y las tormentas nunca te asustaron, Lucy, bien lo sabes.

—Ya lo sé —respondió la niña, tragando el nudo que se le había hecho en la garganta—. Sólo que... bueno, esta tormenta parece tan salvaje y... y tan «rencorosa» no sé por qué. Nos da «zarpazos» a la tienda, y nos ruge a nosotros. Parece viva.

Jack se echó a reír. Sonó el trueno de nuevo, superando en estruendo a las rompientes. «Kiki» se pegó a Jack.

—¡Pop, pop, pop! —dijo.

Y metió la cabeza debajo del ala.

—El trueno no hace pop, «Kiki» —dijo Jack, intentando ser chistoso.

Pero nadie sonrió. El viento sopló con más fuerza que nunca y los niños sintieron no tener más mantas. ¡Había tanta corriente!

De pronto fulguró un relámpago. Les hizo dar un brinco a todos, tan vivido era. Durante una fracción de segundo se vieron claramente los pendientes acantilados y el enfurecido mar. Luego el cuadro se borró.

El trueno volvió a sonar, por encima de sus cabezas esta vez. Luego un relámpago hendió el firmamento, y los niños volvieron a ver el acantilado y el mar. Daban ambos cierta sensación de irrealidad.

—No parecen de este mundo —dijo Jorge—. ¡Troncho! ¡Oíd la lluvia! Me está salpicando por todas partes, aunque sólo Dios sabe cómo puede entrar aquí.

—El viento está haciéndose peor —anunció Lucy, temerosa—. ¡Se nos llevará las tiendas de campaña! ¡Veréis como sí!

—¡Qué ha de llevarse! —repuso Jack, cogiéndole la mano a su hermana—. No puede arrancarlas. No...

Pero en aquel preciso instante se oyó como si algo se rasgara y una especie de gualdrapazos. Algo le dio a Jack en la cara y... ¡adiós tienda de campaña!

Los cuatro niños se quedaron como mudos durante un momento. El viento rugía a su alrededor, la lluvia les empapaba. No tenían nada que les protegiera, pues la tienda había desaparecido arrastrada por el viento en la oscuridad de la noche.



Lucy soltó un chillido y se agarró a Jack. Éste encendió a toda prisa su lámpara.

—¡Troncho! ¡Se ha ido! ¡Se lo ha llevado el vendaval! ¡Metámonos en nuestra tienda aprisa!

Pero antes de que pudieran levantarse de entre las mantas siquiera, el viento se había llevado la otra tienda también. Pasó como una exhalación junto a Jorge, que intentaba ayudar a las niñas a ponerse en pie y cuando dirigió la luz hacia donde había estado la otra tienda no encontró nada.

—La nuestra ha desaparecido también —gritó, para que pudiera oírsele—. ¿Qué hacemos?

—¡Más vale que bajemos a la canoa... si es que nos resulta posible! —gritó Jack—. O... ¿crees tú que se nos llevará el viento? ¿Será mejor quizá que nos envolvamos en las mantas y los toldos y aguardemos a que se apacigüe la tormenta?

—No. Nos calaríamos hasta los huesos. Mejor será intentar llegar a la embarcación —contestó Jorge.

Puso en pie a las niñas, y cada uno de ellos se echó una manta sobre los hombros para protegerse contra la lluvia y el frío.

—¡Agarraos de la mano y no os separéis! —dijo Jorge—. Yo iré delante.

Se agarraron de la mano. Jorge echó a andar, dando traspiés ante el vendaval que le azotaba la cara. Atravesó la colonia de frailecillos, procurando conservar el equilibrio.

De pronto, Dolly, que iba asida a la mano de Jorge, sintió que éste la soltaba. Oyó a continuación un grito.

Llamó asustada:

—¡Jorge, Jorge! ¿Qué te ha ocurrido?

No tuvo respuesta, Jack y Lucy se acercaron a ella.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde está Jorge?

La lámpara de Jack iluminó el suelo. No vio a su amigo. Éste había desaparecido por completo. Los niños, latiéndoles el corazón dolorosamente, permanecieron inmóviles, consternados y llenos de asombro. ¡No era posible que se le hubiese llevado el viento!

—¡Jorge! ¡«Jorge»! —gritó Jack, con toda la fuerza de sus pulmones.

Pero sólo el viento le respondió. Los tres gritaron a continuación y a coro.

Jack creyó oír un débil grito en respuesta. Pero ¿dónde? ¡Parecía proceder de debajo de sus pies! Inclino hacia abajo la lámpara y, con inmensa sorpresa suya y no menor susto, vio la cabeza de su compañero; pero sólo su cabeza, al nivel del suelo.

Dolly soltó un chillido de terror. Jack se arrodilló, demasiado estupefacto para decir una palabra. Nada más que la cabeza de Jorge... nada más que...

De pronto comprendió lo sucedido. Jorge había pisado tierra tan minada por los frailecillos, que había cedido, precipitándole en un agujero. Por poco lloró de alivio.

—¿Estás bien, Jorge? —gritó.

—Sí. Dame tu lámpara. Se me ha escapado la mía de la mano. He ido a caer en un agujero tremendo. Quizá haya sido suficiente aquí abajo para que nos guarezcamos todos —repuso el otro, gritando a su vez.

El viento se llevaba las palabras casi antes de que Jack pudiese oírlas.

Jack le entregó la lámpara. La cabeza del muchacho desapareció. Luego volvió a aparecer, surgiendo entre brezos y claveles marinos.

—Sí. Es un agujero enorme. Podéis bajar todos. Estaremos resguardados y secos hasta que pase la tormenta. Andad. Es un poco oloroso, pero, por lo demás, no está mal.

Dolly resbaló por la abertura, se encontró junto a Jorge. Luego bajaron Lucy y Jack. Éste había encontrado la lámpara del otro niño, y las dos lámparas iluminaron ahora el agujero.

—Supongo que entre los conejos y los frailecillos escarbaron tanto, que lograron hacer este boquete —comentó Jack—. Mirad, una madriguera de frailecillos desemboca en él por ese lado... y ¡uno de los pájaros nos está mirando con asombro! Hola, amigo. Perdona que irrumpamos de esta manera.

El alivio que experimentaba por haber hallado sano y salvo a Jorge, y por hallarse ya apartado del fragor de la tormenta, le hacían sentirse la mar de animado. Los sollozos de Lucy cesaron, y todos miraron a su alrededor con interés.

—Yo diría que ésta es una oquedad natural —anunció Jorge—, con una capa de tierra sostenida por las raíces de la vegetación, como cubierta. Pero tanto minar por parte de los frailecillos ha debilitado la superficie y por eso se hundió cuando la pisé. Bueno, pues precisamente lo que nos estaba haciendo falta... de momento, por lo menos.

Por encima de ellos continuaba rugiendo la tormenta, amortiguado su ruido por los entrelazados brezos y claveles de mar. No entraba ni una gota de lluvia en la cavidad. El trueno sonaba lejos. El relámpago no se veía.

—No veo ya razón para que no durmamos aquí esta noche —dijo Jack, extendiendo en el suelo la manta que se había quitado de encima de los hombros—.



El suelo es blando y está seco... y el aire debe ser respirable, puesto que el frailecillo continúa allí, mirándonos. A propósito... espero que «Soplando» y «Bufando» se encontrarán perfectamente.

Tendieron todas las mantas y se echaron, apretados unos contra otros.

—Te felicito por haber encontrado alojamiento tan magnífico para la noche. Jorge —dijo Jack, soñoliento—. ¡Has dado una muestra de gran habilidad! ¡Hasta mañana todo el mundo! ¡Qué descanséis!

Capítulo XVI

Al día siguiente

Todos durmieron profundamente en su extraño refugio. No se despertaron hasta bien entrada la mañana porque reinaba la oscuridad en el agujero, y estaban muy cansados además.

Jack fue el primero en despertarse, al sentir que «Kiki» se movía pegado a su cuello. No comprendió, en el primer momento, dónde se encontraba. Se filtraba un poco de luz por el agujero; pero no gran cosa. Hacía mucho calor.

—¡Arrr! —dijo una voz gutural, haciéndole dar un brinco de sobresalto—. ¡Arrr!

Era el frailecillo que había bajado por su madriguera a verles la noche anterior. Jack encendió la lámpara y le miró con una sonrisa.

—Buenos días... si es que es de día. ¡Siento haberte molestado! Les pediré a «Soplando» y «Bufando» que te den explicaciones en cuanto volvamos a verlos.

Jorge abrió los ojos y se incorporó. Luego se movieron las muchachas. Al poco rato estaban despiertos todos, contemplando el agujero y recordando los acontecimientos de la noche anterior.

—¡Qué noche! —dijo Dolly, estremeciéndose—. ¡Oh! ¡Cuándo se nos llevó las tiendas el viento, sentí una sensación horrible de verdad!

—Y aún me sentí yo peor cuando desapareció Jorge —dijo Lucy—. ¿Qué hora es, Jack?

Miraba sin creer lo que veía en su reloj teniendo por último que exclamar con sorpresa:

—¡Caramba! ¡Son casi las diez ya! ¡Cuánto hemos dormido! Venid, vamos a ver si continúa tan fuerte la tempestad.

Se puso en pie y apartó el colgante brezo que obturaba la entrada del agujero. Penetró inmediatamente un chorro de cegadora luz solar y los niños parpadearon. Jack asomó la cabeza por el agujero, encantado.

—¡Troncho! ¡Hace un día perfecto! El cielo está azul otra vez, y hay sol por todas partes. No queda ni rastro de la tormenta. Vamos a salir al sol y echar una mirada a nuestro alrededor.

Salieron, ayudándose unos a otros. Una vez fuera del escondrijo, y caído el brezo de nuevo, no se veía ni señal del agujero que daba paso al hueco que les sirviera de dormitorio.

—¿Verdad que resultaría para nosotros un escondite maravilloso? —exclamó Jack.

Los otros le miraron. El mismo pensamiento se les ocurrió a todos.

—Sí. Y si el enemigo se presenta, ahí es donde nos meteremos —dijo Dolly—. A menos que pasen andando por encima del mismísimo agujero, jamás podrán encontrarlo. Pero ¡si ni yo misma sé dónde está ya, y eso que acabo de salir de él!

—¡Troncho! ¡No me digas que lo hemos perdido tan pronto como lo encontramos! —exclamó Jack.

Y miraron a su alrededor en busca de la entrada. Jack la encontró de la misma manera que Jorge el día anterior, cayéndose dentro. Clavó un palo en el suelo junto a ella para saber dónde hallarla la próxima vez.

—A lo mejor tenemos que dormir ahí abajo todas las noches ahora que nos hemos quedado sin tiendas de campaña —dijo—. Es una lástima que hayamos sacado las mantas. Pero no irá mal que les dé un poco de aire. Las extenderemos sobre los brezos para que se soleen.

—Gracias a Dios que ha parado ese viento tan terrible —murmuró Dolly—. Apenas hay brisa siquiera hoy. Va a hacer la mar de calor. Nos bañaremos.

Lo hicieron en un mar sereno, que en nada se parecía al enfurecido océano del día anterior. Ahora se mostraba apacible y azul, y corría arena arriba en onduladas olitas bordeadas de blanco. Después de bañarse, los niños hicieron un desayuno abundante en el lugar que habían ocupado las tiendas.

«Soplando» y «Bufando» hicieron su aparición en cuanto llegaron los niños, y les saludaron con alegría.

—¡Arrrrr! ¡Arrrrr!

—Dicen que esperan que les tendremos reservado un buen desayuno —aseguró Dolly—. Lástima no os gusten las ratas, «Soplando» y «Bufando»; resultaríais la mar de útiles si así fuese.

Las ratas de Jorge habían vuelto a asomar la cabeza, ahora que había pasado la tormenta, con gran disgusto de la niña. Parecían muy animadas y una de ellas se le metió a Jack en el bolsillo en busca de una semilla de girasol. Sacó una, se sentó sobre los cuartos traseros encima de la rodilla del niño y se puso a roerla. «Kiki» se la arrebató bruscamente, obligándole a huir en dirección a Jorge.

—Eres el perro hortelano, «Kiki» —dijo Jack—. No quieres esa semilla para ti, pero tampoco se la quieres dejar a comer a «Chirriamucho». ¡Vergüenza debía darte!

—¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! —exclamó el loro al punto.

Y le soltó a Jack un aullido de risa al oído. El niño se lo quitó del hombro de un empujón.

—¡Voy a quedar sordo durante el resto del día! Lucy, ojo con esa carne en conserva. «Soplando» está dando demasiadas muestras de interés por ella.

—¡Caramba! Entre que «Kiki» nos roba la fruta de las latas, que «Soplando» y «Bufando» andan tras la carne, y que las ratas de Jorge meten el hocico en todas partes, lo raro es que nos toque a nosotros nada —exclamó Lucy.

Lo que no impedía que hallaran divertido que los animales se consideraran como de la familia. «Soplando» y «Bufando» resultaban más cómicos que de costumbre aquella mañana, porque ahora que empezaban a tener confianza querían investigarlo todo. A «Soplando» le llamó la atención, de pronto, el tenedor de Dolly, y lo tomó con el pico.

—¡No te tragues eso, bobo! —exclamó la niña, intentando quitárselo.

Pero «Soplando» tenía un pico muy fuerte y por mucho que tiró, Dolly no pudo quitarle el tenedor. El pájaro se alejó un poco para examinar su trofeo con tranquilidad.

—No se lo tragaré, no te preocupes —dijo Jorge, echándole a Dolly el suyo—. Si se pasa un rato examinándolo, no nos dará guerra mientras lo haga.

La hoguera, naturalmente se había apagado por completo. Hubo que encenderla otra vez. Esto no resultó tan fácil como la primera vez, porque todo había quedado empapado de agua durante la noche. El sol calentaba tanto, no obstante, que leña y algas no tardarían en secarse de nuevo.

Los niños se quedaron sin comer aquel día, porque eran las doce antes de que recogieron las cosas del desayuno.

—Merendaremos fuerte a eso de las cinco —dijo Jack—. Tenemos de sobra qué hacer... buscar las tiendas de campaña... encender la hoguera... recoger más leña... e ir a ver si la canoa se halla en buen estado.

Las tiendas no se veían por parte alguna.

—Probablemente habrán ido a parar a alguna isla lejana —dijo Jack—, asustando a los pájaros de allá. Bueno, ¿dormiremos en ese agujero esta noche?

—¡Oh, no, por favor, no! —suplicó Lucy—. Huele demasiado. Y vuelve a hacer tanto calor, que bien podríamos tender las mantas sobre los brezos y dormir al aire libre. Eso me gustaría.

Jorge contempló el despejado cielo. No se veía una nube.

—Si el tiempo está como ahora cuando anochezca —dijo—, podrá dormirse cómodamente al aire libre. Lo haremos si no hay cambio alguno. Encontraremos un sitio bien mullido y dejaremos las mantas en él, y la ropa, con los toldos por encima. ¡Es una suerte que los toldos se quedaron enredados en los abedules!

Hallaron un lugar a propósito no muy lejos de donde tenía almacenadas Lucy las provisiones bajo la repisa de roca, y amontonaron la ropa y las mantas allí, con los toldos por encima. Lucy había colocado la ropa de repuesto con las provisiones, pero la lluvia la había alcanzado, humedeciéndola. Conque se decidió que sería mejor usarla como ropa de cama durante la noche, y conservarla bajo los toldos durante el día.

Después de haber hecho todo esto, fueron a ver la hoguera, que ardía bien ya. Se sentaron en la cima del acantilado, con los pájaros gritando a su alrededor, y miraron

hacia el tranquilo mar.

—¿Qué es eso? —inquirió Lucy, de pronto, señalando algo que flotaba no muy lejos.

—Parece un montón de madera o algo así —respondió Jorge—. Restos de algún naufragio. Ojalá lo empujen las olas a tierra. Nos irá muy bien para la hoguera.

Entró lentamente con la marea. Jorge se llevó los gemelos a los ojos. Luego lo volvió a bajar, con tal cara de chasco, que los otros se alarmaron.

—¿Sabéis que esa madera se parece mucho a la del «Lucky Star»? —dijo—. Y hay más pedazos por allí, mirad... y seguramente encontraremos restos en las rocas también.

Callaron todos, consternados. A ninguno se le había ocurrido pensar que la tormenta hubiese podido estrellar a la canoa contra las rocas, reduciéndola a astillas. Jack tragó el nudo que se le había hecho en la garganta. ¡Cuán rudo golpe si eso era cierto! Se puso en pie.

Vamos. Más vale que bajemos a cerciorarnos. Supongo, claro, que tenía que zarandearla el viento. Pero, en cualquier caso, tampoco hubiésemos podido moverla. ¡Troncho! ¡Qué mala pata si nos hemos quedado sin barco! Aun cuando tuviera el motor destrozado seguía siendo una embarcación. Hubiésemos podido improvisar una vela o algo...

Los niños se apartaron de la hoguera en silencio, pasaron por la hendidura y bajaron por las repisas rocosas hasta el pequeño puerto.

No había embarcación alguna allí. Sólo quedaba un trozo de la cuerda que había servido para amarrarla. Continuaba atada a la roca, ondeando la punta rota a impulsos de la brisa.



—¡Mirad! —dijo Jack, señalando—. Las olas que entraban y salían con furia debieron zarandearla de lo lindo... ¿Veis las manchas de pintura en las rocas... y los trozos de madera que flotan por ahí? Cuando se rompió la cuerda, la deshicieron contra el acantilado. ¡Qué mala suerte!

Las lágrimas acudieron a los ojos de las niñas, y Jorge tuvo que volver la cabeza también. ¡Una embarcación tan hermosa! Ahora no era ya más que una masa de destrozadas maderas que podrían quemar en la hoguera. ¡Pobre «Lucky Star», y cuan poco le había cuadrado, en los últimos momentos, aquel nombre!

—Bueno; nada de lo que hubiésemos podido hacer nosotros hubiera servido de nada —dijo Jack, por fin—. La tempestad la hubiese deshecho de todas formas... aunque, de haber estado Bill con nosotros y de hallarse en condiciones la canoa la hubiese llevado él a la Caleta del Chapuzón, y la hubiéramos podido arrastrar playa arriba entre todos para ponerla fuera del alcance de las olas. No fue nuestra la culpa.

Todos se sentían tristes y alicaídos al abandonar el puertecillo y regresar a la cima del acantilado. El sol se estaba poniendo ya, y el atardecer era apacible y hermoso. Apenas había viento.

—¡Oigo un aeroplano otra vez! —exclamó Lucy, cuyo agudo oído percibió el

trepidar del motor antes que el de los otros—. ¡Escuchad!

Allá a lo lejos vio un punto negro a poca altura del horizonte. Los niños se llevaron los gemelos a los ojos. Jack soltó una exclamación.

—¡Mirad, está dejando caer algo! ¿Qué es, Jorge? ¿Un paracaídas?

—Parece un paracaídas pequeño, sí, con algo colgando debajo..., algo que se balancea —contestó el niño, con los gemelos pegados a los ojos—. ¿Es un hombre? No; no parece un hombre. Entonces, ¿qué puede ser? ¿Y por qué tira cosas aquí ese avión? ¡Troncho! ¡Ojalá estuviese Bill aquí para verlo! Algo muy raro está sucediendo en estos alrededores. Y es obra del enemigo. Nada me extrañaría que se alarmen cuando vean el humo de nuestra hoguera, ni que vengan a investigar a esta isla. No va a haber más remedio que montar guardia en el acantilado, mañana.

Volvieron al Valle de los Sueños, intrigados y llenos de ansiedad. Ya era hora de la merienda, y Lucy y Dolly la prepararon en silencio. Se hallaban de nuevo en plena aventura. Y ya no había manera de que se librasen de ella.

Capítulo XVII

¡Un barco, un barco!

—¿Creéis que vale la pena tener encendida la hoguera si los aeroplanos pertenecen al enemigo? —inquirió Lucy, por fin.

—Si es que nos han de salvar alguna vez, hemos de hacer una señal u otra cosa —contestó Jack—. Tendremos que correr el riesgo de que la vean tos aviones. Quizás, al ver que no llega ningún mensaje de Bill, manden barcos en busca nuestra. En tal caso, verán nuestra señal y vendrán derechos a la isla.

—¡Ojalá sea así! —dijo Dolly—. No quiero estar en este sitio meses y meses. Y resultaría terrible en invierno.

—¡Dios mío! ¡No hables de estar aquí en invierno! —exclamó Lucy, alarmada—. ¡Si sólo estamos en mayo!

—Dolly está viendo las cosas por su lado peor, como de costumbre —dijo Jorge. Dolly se enfadó.

—¡No es verdad! —dijo—. ¡No hago más que ser sensata! Y tú siempre llamas a la sensatez «ver las cosas por su lado peor».

—Oh, no os pongáis a regañar ahora, que es cuando debiéramos estar todos más unidos —suplicó Lucy—. ¡Y no acerques esas ratas a Dolly, Jorge! ¡No seas mezquino!

Jorge hizo un chasquido con los dedos y las ratas volvieron a metérsele en los bolsillos, «Kiki» soltó un resoplido.

—¡Tres ratones ciegos! ¡Mirad cómo corren! ¡Pop, suena «Kiki»!

—¡Arrr! —dijo «Soplando», en cortés asentimiento.

La verdad era que resultaba la mar de cómico ver cómo hablaban «Bufando» y él con el loro. Jamás decían otra cosa que «arrrr», pero lo decían en muchos tonos distintos y sonaban, a veces, como si sostuvieran una conversación.

Aquella noche los niños durmieron a la intemperie. Era una noche hermosa y tranquila, y las estrellas colgaban del firmamento, grandes y brillantes, Lucy intentó permanecer despierta. Las estrellas fugaces la encantaban y quería ver si descubría alguna. Pero no fue afortunada.

La cama resultaba muy cómoda. Habían escogido un lugar donde eran muy espesos los brezos para tender los toldos y las mantas, usando la ropa de repuesto como almohadas. Una leve brisa acariciaba las mejillas y el cabello. Se experimentaba una sensación la mar de agradable tendida allí, con el estrellado cielo por encima, y el rumor de las olas en la distancia.

—Sueña como el susurro del viento por entre las hojas —pensó la niña,

soñolienta—. Y el susurro del viento por entre las hojas suena como el mar. ¡Ay, Señor! Me estoy haciendo un lío..., un lío..., un...

Aún era hermoso el tiempo al día siguiente, y el humo de la hoguera se elevaba vertical, tan leve era la brisa. Jack y Jorge sacaron muchas fotografías de pájaros, y Jack se asomó, con anhelo, al borde del acantilado, ansiando descender un poquito para fotografiar a las aves allá.

—Bill dijo que no —advirtió Jorge—. Y yo creo que debemos obedecerle. Suponte que nos pasara algo a nosotros, ¿qué harían las niñas? Tenemos montones de fotos sin necesidad de meternos a sacar ninguna de los huevos y los pájaros de las repisas.

—Lástima que los frailecillos no hayan puesto huevos —dijo Jack—. No he encontrado ni uno solo aún. Supongo que es un poco pronto. ¡Qué bonitas deben ser las crías de frailecillos! Me gustaría ver alguna.

—En vista de cómo marchan las cosas —le repuso el otro—, hay muchas probabilidades de que llegues a verlas. A lo mejor tenemos que pasar aquí una temporada demasiado larga.

Se acordó que uno u otro de los niños estaría siempre de vigía en el acantilado. Desde la cima de éste era posible ver casi alrededor de toda la isla, y no podía aproximarse ningún enemigo sin que le descubrieran aun cuando se hallara lejos. Ello les daría tiempo de sobra para avisar a los demás y esconderse todos.

—En realidad, será mucho mejor que escondamos todas las latas y cosas que tenemos debajo de la repisa dentro de ese agujero, ¿verdad? —murmuró Lucy, cuando se hicieron los planes—. De lo contrario, podrían encontrarlas.

—Pondremos brezos alrededor —repuso Jack—. Sería muy pesado tener que bajar al agujero en busca de provisiones cada vez que quisiéramos comer.

Acordaron hacerlo así y metieron brezos por debajo de la repisa que le servía a Lucy de despensa. Lo hicieron con tanta naturalidad, que parecía como si creciera allí.

—Tendríamos tiempo de sobra para echar la ropa y todo eso dentro del agujero si viésemos acercarse a alguno —anunció Jack—. Yo me encargaré de la primera guardia. No me aburriré ni pizca habiendo tantos pájaros en el acantilado. Y «Kiki» hace tanto el payaso con ellos, que resulta tan distraído como una comedia observarle.

Transcurrieren los días sin que sucediera nada emocionante. Una vez oyeron otro aeroplano, pero no le vieron. Las olas arrojaron sobre la playa más restos de la canoa. Los niños se bañaron; comieron, durmieron, y vigilaron por turno; pero nada vieron que les preocupase.

«Kiki» montaba guardia siempre con Jack. «Bufando» y «Soplando» lo hacían siempre con Jorge. En cierta ocasión, se acercó otro frailecillo demasiado a Jorge

para el gusto de «Soplando», y el pájaro cargó contra él, gacha la cabeza y gruñendo «arrrr» como un perro enfurecido. Los enormes picos de los dos se engancharon y Jorge casi lloró de risa contemplando la curiosa batalla.

La llamó la «batalla de los picos» cuando se la describió a los demás más tarde.

—Hablan de cómo entrelazan las astas los ciervos cuando luchan —dijo—. Bueno, pues esos dos frailecillos enlazaron con la misma ferocidad los picos.

—¿Quién ganó? —inquirió Lucy, con interés—. ¿«Soplando», supongo?

—Claro que sí. Y no sólo ganó, sino que persiguió al otro hasta su madriguera y por dentro de ella. Salieron los dos por otro agujero, ganando «Soplando» la carrera. Lo que me extrañó fue que le quedara ninguna pluma al otro pobre pájaro cuando «Soplando» acabó con él.

La tarde del tercer día, Jack estaba sentado en la cima del acantilado. Le tocaba a él hacer guardia. Miró con indolencia, hacia el mar. Soplaba un poco más de brisa aquel día, y las olas coronadas de espuma, barrían la playa.

El niño estaba pensando en Bill. ¿Dónde se encontraba? ¿Qué le había sucedido? ¿Era posible que se hubiese escapado y, en caso afirmativo, era de esperar que acudiera con presteza a salvarles? ¿Y qué estaría pensando tía Allie? ¿Se habría enterado de que se carecía de noticias de Bill y estaría preocupada por su silencio?

Meditó profundamente sobre estas cosas, escuchando los variados gritos de las aves marinas a su alrededor, y observando su vuelo mar adentro. De pronto, allá lejos, distinguió algo.

Se puso rígido como perro que descubre algo anormal. Tomó los gemelos y se los llevó a los ojos. No tardó en enfocar el objeto, y vio que se trataba de una pequeña embarcación motora.

«Enemigos», pensó, y estaba a punto de ponerse en pie de un brinco, cuando se le ocurrió que quienquiera que ocupara la embarcación podría tener gemelos y también descubrirle. Se alejó arrastrándose hasta hallarse a bastante distancia de la cima antes de ponerse en pie y correr adonde se encontraban sus compañeros.

—¡Eh! —gritó sin aliento al bajar a toda velocidad el Valle de los Sueños donde los demás descansaban—. ¡Viene un barco!

Se incorporaron todos al instante. Lucy abrió desmesuradamente los verdes ojos, con excitación y temor.

—¿Dónde? ¿A qué distancia está?



—Bastante lejos aún. Necesitará unos diez minutos para llegar y atracar. Más vale que lo escondamos todo en el agujero inmediatamente.

—¿Y la hoguera? —preguntó Dolly, recogiendo una pila de jerseys y gabanes.

—Tendremos que dejarla. De todas formas, ya habrán visto el humo. Vamos, aprisa. ¡Muévete, Lucy!

Unos segundos bastaron para apartar los brezos de la boca del agujero y echar todas las cosas dentro. Jack quitó el palo que clavara para señalar el lugar.

—No hay necesidad de dejar postes indicadores que puedan guiar al enemigo —dijo, intentando hacer sonreír a Lucy.

Lo sonrisa con que ella le contestó fue un poco aguda.

—Bueno..., ¿está recogido todo ya? —inquirió Jorge, mirando a su alrededor.

Tiró de los brezos sobre los que habían estado tumbados y que estaban, como consecuencia de ello, aplastados; pero las plantas se estaban irguiendo ya de por sí. Recogió una cuchara que alguien se había dejado olvidada y se la metió en el bolsillo. No parecía quedar nada más que pudiese delatar la presencia de los muchachos.

—¡Vamos, «Copete»! ¡No andes rondando por ahí! —dijo Jack, lleno de impaciencia por meterse bajo tierra.

Las niñas habían bajado ya. Jack se introdujo por el hueco a su vez, y Jorge le siguió casi inmediatamente.

Jack tiró de los brezos desde dentro, hasta dejar tapada nuevamente la entrada.

—¡Vaya! Ahora, como no sea que alguien pise en este sitio, como hizo Jorge la otra noche, estamos seguros. A nadie se le ocurrirá pensar que hay un gran hueco por aquí, debajo del suelo.

—Me siento frailecillo —dijo Jorge—. Siento como si tuviera ganas de escarbar. ¿Y si escarbáramos un huequecito para cada uno de nosotros?

—Oh, no gastes bromas ahora —suplicó Lucy—. Yo no tengo ganas de ellas. Me siento..., me siento como comprimida y sin aliento. Y el corazón no podría latirme más aprisa. ¿No lo oís?

Ninguno fue capaz de oírlo. Pero eso quizá fuera porque a todos les latía con tanta violencia que les hubiera resultado imposible oír el de ninguna otra persona.

—¿Podemos susurrar? —preguntó Dolly, en un susurro tan alto, que todos pegaron un brinco.

—Yo creo que sí. Pero no habléis en alta voz —contestó Jack—. Y si oímos acercarse a alguno, aguzad bien el oído para ver si logramos descubrir si se trata de un amigo o de un enemigo. Sería terrible que resultaran ser amigos y les dejáramos marcharse sin habernos encontrado.

Terrible pensamiento, en efecto, casi peor que el de ser descubiertos por el enemigo. Todos permanecieron sentados en silencio, conteniendo el aliento y esforzando el oído. «Amigo o enemigo, amigo o enemigo, amigo o enemigo», dijo una voz en el cerebro de Lucy, y no pudo lograr que dejara de repetir las palabras vez tras vez: «Amigo o...»

—¡Chitón! —susurró Jack, de pronto—. Oigo algo.

Pero no eran más que «Soplando» y «Bufando» que llegaban al agujero. Apartaron los brezos y se dejaron caer dentro dando un susto terrible a los niños. Los brezos volvieron a juntarse, y los frailecillos escudriñaron las tinieblas, tratando de encontrar a Jorge.

—¡Qué pájaros más malos sois! —les regañó el niño—. Hubieran podido descubrir nuestro escondrijo. ¡Ojo con decir una palabra!

—¡Arrrr! —contestó «Soplando», con voz profunda.

Jorge le dio un empujón con ira, y el pájaro se apartó, asombrado. Era la primera vez que su amado Jorge le dirigía una palabra o un gesto de enfado. Marchó hacia la entrada de una madriguera vecina, seguido de «Bufando», y empezó a meterse por ella, la mar de ofendido. Los niños se alegraron de oírlos marchar.

—¡Chitón! —volvió a susurrar Jack. Y los demás se asieron unos a otros—. ¡Ahora sí que vienen de verdad! ¡Shhhh!...

Capítulo XVIII

El enemigo y «Kiki»



Los pasos repercutieron en el oscuro agujero. Luego se oyó el sonido de voces.

—Exploremos todo el islote: Alguien tiene que estar alimentando esa hoguera—

—No hay muchos sitios aquí donde poder esconderse —repuso otra voz—. Nadie sería capaz de descender por esos acantilados tan pendientes, conque quedan eliminados. Y es evidente que no hay nadie en este valle..., salvo esos pájaros tan ridículos.

Uno de los hombres estaba encendido, al parecer, un cigarrillo, porque se oyó cómo raspaba una cerilla. La cerilla cayó, y ésta resbaló por entre los trezcos, yendo a parar al agujero en que los frailecillos estaban acurrucados, cayendo y dando a Dolly en la pierna, y ella un poco soltó un chillido.

«Están espantosamente cerca —apuntaban todos en aquellos instantes—. ¡Espantosa, espantosamente cerca!»

—Mira —dijo uno de los hombres—. ¿Qué es esto? ¡El envoltorio de una pastilla de chocolate! Apuesto a que no anda lejos el escondite.

El corazón de los niños estuvo a punto de dejar de latir. Jorge recordó que el viento se había llevado un trozo del envoltorio de su chocolate, y que no se había molestado en irlo a recoger. ¡Maldita fuera! ¿Por qué no lo haría?

Jack buscó a «Kiki» a tientas. ¿Dónde estaba? Se le había quitado de encima del hombro, pero no le encontraba por ninguna parte. ¡Dios quisiese que no se le ocurriera soltar uno de sus gritos debajo de los pies de los desconocidos!

«Kiki» se había metido por la madriguera, siguiendo a «Soplando» y «Bufando». Los dos frailecillos estaban contemplando a los dos hombres. Se habían detenido en la boca de la madriguera, mirando fijamente a los recién llegados.

—Fíjate en esos payasos —dijo uno de los desconocidos—. ¿Qué son esos pajarracos tan ridículos, cuyo pico parece un manojo de fuegos artificiales a punto de estallar?

—No lo sé —contestó el otro—. Frailecillos, o loros marinos, o algo por el estilo.

—«Soplando» y «Bufando» —dijo «Kiki», muy natural.

Los hombres dieron un brinco, y se volvieron. «Kiki» se encontraba en la madriguera, detrás de los frailecillos, y no se le podía ver. No quería pasar por entre los dos pájaros, por temor a que éstos le soltaran un picotazo.

—¿Oíste eso? —preguntó el primer hombre.

—Pues..., sí que me pareció oír algo —repuso el otro—. Pero ¡hacen tanto ruido todos los pájaros que hay por aquí amontonados!

—Sí, arman un jaleo espantoso.

—Espan... espan... espantoso —anunció «Kiki», rompiendo a reír a carcajadas.

Los dos hombres miraron alarmados a los solemnes frailecillos.

—Escucha —dijo uno—; pero ¿es posible que hablen esos pájaros?

«Kiki» continuó riendo, y luego tosió profundamente.

—Es un poco raro, ¿verdad? —dijo el otro, frotándose la barbilla y mirando a los dos frailecillos.

Parecía como si fuesen ellos, efectivamente, los que hablaban y tosían. A «Kiki» no podía vérselo.

«Soplando» abrió el enorme pico.

—¡Arrr! —dijo muy solemne.

—¡Ahí tienes! —anunció el hombre—. ¡Esta vez le he visto! Sí que hablan. Serán loros de mar, quizá. Y los loros hablan, ¿verdad?

—Sí —repuso el otro—; pero hay que enseñarles. ¿Quién enseñó a estos dos?

—Bah, vamos..., no perdamos el tiempo con estos bichos tan absurdos. Bajaremos a la playa y caminaremos por ella para asegurarnos de que no hay nadie por ahí. Lástima que el vendaval deshiciera esa canoa: hubiésemos podido llevarnos parte de las provisiones.

«Kiki» imitó el ruido de una motocicleta lejana, y los dos hombres, que habían echado a andar ya, se detuvieron de pronto, estupefactos.

—¡Hubiese jurado que eso era una motocicleta! —dijo uno, con una risita avergonzada—. Vamos..., empezamos a imaginarnos que oímos cosas raras. ¡Aguarda a que le eche yo el guante o quienquiera que se halle en la isla... por hacernos perder el tiempo buscando de esta manera!

Con gran alivio de los niños las voces se fueron alejando hasta dejarse de oír por completo. «Kiki» volvió a entrar en la cueva.

—¡Qué lástima, qué lástima! —dijo, haciendo un chasquido con el pico.

—«Kiki», so imbécil, ¡por poco nos descubren a todos! —exclamó Jack en un

susurro—. Ponte en mi hombro... y te advierto que como vuelvas a decir una palabra, te ato el pico con el pañuelo.

—¡Arrr! —contestó el loro.

Y metió la cabeza debajo del ala. Se sentía ofendido.

Durante lo que se les antojaron horas, los niños permanecieron sentados en silencio en su escondite. No volvieron a oír voces, ni hicieron retemblar la tierra pasos por encima de ellos.

—¿Cuánto tiempo hemos de estar aquí así? —susurró Dolly, por fin. Siempre era ella la primera en impacientarse—. Estoy entumecida.

—No lo sé —respondió Jack en otro susurro, que pareció llenar la cavidad subterránea—. Resultaría peligroso asomar la cabeza para observar.

—Yo tengo hambre —anunció Lucy—. ¡Ojalá hubiésemos bajado algo de comer! Y tengo sed también.

Jack se preguntó si debía o no aventurarse a asomar la cabeza. Cuando empezaba a decidirse a hacerlo, todos oyeron un ruido lejano que les llenó de alivio.

—Es el ruido que hace el motor de su canoa al arrancar —dijo Jack—. Deben haber renunciado a buscar más, gracias a Dios. Aguardaremos unos minutos para darles tiempo a alejarse y entonces saldré yo.

Esperaron cinco minutos. El motor sonó un rato, fue apagándose su sonido en la distancia y acabó por dejar de oírse.

Jack sacó cautelosamente la cabeza. Ni veía ni oía nada más que a los frailecillos. «Soplando» y «Bufando» se hallaban sentados cerca, y se alzaron con cortesía al verle asomar.

—¡Arrr! —dijeron.

Jack salió del todo. Se tumbó en el suelo, se llevó los gemelos a los ojos y barrió el mar con ellos. Por fin descubrió lo que andaba buscando: la lancha-automóvil, que se alejaba a toda velocidad e iba haciéndose más pequeña por momentos.

—¡No hay peligro ya! —gritó, para que le oyeran los otros—. Casi se han perdido de vista. Salid.

No tardaron en hallarse todos sentados en el Valle de los Sueños. Las niñas prepararon la comida, porque tenían un hambre voraz. Se habían terminado ya las gaseosas, así es que bebieron agua de la estancada en la roca, que estaba algo templada por efecto del sol, pero que tenía un gusto agradable. La lluvia de la tormenta había aumentado considerablemente su caudal.

—De buena nos hemos librado —dijo Jorge, animándose a medida que comía trozos de carne en conserva—. Temí que uno de ellos cayera por el agujero encima de nosotros.

—¿Y qué crees tú que sentí yo, cuando la cerilla entró por el agujero y me rebotó en la rodilla? —exclamó Dolly—. Por poco suelto un chillido.

—«Kiki» también estuvo a punto de descubrirnos —dijo Jack poniendo un trozo de carne encima de una galleta—, gritando «espan... espan... espantoso» de esa manera. Estoy avergonzado de ti, «Kiki».

—Está enmurriado —observó Dolly, riendo—. Fíjate en él..., se ha puesto de espaldas a ti, fingiendo no verte siquiera. Eso es porque te enfadaste con él.

Jack rió. Llamó a «Soplando» y «Bufando»; que se hallaban, como de costumbre, al lado de Jorge.

—¡Eh, «Soplando» y «Bufando»! ¡Venid a comer un bocado! ¡Qué pájaros más buenos! ¡Qué pájaros más agradables! Se hacen querer.

«Bufando» y «Soplando» se acercaron a Jack, anadeando. Tomaron con solemnidad el trozo de galleta que les ofrecía el niño. «Kiki» no pudo aguantar más. Dio media vuelta un tanto enfadado, y aulló con toda la fuerza que pudo.

—¡Malo, malo, niño malo, malo! ¡Pobre lorito, pobre lorito! ¡Lorito tiene un catarro, pon el escalfador a calentar, niño, malo, malo!

Corrió hacia los sobresaltados frailecillos y les atacó a picotazos. «Soplando» le devolvió los picotazos sin vacilar, y «Kiki» retrocedió. Empezó a silbar como un tren expreso, y los dos frailecillos volvieron apresuradamente al lado de Jorge, donde se quedaron mirando con alarma al loro, preparados para precipitarse dentro de su madriguera a las primeras de cambio.

Los niños rieron a carcajadas contemplando la escena. «Kiki» se acercó a Jack, caminando de lado, de una manera muy cómica.

—¡Pobre «Kiki», pobre «Kiki»! ¡Niño malo, niño malo! Jack le dio un trozo de galleta, y «Kiki» se le posó en el hombro a comérsela, mirando, con gesto de triunfo, a «Soplando» y «Bufando».

—¡Arrr! —les dijo, con tono de perro enfurecido—. ¡Arrr!

—Bueno, «Kiki», no hagas más «arrr» junto a mi oreja —le dijo Jack—. Y te aconsejo que no te acerques demasiado a «Soplando» en un buen rato. No olvidará tan fácilmente el picotazo que le diste.

—¿Creéis que podremos dormir fuera sin peligro esta noche? —preguntó Dolly, recogiendo las cosas después de la comida—. No me hace ninguna gracia tener que dormir otra vez en ese agujero.

—¡Oh, yo creo que no habrá inconveniente! —repuso Jack—. No creo que esos hombres, sean quienes sean, se acerquen aquí en la oscuridad de la noche. Lástima que no pudiéramos verles la cara.

—No me gustaron sus voces —aseguró Lucy—. Sonaban muy duras y terribles.

—¡Qué suerte fue que la tempestad se nos llevara las tiendas de campaña la otra noche! —exclamó de pronto Dolly—. De no haber sido así, no hubiésemos tropezado con ese agujero, ni podido usarlo como escondite. No hubiéramos sabido adonde ir.

—Eso es cierto —asintió Jorge—. ¿Si pensarán volver esos hombres? Seguiremos

haciendo guardia, por si acaso, y conservaremos encendida la hoguera. Es nuestra única esperanza de que nos salven... y la única esperanza de Bill también, seguramente... porque, si nadie viene a salvamos, ¡es seguro que a Bill nadie le salvará!

—¡Pobre Bill! —dijo Lucy—. Quería desaparecer... y lo ha hecho de verdad.

—Esos hombres deben haber apagado nuestra hoguera —dijo Jack, dándose cuenta de que no se veía humo—. ¡Los muy canallas! Supongo que se les ocurriría apagarlo para que si volvía a encenderse y se alzaba humo, supieran con seguridad que había alguien, después de todo, en esta isla.

—Pues vamos a encenderla otra vez, ¡vaya si lo haremos! —exclamó Jorge—. Les demostraremos que si queremos hoguera, vamos a tenerla. Seguro que no quieren que esté encendida por temor a que pase alguna embarcación por aquí y la vea. No les interesa que explore nadie esta parte del mundo en estos momentos.

Subieron todos a la cima del acantilado y se pusieron a trabajar con denuedo. Los desconocidos habían apagado el fuego a puntapiés, dispersando las cenizas y los trozos de leña a medio quemar.

No tardó en estar todo amontonado de nuevo. Jorge aplicó una cerilla y las llamas prendieron en seguida. Una vez en marcha la hoguera echaron algas sobre ella y al instante se alzó una columna de humo.

—¡Ah, bandidos! —exclamó Jack, mirando hacia el mar—. ¡Ojalá estéis viendo nuestra señal otra vez! ¡No podéis con nosotros! ¡Aún acabaremos derrotándoos! ¡Aguardad y veréis!

Capítulo XIX

Viene otra persona a la isla

Los niños estaban ya atezados por el sol.

—Si mamá pudiera vernos —dijo Jorge—, no diría ya que parecemos anémicos. ¡Y os han vuelto a salir todas vuestras pecas, Lucy y Jack, con unos cuantos centenares más de propina!

—¡Ay, Señor! —exclamó Lucy, frotándose la cara—. ¡Qué lástima! Me pareció que estaba mejor cuando se me quitaron las pecas durante el sarampión.

—Estoy perdiendo cuenta de los días —dijo Jack—. Maldito si sé si estamos en martes o en miércoles.

—Es viernes —anunció Jorge—. Estuve calculándolo esta mañana. Llevamos bastante tiempo aquí ya.

—¿Hace una semana que salimos de casa? —murmuró maravillada, Dolly—. Da la sensación de que llevamos fuera seis meses. ¿Cómo andaré mamá?

—Debe estar un poco preocupada por nosotros —respondió Jorge—. Salvo que sabe que estamos con Bill, y creerá que nos encontramos perfectamente aunque no reciba mensajes.

—Y no estamos con Bill, ni nos encontramos perfectamente —dijo Lucy—. ¡Cuánto me gustaría saber dónde está Bill y qué le está sucediendo! Si siquiera tuviésemos una embarcación, podríamos marchar en ella e intentar descubrir su paradero. Deben haberle llevado hacia el oeste de donde nos encontramos... porque es por ahí por donde parecen estar los aeroplanos.

—Pero no es fácil que obtengamos una embarcación —dijo Jorge—. Venid..., vamos a subir al acantilado y atender a la hoguera. No parece muy denso el humo esta mañana. ¿Venís vosotros, «Soplando» y «Bufando»?

—¡Arrr! —dijeron los dos frailecillos a coro.

Y echaron a andar al lado de Jorge.

A «Soplando» le había dado por presentarse con peces, como regalo para el niño, cosa que les hacía mucha gracia a todos. La primera vez que se había acercado el frailecillo anadeando con algo en el enorme pico, los niños no habían podido distinguir qué era lo que llevaba. Pero cuando estuvo más cerca, rompieron a reír todos a carcajadas.

—¡Jorge! ¡Lleva seis o siete peces en el pico para ti! Y..., ¡fíjate cómo los ha colocado! —exclamó Jack—. ¡Cabeza y cola por turno y en hilera todo a lo largo del pico! «Soplando», ¿cómo te las arreglaste?



—Muchas gracias, muchacho —dijo Jorge, al depositar el frailecillo los peces a sus pies—. Eres muy generoso para con nosotros.

Ahora, «Soplando» se presentaba con peces dos o tres veces al día, con gran regocijo de los niños. Jorge sabía prepararlos para guisarlos al fuego, y los niños se comían los más grandes con galletas y mantequilla de lata. «Soplando» aceptaba solemnemente un trozo de los peces asados, que parecían gustarle tanto como crudos. Pero «Bufando» se negaba a tocarlos.

—Bueno, mientras tengamos a «Soplando» que nos suministre pescado, no nos moriremos de hambre —exclamó Jack—. «Kiki», no seas celoso. Si «Soplando» quiere ser generoso, déjale que lo sea.

El loro intentaba siempre cortar el paso a «Soplando» y desanimarle cuando acudía con peces. No pudiendo pescar él, le hacía muy poca gracia que el frailecillo trajera regalos para el grupo.

—¡Malo, malo, niño malo! —aullaba.

Pero «Soplando» no le hacía el menor caso.

Los niños estaban sentados junto al fuego, echando algún que otro palo dentro, y atizándolo de cuando en cuando para que llameara un poco. Se alzó una columna de humo, que se inclinó hacia el norte. Jack tomó los gemelos de campaña, y escudriñó el solitario mar con su ayuda. Nunca sabía uno cuando podían presentarse amigos... o enemigos.

—¡Hola! ¡Ahí veo un barco otra vez! —anunció de pronto, enfocando algo minúsculo en la lejanía—. Jorge, usa tus gemelos.

Los niños se pusieron a mirar, mientras las niñas aguardaban con impaciencia. No podían ver nada sin gemelos, ni siquiera un puntito en el mar.

—¿Es la misma embarcación de antes? —quiso saber Jorge—. Se está acercando. Pronto podremos saberlo.

—A mí me parece una distinta —contestó el otro—. Más pequeña. Y viene de una dirección distinta. Eso pudiera ser una estratagema, sin embargo..., para hacernos creer que se trata de un amigo.

—¿Cómo lo sabremos? —preguntó Lucy—. ¿Tenemos que ir a escondernos otra vez?

Jack le dejó los gemelos para que mirase. Se volvió hacia Jorge, con un extraño brillo en los ojos.

—Jorge..., no hay más que uno a bordo esta vez... tendrá que dejar atracado el barco en alguna parte si viene a buscarnos. ¿Y si lo capturáramos?

—¡Troncho! ¡Ojalá pudiésemos! —respondió Jorge excitado—. Es una canoa-automóvil... pequeña, pero lo bastante grande para llevarnos a todos.

—¿Capturarla? ¿Cómo? —dijo Dolly, fija la mirada en la embarcación que se iba aproximando—. Ese hombre nos vería en seguida, vendría corriendo, y..., ¡nos capturaría a nosotros!

—Trae, devuélveme mis gemelos —dijo Jorge, quitándoselos a Dolly de un tirón—. Eso es lo peor que tienes, Dolly..., querer conservar las cosas más tiempo del que te corresponde.

—Creo con toda seguridad que se trata de una estratagema del enemigo —asintió Jorge—. Pueden saber, o no saber, que sólo hay niños aquí... depende de lo que Bill les haya dicho..., pero podrían fácilmente mandar a alguien que fingiera no ser enemigo, para engañarnos. Y entonces conseguiría persuadirnos a que embarcáramos en la lancha para ser conducidos a lugar seguro... y nos llevaría, por el contrario, a reunirnos con Bill como prisioneros.

—¡Oh! —exclamó Lucy, a la que nada de aquello le gustaba poco ni mucho—. Bueno, pues, lo que es yo, no pienso, en absoluto, subir a esa barca. Jack, ¿qué vamos a hacer?

—Escuchad con cuidado... Tengo una buena idea..., pero somos necesarios todos para llevarla a la práctica: vosotras también, niñas.

—Bueno, y, ¿qué tenemos que hacer? —preguntó Dolly con impaciencia.

—Averiguaremos dónde va a atracar la canoa —contestó Jack—. Entraré en esa especie de canal en que estaba el «Lucky Star», o arrastraré la lancha playa adentro. Pronto lo sabremos, porque le vamos a vigilar.

—Sí, y luego, ¿qué? —inquirió Lucy, empezando a excitarse.

—Dolly y yo nos esconderemos cerca —dijo Jack—. El hombre se internará en la isla en busca nuestra... y tú y Lucy, Jorge, debéis salirle al encuentro.

—¡Oh, yo no podría! —exclamó Lucy, alarmada.

—Bueno, pues quédate escondida en cualquier parte, y que salga a su encuentro Jorge. Y, Jorge, tienes que arreglártelas para meter a ese hombre, de una manera o de otra, en el agujero. No nos costará ningún trabajo conservarle prisionero allí dentro. Y si podemos encerrarle, con provisiones suficientes, y de forma que no pueda salir, nos apoderaremos de su embarcación y nos largamos.

Hubo un silencio, mientras los demás digerían tan sorprendente plan.

—Pero ¿cómo he de meterle en la cueva esa? —exclamó Jorge por fin—. Suena algo así como eso de: «¿Querrá usted entrar en mi sala?», le dijo la araña a la mosca... y no sé por qué, ¡pero me parece que la mosca no querrá complacernos esta vez!

—¿No puedes conducirlo a través de la colina de frailecillos, hacerle pasar junto al agujero y echarle allí la zancadilla? —preguntó Jack con impaciencia—. Estoy seguro de que yo sabría hacerlo perfectamente.

—Bueno, pues hazlo tú entonces —le contestó Jorge—, y yo me esconderé cerca del bote para capturarlo. Pero suponte que no logras echarle la zancadilla ni hacerle caer por el agujero, ¿qué hago yo con el barco?

—Si ves que yo no he podido con ese hombre —respondió el niño—, te metes en la canoa y te haces a la mar. Y te quedas allí hasta que anochezca, y entonces puedes acercarte con cautela a ver si nos encuentras para que embarquemos contigo. Pero no te preocupes..., pescaré a ese hombre divinamente. Le atacaré como ataco a los del equipo contrario cuando juego al rugby en el colegio. La treta no puede fallarme.

Lucy miró a Jack con admiración. ¡Lo que representaba el ser niño!

—Bueno, pues yo ayudaré también —dijo—. Saldré a su encuentro contigo.

—Tendremos que fingir creernos todo lo que nos diga. ¡Hasta la última palabra! Resultará gracioso... que esté él intentando engañarnos a nosotros con un cuento... mientras nosotros hacemos lo propio con él.

—Dios quiera que no sea muy feroz —murmuró Lucy.

—Fingirá ser completamente inofensivo. Probablemente dirá que es un ornitólogo o algo así... y se mostrará muy sencillo y amistoso. Bueno, pues..., ¡igual haré yo!

—La embarcación se está acercando —advirtió Jorge—. No hay más que un hombre a bordo, en efecto. Lleva gafas ahumadas para protegerle del sol.

—Para ocultar la ferocidad de su mirada, seguramente —dijo Lucy, medrosa—, y no por el sol. ¿Hemos de dejarnos ver?

—Sólo los dos —contestó Jack—. Tú y yo nos pondremos en pie, Lucy, y agitaremos los brazos como locos, junto a la hoguera. Y no olvides: tienes que atenerte a lo que yo cuente, y confirmarlo si es preciso. Jorge..., a ti y a Dolly no se os debe ver.

—¿Dónde irá a dejar la canoa? —murmuró Dolly—. ¡Oh, se dirige derecho a la

hendidura! ¡Así, pues, la conoce!

—¿Lo estáis viendo? —exclamó Jack—. Nadie se dirigiría a este canal escondido a menos que hubiese estado aquí con anterioridad. Probablemente es uno de los hombres que vino en el otro barco mayor.

Esto parecía muy probable, en efecto, puesto que el desconocido había puesto proa al canalizo, como si no fuese aquella la primera vez que lo visitara. En cuanto se aproximó a los acantilados, Jack y Lucy se pusieron en pie, y empezaron a agitar los brazos. El hombre les respondió con idéntico gesto.

—Dolly..., baja con Jorge a las rocas que conducen al puertecito —dijo Jack—. Hay allá abajo unos peñascos grandes detrás de los cuales podéis esconderos hasta que haya amarrado la canoa y subido aquí. Cuando esté con nosotros, meteos vosotros a bordo, preparados para haceros a la mar si nosotros fracasamos. Si todo nos sale bien, nos encontraremos en una situación magnífica: tendremos un prisionero al que usar como rehén, y una embarcación en que escaparnos.

—¡Hurra! —exclamó Jorge, sintiéndose, de pronto, entusiasmado.

—¡Hip-hip-hip! —dijo «Kiki», yendo a posarse sobre el hombro de Jack.

Había salido a hacer una excursión por su cuenta, probablemente a molestar a las gaviotas, pensó Jack.

—Te autorizo a que tomes partes en la aventura con nosotros, «Kiki» —dijo Jack—. Pero ¡ay de ti como se te ocurra decir algo que no debas!

—Manda llamar al médico —contestó el loro—. ¡Pum! ¡Ahí va el doctor!

—Entra ya en el canalizo —anunció Jorge—. Vamos, Dolly... ¡Ya va siendo hora de que nos escondamos! ¡Jack, Lucy, muy buena suerte!

Capítulo XX

El señor Horacio Tipperlong se lleva un susto

El hombre condujo la lancha motora con destreza canalizo adentro hacia el punto en que se estrellara el «Lucky Star». Vio la amarra rota, atada aún a la roca, y la miró intrigado.

Dolly y Jorge estaban agazapados detrás de unas peñas grandes un poco más arriba. No les era posible ver lo que hacía el desconocido, porque temían ser descubiertos si atisbaban.

Jack y Dolly aguardaban en la cima del acantilado. La niña estaba nerviosa.

—Tengo una sensación muy rara en las rodillas —se quejó.

Jack se echó a reír.

—No seas criatura. ¡Fuerza, rodillas! Ahora..., aquí viene. No es preciso que digas una palabra si no quieres.

El hombre ascendió por las repisas rocosas que conducían a la parte superior de la hendidura. Era un individuo delgado en extremo y de piernas pellejudas. Llevaba pantalón corto y una especie de jersey. Le había quemado el sol y tenía ampollas en la piel.

Le adornaba el labio superior un delgado y raro bigotito. Era ancho de frente y tenía muy entrado el cabello. Usaba lentes ahumados muy oscuros, de suerte que resultaba imposible verle los ojos. No daba la sensación de ser una persona temible, pensó Jack.



—Hola, hola, hola —dijo el hombre, al encontrarse con los niños—. Me quedé asombrado al saber que había gente en esta isla.

—¿Quién se lo dijo? —inquirió el niño, al punto.

—¡Oh, nadie! Vi la columna de humo. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿Sois un campamento completo o algo así?

—Quizá —respondió Jack—. ¿A qué ha venido usted aquí?

—Soy ornitólogo —explicó el hombre muy serio—. Vosotros no sabréis lo que eso significa, claro.

Jack sonrió para sus adentros. La cosa le hacía gracia, puesto que Jorge y él se consideraban muy buenos ornitólogos. Pero no pensaban decirle eso al desconocido.

—¿Orni... orni... ornitólogo? —preguntó con fingida ingenuidad—. Y, ¿qué es eso?

—Uno que estudia la vida de las aves, hijo mío. Un amante de los pájaros, uno que quiere saber todo lo relacionado con ellos y con sus costumbres.

—¿Es eso a lo que ha venido aquí entonces... a estudiar a los pájaros? —inquirió Lucy, creyéndose obligada a decir algo.

Habían dejado de temblarle las piernas y de experimentar sensaciones raras al ver

que el desconocido no tenía aspecto temible.

—Sí. He estado en esta isla antes, hace muchísimos años, cuando era niño. Y deseaba volverla a visitar, aun cuanto trabajo me costó encontrarla. Me sorprendió de verdad ver el humo de vuestra hoguera. ¿Para qué es? ¿Estáis jugando a náufragos o algo así? Sé lo que son los niños.

Era evidente que, por el contrario, sabía muy poco de lo que eran los niños y que creía que ambos tenían menos años de los que, en realidad, habían cumplido.

«Empezaré a recitarnos algún verso infantil de un momento a otro», pensó Jack, interiormente regocijado.

—¿Sabe usted mucho de pájaros? —inquirió a continuación en voz alta, haciendo caso omiso de la pregunta del otro.

—Pues, la verdad, no sé demasiado de las aves marinas. Por eso he vuelto a estas islas. Sé más de los pájaros corrientes.

«¡Ah-ha! —pensó Jack—. Dice eso porque tiene miedo a que le haga alguna pregunta acerca de los pájaros de aquí».

—Tenemos dos frailecillos domesticados —dijo Lucy, de pronto—. ¿Le gustaría verlos?

—¡Oh, muchísimo, querida, muchísimo! —contestó el hombre, dirigiéndole una mirada radiante—. A propósito, me llamo Tipperlong... Horacio Tipperlong.

—¿Tripalón? —exclamó Lucy, ahogando una risita.

Porque el nombre le resultaba cómico en extremo tratándose de un hombre que, no sólo carecía de todo vestigio de tripa, sino que parecía compuesto exclusivamente de pellejo y hueso.

—No, no... Tipperlong —dijo Horacio, sonriéndole expresivamente a la niña—. ¿Cómo te llamas tú?

—Lucy —respondió ella—. Y mi hermano, Jack. ¿Va a venir a ver a los frailecillos? Es por aquí.

—Me gustaría conocer a la persona que esté encargada de vosotros —dijo el otro—. Y... ah..., ¿dónde está vuestra embarcación? ¿No vinisteis en un barco?

—Nos la hizo polvo la tempestad —anunció Jack, con solemne rostro.

—¡Vaya, vaya! —exclamó el señor Tipperlong, como compadeciéndoles—. ¡Es terrible! ¿Cómo vais a regresar a vuestra casa entonces?

—¡Cuidado! —exclamó Jack, salvando al hombre de que se precipitara en la madriguera de un frailecillo—. Los pájaros tienen minada la isla. ¡Cuidado donde pone el pie!

—¡Caramba! ¡Cuánto pájaro! —dijo Horacio parándose en seco.

Había estado tan absorto en la conversación, que no había reparado, al parecer, en la asombrosa colonia de frailecillos. ¡Otro detalle en contra suyo! El niño no podía creer que un ornitólogo de verdad cruzase por entre frailecillos sin hacer algún

comentario acerca de ellos.

—¡Extraordinario! ¡Sorprendente en grado sumo! No recuerdo haber visto nunca tantos pájaros juntos —dijo el hombre—. Y los hay a millares en los acantilados, por añadidura. ¡Vaya, vaya, vaya! Y, ¿decís en serio que tenéis dos frailecillos domesticados? Apenas puedo creerlo.

—Son de Jorge —anunció Lucy.

Y se hubiera cortado la lengua al darse cuenta de lo que había dicho.

—Creí que dijiste que tu hermano se llamaba Jack.

—Se debe haber equivocado —intervino Jack, diciendo la primera cosa que le acudió a la lengua.

Se estaban aproximando ya a la entrada de la cueva subterránea. ¡Ojo, señor Horacio Tipperlong! A ver dónde pondrá los pies.

Lucy empezó a ponerse nerviosa. ¿Y si aquel Tripalón o como quiera que se llamase, no se caía por el agujero al echarle la zancadilla Jack, sino que se abalanzaba sobre él? ¿Y si..., bueno, y si llevaba revólver? No parecía un hombre peligroso; pero no podía fiarse una nunca de las apariencias. Miró hacia los bolsillos del pantalón, para ver si distinguía en ellas algún bulto que hiciera sospechar la presencia de un arma de fuego.

Pero tenía el hombre tan hinchados los bolsillos de cosas, que resultaba imposible llegar a una conclusión sabré el particular. Jack le dio con el codo.

—Procura quitarte del paso ahora —le dijo en voz muy baja.

Lucy, obediente, se quedó un poco atrás, laténdole con violencia el corazón.

Jack llegó a la entrada de la cueva. Un palo señalaba su posición, como antes, porque no había manera de saber dónde se encontraba sin alguna indicación. Horacio siguió caminando, con los pasitos cortos y afectada manera de andar que le caracterizaban, mirando, con miopía, a través de los ahumados lentes. De pronto, con gran asombro suyo, Jack adelantó una pierna, le dio un empujón, y le echó la zancadilla. Cayó al lado del agujero; pero antes de que pudiera levantarse, el niño le dio otro empujón que le precipitó por el oculto hueco.



Jack llevaba en la mano una estaca que había cogido de la pila de leña colocada junto a la hoguera. Apartó los brezos y miró al agujero. A la escasa claridad vio a Horacio Tipperlong sentado en el suelo y le oyó exhalar quejidos.

El hombre alzó la mirada y vio al niño.

—¡Eres un niño muy malo! —exclamó con ira—. ¿Qué significa esto?

Se le habían caído los lentes y sus ojos no tenían, en verdad, una expresión muy feroz. Parecían más bien débiles y acuosos. Se agarraba la cabeza, como si se hubiese hecho daño en ella.

—Lo siento —dijo Jack—, pero no había otro recurso. O nos capturaba usted a nosotros... o nosotros le capturábamos a usted. No es necesario que continuemos disimulando. Sabemos perfectamente a qué cuadrilla pertenece.

—¿De qué estás hablando? —exclamó el hombre, poniéndose en pie.

Sacó la cabeza por el agujero. Jack alzó inmediatamente la estaca.

—¡Vuelva a la cueva! —ordenó con ferocidad—. Es usted nuestro prisionero. Hizo usted prisionero a Bill, ¿verdad? Bueno, pues ahora le hemos hecho nosotros prisionero a usted. Si intenta salir de ese agujero le pegaré en la cabeza con esto. Inténtelo y verá.

Horacio retiró apresuradamente la cabeza.

Lucy estaba pálida y asustado.

—¡Oh, Jack! ¿Se ha hecho daño? Y..., no le pegarás, ¿verdad?

—¡Vaya si le pegaré! Piensa en Bill, Lucy... y en nuestra pobre «Lucky Star»... y en nosotros, que nos encontramos empantanados aquí por culpa de ese tipo y de sus compañeros. ¿No comprendes que si sale y vuelve a la canoa mandarán a muchos hombres más, y no descansarán hasta habernos apresado? ¡No seas débil!

—Bueno..., pues yo no quiero verte pegarle —respondió la niña—. A Dolly no le importaría ni pizca..., pero yo no soy tan fuerte como ella.

—Oíd..., ¿tendréis la bondad de decirme qué significan todas esas tonterías? —gritó Horacio—. ¡En mi vida oí una cosa igual! Hete aquí que vengo a una isla de pájaros, cosa la cual, que yo sepa, anda muy lejos de ser un crimen... y vais y me guiáis hasta aquí, me echáis la zancadilla y me metéis en un agujero. Me he hecho mucho daño en la cabeza. Y ahora me decís que, si intento salir, me saltaréis los sesos de un palo. ¡Sois unos niños malvados!

—De veras que lo siento mucho —repitió Jack—; pero no podía hacer otra cosa. Comprenderá usted que, habiéndonos quedado sin barco y desaparecido Bill, era preciso que consiguiésemos una embarcación de una u otra manera. No podemos quedarnos aquí de por vida.

Horacio quedó tan asombrado y disgustado ante semejantes palabras, que volvió a ponerse en pie. Se sentó apresuradamente al ver la estaca de Jack.

—Pero, escucha..., ¿dices en serio eso de llevarte mi lancha? Jamás vi frescura igual. Aguarda a que encuentre a las personas mayores encargadas de cuidaros, muchacho..., ¡vas a recibir la paliza más grande que te habrán dado en tu vida!

Capítulo XXI

A Horacio no le gusta la isla de los Frailecillos

—Lucy, mira a ver si ves a Jorge o a Dolly —ordenó Jack—. Jorge estará, con toda seguridad, a bordo de la canoa, dispuesto a ponerla en marcha si se ve obligado a ello. Pero es muy probable que Dolly esté vigilando por si aparecemos.

Lucy se alzó. Vio a Dolly a lo lejos, aguardando en la cima del acantilado con ansiedad. A Jorge no se le veía por parte alguna. Se encontraría en la embarcación, sin duda.

Lucy agitó los brazos con violencia.

—¡Todo va bien! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Le tenemos dentro de la cueva!

Dolly agitó a su vez el brazo para dar a entender que había oído, y desapareció a continuación. Había ido a avisar a su hermano. No tardaron los dos en aparecer de nuevo y atravesaron la colonia de frailecillos a toda prisa para enterarse de lo ocurrido.

—Le hemos cazado —anunció Jack, muy orgulloso de sí mismo—. Con una facilidad pasmosa. ¡Cayó dentro de cabeza!

—¿Quién está ahí? —inquirió Horacio, quejumbroso—. ¿Hay alguna otra persona? Escuchadme..., tenéis que decirme lo que está sucediendo aquí. Estoy desconcertado. No comprendo una palabra.

—Jorge —anunció Jack, riendo—, te presento al señor Horacio Tripalón.

—¡Troncho! ¿Se llama así de verdad?

El enfurecido Tipperlong, rugió por el agujero.

—¡Me llamo TIPPERLONG y os agradeceré que lo recordéis! ¡Sois unos groseros! Aguardad a que presente una queja contra vosotros y os haga castigar. En mi vida he visto comportamiento igual.

—No es de extrañar que esté enfurecido —dijo Jack—. Dice que es un... un..., oiga, señor Tripalón, ¿qué dijo usted que era?

—¡Un ornitólogo, so ignorante! —aulló el infeliz.

—¡Troncho! ¿Qué es eso? —preguntó con fingida ingenuidad Jorge.

Y los otros se echaron a reír.

—¡Dejadme salir de aquí! —ordenó el hombre.

Y asomó cautelosamente la cabeza preparado para ocultarla apresuradamente de nuevo si era necesario. Sí que lo fue.

—Escuche —advirtió Jack, exasperado—, ¿quiere que le dé un buen estacazo en la cabeza para que sepa que hablo en serio? Porque lo haré. No quiero hacerlo; pero

¡lo haré! Apuesto a que le dieron ustedes unos cuantos golpes a Bill antes de capturarlo. Lo que ha sido bueno para él será bueno para usted.

—Me estás hablando en chino —anunció Horacio, con hastío—. Yo creo que debes estar loco. ¿Pretendes hacerme creer que estáis solos en esta isla? No creo una palabra. Decidle a quienquiera que esté encargado de cuidaros que venga a hablar conmigo. Si crees que voy a quedarme aquí mucho rato más, estáis equivocados. Jamás conocí a niños tan desagradables como vosotros. Supongo que estáis jugando a ser Guillemos^[4]. ¡«Pah»!

«Kiki» encontró aquel sonido delicioso. Había estado escuchando con sorpresa y recogió la animada conversación, y ahora intervino:

—¡Pah! ¡Puh! ¡Pah! ¡Puh!

Voló a la orilla del agujero y atisbo por él.

—¡Pah! —dijo otra vez.

Y rompió a reír.

Horacio alzó la mirada con mayor alarma. ¿Era, en efecto, un loro el que asomaba al agujero y le decía «pah» y «puh» de una forma tan grosera?

—¿Es ése..., es ése uno de los frailecillos domesticados de que me hablasteis? —preguntó, dubitativo.

—Creí que era usted ornitólogo —le contestó Jack, con desdén—. «Kiki» es un loro. ¡Creí que eso lo hubiese visto cualquiera!

—Pero ¿cómo puede vivir un loro aquí? —preguntó Horacio—. No es una ave marina. ¡Oh!, todo esto es un sueño... Pero ¡qué sueño más estúpido!

En aquel momento, un frailecillo apareció por la extremidad de la madriguera que desembocaba en la cueva.

—¡Arr! —anunció con voz profunda y gutural.

El señor Tipperlong dio un brinco de sobresalto. Lo único que veía en la penumbra de su encierro era un ojo de mirada torva y un pico enorme y policromo.

—Vete de aquí —ordenó con voz desfallecida—. ¡Shu!

—¡Shu! —repitió «Kiki», desde el borde del agujero, encantado—. ¡Pah, puh, shu! ¡Arrrr!

—Estáis todos locos —dijo el pobre Horacio—. Y supongo que yo estoy loco también. ¡Shu he dicho!

El frailecillo dijo «arr» otra vez, y luego volvió a su madriguera. A juzgar por la cantidad de «arres» que sonaron por el interior de ésta, debía estarle hablando a su pareja del singular hombre-frailecillo que acababa de ver en la cueva.

—¿Qué hacemos ahora que es nuestro prisionero? —preguntó Jorge, en voz baja—. Supongo que «sí» que es un enemigo, ¿verdad? Quiero decir..., bueno, parece un poco papanatas, ¿verdad?

—Todo esto forma parte de un plan astuto —aseguró Jack. No tiene nada de

ornitólogo. Le han dicho que se disfrace de ornitólogo inofensivo y un poco chiflado, y que desempeñe bien su papel. Algunos amantes de pájaros «sí» que parecen un poco pasados de rosca. Hemos conocido a varios de esos. Bueno, pues éste es un caso extraordinario... está exagerando la nota Me alegro que no lleve revólver. Desde el primer instante he estado temiendo que fuera armado.

—Y yo también —confesó Jorge—. A lo mejor tendrá una pistola a bordo. ¡Ojalá! Pudiera resultar útil. Bueno, ¿qué vamos a hacer?

—¿Crees que puede oír lo que decimos? —preguntó Lucy, asustada.

—No; no, mientras hablemos tan bajo como ahora —le respondió Jorge—. Jack, el barco es magnífico. Más pequeño que el «Lucky Star», pero tiene un camarote en que cabemos todos sin dificultad y no faltan provisiones.

—¿Hay remos por si queremos parar el motor y acercarnos a tierra sin hacer ruido?

—Sí. Me fijé en eso. ¿Tienes algún plan, Jack? No hago más que pensar, pero lo único que se me ocurre es hacerme a la mar en la embarcación..., sin saber adonde dirigirme. Queremos escapar..., pero queremos escapar a alguna parte. Y no saltar de la sartén al fuego, por añadidura. Más vale que lo hagamos aprisa, por cierto, porque si Tripalón no vuelve pronto a la cuadrilla con noticias, mandarán otros aquí.

—Sí, ya había pensado en todo eso también —repuso Jack—. Aquí lo que hay que decidir es lo siguiente: ¿Intentamos llegar a las islas exteriores y encontrar una donde haya gente para pedirles ayuda? O..., ¿probamos llegar hasta la costa de Escocia? O..., ¿nos ponemos a buscar a Bill? ¿Qué hacemos?

Hubo un silencio. Todos estaban pensando. Lucy fue la primera en hablar.

—Propongo que busquemos a Bill —dijo—. Podemos probar eso primero, por lo menos... y luego dirigirnos a lugar seguro si fracasamos. Pero sí que opino que debemos buscar a Bill ante todo.

—Bien dicho. Eso opino yo también —dijo Jack—. Hagamos más planes.

De pronto, Horacio Tipperlong reclamó su atención de nuevo.

—Dejaros ya de tanto hablar, hablar y hablar —dijo, irritado—. Tengo apetito. Y sed también. Si tenéis la intención de matarme de hambre, decidlo. Que lo sepa yo, por lo menos.

—No pensamos matarle de hambre, no sea usted estúpido —contestó Jack—. Lucy, abre unas latas y dáselas. Y échale unas galletas también. Dolly, llena un cacharro de agua.

—Bien, jefe —contestó la niña, marchando en dirección a la roca.

Le dieron a Horacio un cacharro lleno de agua y unas latas de galletas. El hombre empezó a comer con voracidad. El ver la comida les abrió el apetito a los otros.

—Vamos a comer nosotros también —dijo Jorge—. ¿Quieres que monte yo ahora guardia un rato junto al agujero con el palo éste?

—Sí; pero ¡dale un buen estacazo como asome un solo pelo!

Esto lo dijo en voz muy alta para que lo oyese el prisionero. Pero éste no dijo una palabra. Aparentemente, estaba dispuesto a dar tiempo al tiempo.

Los niños se pusieron a comer un pollo en conserva, guisantes, que comieron sin calentar, y una ensalada de frutas con leche de lata, todo ello regado con agua fresca de la roca.

—Ha estado muy bueno —dijo Jack con un suspiro de satisfacción—. Me siento mucho mejor. ¡Es maravilloso lo que logra reanimarle a uno la comida!

—Yo me podría enfermar si comiese tanto como acabas tú de comer —dijo Dolly—. Eres un verdadero cerdito. Tragaste el doble que cualquiera otro de nosotros.

—¿Y qué quieres que le hiciese? También tenía doble hambre que el que más. Bueno..., bajad la voz ahora..., vamos a hacer planes.

—¿Nos marchamos de noche? —inquirió Jorge.

—No. No lograríamos ver dónde íbamos, ni con ayuda de la luna siquiera. Más vale que zarpemos mañana... en cuanto amanezca. Confiemos en que Tripalón esté dormido a esa hora para que podamos conseguir una buena delantera.

—Sí, porque tendremos que dejar el agujero sin guardia cuando marchemos a la lancha —dijo Lucy.

—Había pensado en eso —anunció Jack—. Podéis iros al barco vosotros tres, llevaros provisiones y la ropa y prepararlo todo. Luego, cuando esté todo dispuesto, me dais un grito y correré a reunirme con vosotros. Podéis mandar a Dolly a la cima del acantilado a darme la señal.

—Y para cuando Horacio se dé cuenta de que no hay nadie de guardia que pueda darle un estacazo, estaremos ya en alta mar —observó Dolly, gozando al pensarlo—. ¡Pobre Horacio! La verdad es que lo compadezco.

—Pues yo no —respondió Jack—. Si es enemigo de Bill, lo es mío también. Se merece todo lo que le ha ocurrido y, después de todo, aparte de que le hemos hecho caer en ese agujero, no tiene nada de qué quejarse. No le encerraré en la cueva cuando nos marchemos como pensábamos hacer al principio. Poco importa que salga una vez nos hayamos alejado. Y no creo que tardarán mucho en presentarse otros miembros de la cuadrilla para saber por qué no ha vuelto a la guarida..., dondequiera que esté.

—Parece un poco problemático e inútil intentar encontrar a Bill con tantas islas entre las que escoger —observó Jorge—; pero no me sentiría bien si no hiciésemos la intentona por lo menos.

—Ni yo —reconoció el otro niño—. Bill acudió con frecuencia a salvarnos a nosotros en otras aventuras. Ya es hora de que le vayamos a salvar a él nosotros... si podemos encontrarle. Supongo que no cabe duda que el enemigo le habrá llevado a su cuartel general, que debe encontrarse en una de las islas.

—¿No os parece que sería una buena idea dejarlo todo preparado esta misma noche? —dijo Dolly de pronto—. Meter todas las provisiones a bordo quiero decir... y las mantas, y la ropa... para no tener que perder tiempo por la mañana. Dijisteis que queríais zarpar ya al amanecer.

—Sí, ésa es una buena idea —asintió Jack—. Montaré yo ahora guardia junto al agujero con las estacas si quieres, Jorge... y tú puedes ayudar a las niñas a llevar cosas al barco. ¡Qué suerte haber podido capturarlo! La verdad es que creo que hemos sido muy listos.

—¡Pah! —dijo «Kiki»—. ¡Puh, pah!

—Lamento que no estéis de acuerdo, amigo —dijo Jack—. Lo lamento de verdad. ¡Pero sigo creyendo que hemos sido muy listos!

—Más vale que dejemos provisiones para Tripalón, ¿verdad? —inquirió Dolly—. Ya sé que la cuadrilla vendrá a ver qué ha sido de él dentro de un día o dos..., pero necesitará algo que comer hasta entonces.

—Sí. Dejadle unas conservas y un abrelatas —asintió Jack—. Jorge, ¿viste si tenía mantas en el barco?

—Sí. Las traeré cuando lleve provisiones a bordo. Se las echaremos por el agujero. Me parece que estamos siendo la mar de bondadosos para con nuestro enemigo.

Horacio no compartía esa opinión. Volvió a enfurecerse al cabo de un rato y empezó a dar gritos:

—Esto ya ha durado bastante. ¡Dejadme salir de aquí, so granujas! ¡Veréis cuando os ponga la mano encima! ¿Qué significa todo esto? ¡Esto es lo que yo quisiera saber!

—¡Oh!, no se empeñe en continuar fingiendo, señor Horacio Tripalón —contestó Jack con hastío—. Somos enemigos los dos, y usted lo sabe. Suelte la lengua y dígame dónde está Bill y unas cuantas cosas más. A fin de cuentas, quizá salga usted mejor librado así.

—¿Quién es ese Bill del que no hacéis más que hablar? —preguntó Horacio, exasperado—. Escuchad, ¿estáis jugando a piratas, a pieles rojas, o a qué? Jamás oí que una cuadrilla de niños sinvergüenzas le tuvieran a nadie prisionero en un agujero como éste.

—No..., tampoco lo he oído yo decir nunca, ahora que lo pienso —repuso Jack—. Bueno, querido Horacio, si se obstina usted en no reconocer lo que ya sabemos todos, haga el favor de callarse.

—¡Pah! —dijo inmediatamente «Kiki», acercándose al agujero.



Se asomó al borde.

—¡Pah! ¡Niño malo! ¡Pii, suena el pito! ¿Cuántas veces he de decirte que cierres la puerta? ¡Dios salve al rey! ¡Pah!

El señor Tipperlong le escuchó con asombro y horror. ¿Estaba completa y verdaderamente loco? ¿Era posible que fuese un loro el que le hablaba en una forma tan grosera?

—¡Le retorceré el cuello a ese pájaro! —exclamó con ferocidad, poniéndose en pie.

—¡Toca el timbre, por favor! —dijo el loro. Y rompió a reír a carcajadas. Luego volvió a asomar la cabeza al agujero y silbó como una locomotora dentro de un túnel. Allá en la cueva, el ruido resultó ensordecedor, y Horacio se dejó caer al suelo de nuevo, vencido.

—¡Locos! ¡Completamente locos! ¡Todos locos! —murmuró.

Y sepultando la cabeza entre las manos, ya no dijo una palabra más.

Capítulo XXII

El enemigo

Los tres niños, acompañados de «Soplando» y «Bufando», hicieron varios viajes desde el Valle de los Sueños con alimentos, mantas y ropas. Jorge volvió con un montón de mantas de la embarcación y lo metió por la boca de la cueva. Cayó sobre el pobre Horacio, envolviéndole. Su sobresalto fue enorme, pero al cabo de unos momentos se alegró de que los que le habían apresado le hubiesen ofrecido algo caliente y blando en que echarse.

Arregló las mantas y se sentó encima. ¡Ah, aquello era cómodo, por lo menos! Empezó a pensar con anhelo en todas las cosas que les haría a aquellos niños en cuanto se viera en libertad.

Por fin todo quedó trasladado a la canoa, que se hallaba, por consiguiente, en condiciones de zarpar. Estaba anocheciendo ya. Jorge, Lucy y Dolly fueron a sentarse junto a Jack.

—Supongo que uno u otro de nosotros tendrá que pasarse la noche en guardia junto al agujero por si se le ocurre a Horacio intentar escapar, ¿verdad? —susurró Jorge.

Jack asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí. No podemos correr el riesgo de que salga ahora que lo tenemos todo dispuesto. Monta tú la primera guardia, Jorge. No dejaremos que hagan vigilancia las niñas, porque estoy seguro de que no pegarían fuerte a Horacio si asomara la cabeza.

—¡Yo sí que lo haría! —contestó Dolly, indignada—. La blanda es Lucy, no yo.

La otra no dijo nada. Estaba segura de que no sería capaz de pegarle fuerte al hombre. De todas formas, los niños decidieron que sólo ellos debían hacer guardia, así es que no hubo discusión.

El sol se había hundido ya en el mar. Las primeras estrellas tachonaban el cielo. Los niños, echados cómodamente sobre el brezo, hablaron en voz baja. No se oyó ruido alguno en la cueva. Quizás estuviera durmiendo ya el señor Horacio.

Las tres ratas de Jorge se asomaron a olfatear el aire de la noche. Dolly se apartó inmediatamente. «Bufando» y «Soplando» contemplaron a los roedores con mirada fija. «Kiki» bostezó y, a continuación, soltó un estornudo. Luego tosió de una forma muy hueca.

—¡Cállate, «Kiki»! —dijo Jack—. Si quieres ensayar esos ruidos, sube al acantilado y haz que te escuchen las gaviotas y los guillemotes.

—¡Arrr! —dijo solemnemente «Soplando».

—«Soplando» está de acuerdo conmigo —dijo el niño.

—¡Pah! —contestó el loro.

—Igual te digo. Y ahora haz el favor de callarte. Es una noche muy hermosa, no la estropees tú armando jaleo.

No había hecho más que terminar estas palabras cuando allá a lo lejos, en el mar, sonó un ruido, un ruido muy leve al principio, que apenas se percibía por entre el rumor de las olas y del viento, pero se hizo inconfundible al cabo de un rato.

—¡Una lancha automóvil! —exclamó Jack, incorporándose—. ¿Qué demonios...?

—¿Vienen a buscar a Horacio ya? —murmuró Jorge en voz baja—. ¡Maldita sea!, eso desbarata todos nuestros planes.

Nada se veía sobre el oscuro mar; pero la trepidación de un motor se iba oyendo cada vez más cerca. Jack asió a Jorge del brazo y le habló al oído.

—No hoy más que un recurso. Tendremos que ir todos a embarcarnos ahora mismo... ¡sin perder un segundo! No podemos correr el peligro de que el enemigo vea nuestra embarcación en el canalizo. Se la llevarían, haciendo desaparecer toda posibilidad de salvación. ¡Vamos! ¡Aprisa!

Los cuatro niños se levantaron silenciosamente. «Kiki» voló al hombro de Jack sin emitir un solo sonido. «Soplando» y «Bufando», que se habían retirado a su madriguera, volvieron a salir. Volaron tras los muchachos, sin decirse siquiera «arr» el uno al otro.

Cruzaron a toda prisa la colina de los frailecillos, tropezando y dando traspies por entre los centenares de madrigueras. Subieron la ladera hacia la hendidura del acantilado. Bajaron por las repisas de roca y saltaron a bordo de la canoa, latiéndoles a todos el corazón con inusitada violencia.

—¡Ponía en marcha! —ordenó Jorge.

Y Jack dio al arranque del motor.

Jorge quitó la amarra, que resbaló por la cubierta a los pies de las niñas. Unos instantes más tarde retrocedían hacia la salida del canalizo.

Se encontraron fuera a los pocos segundos. Jorge viró un poco a oriente. La oscuridad era casi completa ya.

—Pararemos el motor —dijo—, y aguardaremos aquí hasta que la otra embarcación entre en el canalizo, porque supongo que se dirigirá a él. No quiero chocar con ella. Y los que van a bordo suyo pudieran oírnos.

Pararon el motor y la lancha flotó sobre las olas.

Se oía ya muy fuerte la trepidación del otro motor, y Jorge sintió no haberse alejado un poco más después de todo. Pero la lancha pasó sin detenerse y se introdujo en el puertecillo secreto. Los niños, agazapados en su lancha, a pesar de esforzar la vista, no lograron ver más que una forma oscura.

Paró el motor del barco enemigo y reinó el silencio en la noche. Algunas de las

aves marinas, turbadas, emitieron unos cuantos gritos y luego volvieron a instalarse en las repisas rocosas.

—Horacio se alegrará de que le salven —dijo Dolly, finalmente.

—Sí, probablemente estará fuera del agujero ya —contestó Jack—. Pronto se daría cuenta de nuestra marcha. Sin duda se dirán muchas palabrotas allá, cuando se descubra de qué manera apresamos al pobre Horacio... y ¡troncho! ¡Cuándo sepan que nos hemos llevado la canoa...!

—¡Arrr! —dijo una voz profunda al otro extremo de la cubierta.

Los niños dieron un brinco en la oscuridad.

—¡Ah! ¡Deben ser «Bufando» y «Soplando»! —exclamó Jorge, contento—. ¡Mira que ocurrírseles acompañarnos! ¡Eso sí que es dar una prueba de amistad!

—Son encantadores —asintió Lucy, alargando el brazo en dirección a «Soplando».

Los dos frailecillos se encontraban allí. «Kiki» voló a reunirse con ellos.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Dolly—. ¿Nos atreveremos a arriesgarnos en la oscuridad? Podríamos chocar contra las rocas y hundir el barco.

—Tendremos que permanecer aquí hasta que raye la aurora —respondió Jorge—. Cuando empiece a amanecer nos pondremos en marcha, confiando que los de la isla no oigan nuestro motor y nos persigan.

—Contaremos con una buena delantera —dijo Jack—. Si vamos a estar aquí, ¿por qué no descabezamos un sueño? ¿Dónde está el ancla? ¿La usaremos? No me hace mucha gracia eso de estar flotando a merced de las olas durante toda la noche.

Mientras estaban ocupados los muchachos, las niñas tendieron mantas, impermeables y jerseys sobre los que echarse. Era una noche muy cálida, y a ninguno le importaba pasarla así.

—¡Es tan agradable tener las estrellas por encima en lugar de un techo o una tienda de campaña! —dijo Lucy, instalándose cómodamente—. No tengo ni pizca de sueño. Supongo que será por la emoción. Me he acostumbrado a esta aventura ya. ¡Oh, cuánto me alegro de no haber tenido que darle un golpe en la cabeza a Horacio! Lo hubiese visto hasta en sueños Dios sabe cuánto tiempo.

Estuvieron charlando un buen rato. Todos ellos estaban la mar de despabilados. «Soplando» y «Bufando» parecían despiertos también, porque se decían «arr» de cuando en cuando el uno al otro. «Kiki» se había posado sobre los pies de Jack. También él estaba despierto, y se puso a recitar todos los versos infantiles que conocía:

—¡Tres ratoncitos ciegos! ¡Mambrú se fue a la guerra! ¿Dónde están las llaves? En el fondo del mar. ¡Retuércele el pescuezo!

—¡Cállate! —ordenó Jack—. ¡Estamos intentando dormir, so pelma!

—Ojalá se queden «Soplando» y «Bufando» con nosotros —dijo Lucy—.

¿Verdad que sería estupendo que pudiéramos llevármolos a casa?

—¡Cállate! —ordenó «Kiki», riendo.

—A los loros no se les permite decir eso —advirtió Jack muy severo.

Y se incorporó para darle un golpe en el pico. Pero no pudo, porque el pájaro metió apresuradamente la cabeza debajo del ala.

—¡El muy pillo! —exclamó el niño.

Y oyó un «¡Pah!» de debajo del ala de «Kiki».

En el preciso momento en que Lucy empezaba a quedarse dormida, los otros se incorporaron tan bruscamente que la hicieron abrir los ojos con sobresalto.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Y lo supo sin necesidad de que le contestaran. Se oía el motor de la canoa enemiga otra vez. La niña se incorporó, como los demás, escudriñando las tinieblas.

—Deben haber encontrado a Horacio, escuchando su historia, y vuelto a toda prisa a bordo —observó Jack—. Es evidente que no piensan pasar la noche en la isla. Mirad... ahí vienen. ¡Troncho! ¡Llevan las luces encendidas esta vez!

—¡Jack, Jack! —exclamó Jorge, con urgencia en la voz—. ¡Regresarán ahora a su cuartel general! Sigámosles. Recoge el ancla aprisa. No nos oirán, porque hace demasiado ruido su lancha. Vamos a seguirles. ¡Nos conducirán adónde se encuentra Bill!

La embarcación de los desconocidos había virado al salir del canalizo y se dirigía ahora a mar abierto. No tardó la canoa de los niños en emprender la persecución. No les era posible oír el motor de los otros por culpa del ruido que hacía el suyo. Y sabían que los hombres no oirían el suyo por idéntico motivo.

«Soplando» y «Bufando» seguían posados en la borda. Por lo visto pensaban ir adondequiera que los niños fuesen. A Lucy le pareció muy agradable tener amigos tan leales, aun cuando sólo eran frailecillos. «Kiki» se hallaba sobre el hombro de Jack de nuevo, de cara a la brisa.

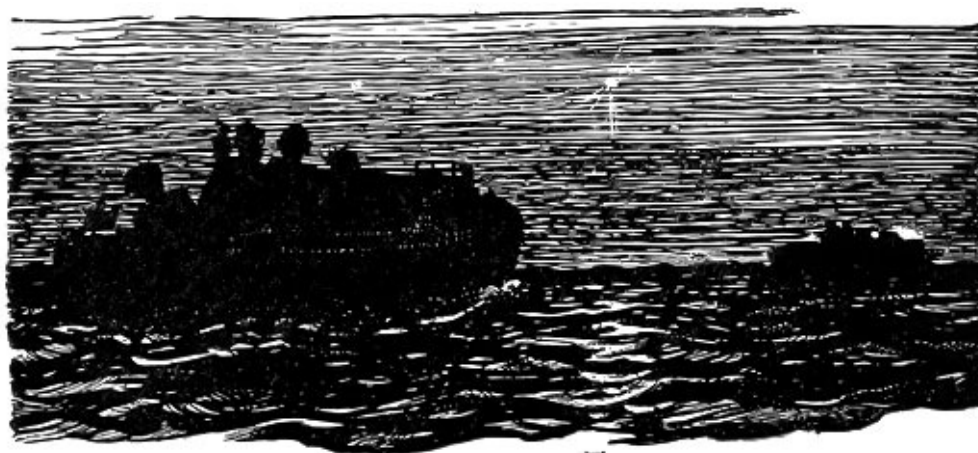
—¡A bordo todos! —no hacía más que decir—. ¡A bordo todos! ¡Pah!

La lancha primera viajaba a gran velocidad. Era fácil seguirla, gracias a sus luces de navegación. Los niños iban de pie, de cara al viento, y en silencio, Lucy fue la primera en hablar.

—Esta aventura se está haciendo más aventurada —dijo—. ¡Ay, Señor! ¡Vaya si es verdad!

Capítulo XXIII

La laguna secreta



Las dos embarcaciones hendieron el mar durante un buen rato.

«¡Éste es el mar de la aventura! —pensó Lucy—. ¡Cualquier cosa puede suceder aquí! Oh, Dios quiera que encontremos a Bill. Las cosas siempre parecen marchar bien cuando él está con nosotros».

—Más vale que os echéis a dormir un poco, niñas —les dijo Jack por fin—. Quedaréis reventadas. Jorge y yo seguiremos despiertos, e iremos tomando el timón por turnos. Vosotras echaos.

Obedecieron y no tardaron ambas en dormirse y soñar en columpios y hamacas, como consecuencia del balanceo y cabeceo del barco.

Al cabo de un buen rato, Jack le habló a Jorge:

—«Copete»..., ¿ves esa luz que lanza destellos allá? Debe ser una especie de señal. La embarcación esa ha puesto proa a la luz. Espero que llegaremos pronto al final de nuestro viaje porque pronto saldrá la luna y pudiera vérsenos.

—La luz esa debe servir para guiar al barco... o quizás a un aeroplano —contestó Jorge—. ¡Maldita sea, aquí está la luna! Asoma por entre las nubes. No alumbra mucho, por lo menos, y eso no deja de ser un consuelo.

A la luz del astro nocturno vieron una isla delante de las embarcaciones. A la izquierda había otro islote, a dos o tres millas de la primera, o así les pareció a los niños, por lo menos.

—Escucha, Jack... no nos interesa meternos de cabeza en la boca del lobo —dijo Jorge—, y eso es lo que haremos si seguimos a ese barco hasta la isla a la que se dirige. Creo que sería mejor que fuésemos a la otra de allá... Probablemente veremos lo bastante a la luz de la luna para descubrir alguna caleta en la que desembarcar.

Podríamos sacar esta lancha a la playa entre los dos para mayor seguridad.

—De acuerdo —contestó Jack, haciendo girar el timón.

Ya no seguían a la otra canoa. Pronto la perdieron de vista. Probablemente se hallaría ya atracada en algún embarcadero. Su propia embarcación viajaba proa al otro islote y, para cuando llegaron a él, se les habían acostumbrado los ojos a la luz de la luna y veían todo con bastante claridad.

—No parece muy rocosa —anunció Jack, aproximando el barco con cautela—. No... es todo arena y guijarros finos. La encallaré en esta playa, Jorge. Prepárate a saltar a tierra en cuanto pare.

Las niñas se despertaron y se pusieron apresuradamente en pie. Jack puso proa a la playa. La canoa embistió la arena, abrió un surco en ella y acabó deteniéndose. Jorge saltó a tierra.

—No hay manera de moverla un paso —jadeó después de haber probado, con ayuda de los otros, a meterla un poco más playa adentro—. Echemos el ancla y dejémosla como está. No hay peligro de que le pase nada si el mar se mantiene sereno.

Echaron el ancla y se tendieron luego en la arena para recobrar el aliento tras sus esfuerzos. Estaban los dos muy cansados. Casi se quedaron dormidos allí.

—Vamos, muchachos —dijo Dolly por fin—. Coged unas mantas y buscaremos un sitio abrigado. Estáis medio dormidos.

—Bueno, estamos seguros hasta la mañana, por lo menos —observó Jack, caminando playa arriba con los otros, y casi dormido al andar—. Nadie sabe que estamos aquí. Supongo que se trata de otra isla de pájaros.

Llegaron a un acantilado bajo. Lucy vio una caverna oscura al pie.

—Enciende la lámpara de bolsillo —le dijo a Jorge—. Quizá podamos dormir aquí.

Resultó ser una gruta pequeña, de suelo arenoso seco. Olía un poco a algas, pero nada les importaba. Tendieron las mantas y se echaron. «Soplando» y «Bufando» se instalaron en la entrada, como si estuvieran montando guardia en sustitución de los niños.

Los niños se quedaron dormidos casi antes de que tocaran las improvisadas almohadas con la cabeza. Las niñas no tardaron en imitarles y ya no se oyó nada más que unos ronquiditos de Jack, que estaba boca arriba. «Kiki» examinó su rostro en la oscuridad para averiguar por qué hacía unos ruiditos tan raros su amado amito y luego decidió que no valía la pena preocuparse por ello. Se le posó en la boca del estómago y se puso a dormir también.

A la mañana siguiente «Soplando» y «Bufando» se acercaron a Jorge y se le subieron encima.

—¡Arrr! —dijeron, como quien dice: «¡Vamos, arriba!»

Jorge se despertó.

—¡Quitaos de aquí! —exclamó—. ¡No copiéis los malos modales de «Kiki»! Ah... gracias por los peces, «Soplando»; pero ¡haz el favor de no tirármelos por el pecho!

«Soplando» había ido de pesca, depositando cuidadosamente sobre el niño el producto de sus esfuerzos. Luego, tras abrir y cerrar la boca unas cuantas veces, hizo su comentario con voz profunda y satisfecha:

—¡Arrrrr!

Los niños rieron al enterarse de la ofrenda matutina de «Soplando». Se frotaron los ojos y decidieron irse a bañar al mar, porque, todos se sentían sucios.

—Después desayunaremos —dijo Jack—. ¡Troncho! ¡Ojalá no tuviera tanta hambre siempre! Oíd... ésta es una islita bastante agradable, ¿verdad? Fijaos... se ve la isla del enemigo allá en el horizonte. ¡Si estará Bill allí!

—Subiremos al punto más alto de este islote después del desayuno —dijo Jorge—, y echaremos una mirada a las que haya alrededor. Vamos a buscar comida al barco.

La marea, al subir, había puesto la canoa a flote. Los niños tuvieron que nadar para llegar a ella. La registraron en busca de comida y cuando buscaba una lata de salmón que recordaba haber puesto, Lucy descubrió algo que le hizo dar un grito.

—¡Oh, mirad! ¡Un aparato de radio! ¿Creéis que será emisor además de receptor? ¿Podremos mandar un mensaje con él?

—No lo sé —anunció Jack, examinándolo—. No se parece ni pizca al de Bill. ¡Si lo supiéramos! En cualquier caso, aun cuando pudiéramos mandar mensajes con él, yo no sabría hacerlo. Supongo que se trata de una especie de radio portátil. Vamos, desayunemos. ¡Uf! ¡Cómo calienta el sol!

Los cuatro niños hicieron un magnífico desayuno a bordo, participaron en él las tres rotas, «Kiki» y los frailecillos.

—Y ahora..., ¿qué? —inquirió Jack—. ¿Subimos a la parte más alta de este islote para ver lo que tenemos a nuestro alrededor?

—Sí —respondieron los otros.

Conque, abandonando el barco, escalaron el bajo acantilado hasta la cima cubierta de verdor. No estaba tan cubierta de brezo aquella isla como la de los frailecillos, ni había tantos pájaros.

—Es curioso. Uno hubiese creído que los había en abundancia en una islita tan agradable como ésta —dijo el niño—. Mirad... hay una colina al otro extremo... ¡Vamos a subir a ella!

Subieron hasta la cima y allí se detuvieron con asombro. Más allá se extendía una laguna, plana y quieta como un espejo y de centelleantes aguas azules. Yacía entre dos islas; pero éstas estaban unidas por anchas fajas de roca que encerraban toda la

laguna, de suerte que era imposible saber a cuál de las dos islas pertenecía. Las rocas partían de ambos islotes... en algunos puntos tan altas como acantilados, y allí, entre ellas, yacía aquel increíble y hermoso lago marino.

—¡Fijaos bien! —exclamó Jack con reverencia—. Hemos visto cosas maravillosas..., pero nunca una tan bonita como esta laguna azul. No puede ser de verdad.

Pero lo era. Se extendía ante ellos, alcanzando una longitud aproximada de milla y media, y estaba tan resguardada y protegida, que ni un rizo quebrantaba la paz de su serena superficie.

Y entonces sucedió algo que llenó de asombro y susto a los muchachos. Oyeron el ruido de un aeroplano. Le vieron volar hacia ellos. Jack les obligó a todos a echar cuerpo a tierra para no ser vistos. Voló por encima de la laguna y, por el camino, algo se desprendió de él, algo que se abrió, como una blanca nube, con otra cosa colgada debajo.

Los niños observaron, estupefactos. Toda clase de ideas absurdas cruzaron, en confuso tropel, por su cerebro. ¿Se trataba de un experimento científico... de bombas... de bombas atómicas? ¿Qué era aquello?

Se había abierto un paracaídas pequeño que descendía hacia la laguna. El paquete que de él colgaba iba envuelto en algo brillante —un material impermeable, pensó Jack—. Tocó el agua y desapareció. El paracaídas se aplanó sobre la tranquila superficie y flotó inmóvil. Pero mientras los niños lo contemplaban pareció disolverse y desapareció a su vez en el seno de las aguas.



—Mirad... el avión está volando en círculo sobre la laguna otra vez. Va a

descargar otro.

Y no bien hubo hablado Jorge vieron desprenderse otro paracaídas del aparato y repetirse la escena que con anterioridad contemplaran. El paracaídas flotó con su misterioso paquete y, a los pocos momentos, desapareció sin dejar rastro.

Aún soltó el aeroplano un tercer bulto antes de hacer una maniobra y alejarse, no tardando en perderse en la distancia.

—Pero ¿qué estaría haciendo tirando cosas dentro de la laguna? —exclamó Jack, lleno de asombro—. ¡Qué cosa más extraña! ¿Qué habrá dentro de esos enormes paquetes que colgaban de los paracaídas?

—¿Y por qué tirarlos dentro del lago? —preguntó Dolly—. Parece tonto. ¿Quieren deshacerse de algo, pues?

—Vamos a buscar la canoa y navegar por la laguna a ver si podemos distinguir el fondo —sugirió Lucy.

—¿Y cómo crees tú que vamos a entrar en la laguna, boba? —preguntó Jack—. Ninguna embarcación puede meterse allí... a menos que la arrastren por encima de las rocas que cierran el paso.

—¡Sí, claro, qué estúpida soy! —exclamó Lucy—. Ojalá pudiéramos ver el fondo del lago, sin embargo... y descubrir qué secretos guarda en sus azules profundidades.

—¡Arrrr! —dijeron «Soplando» y «Bufando».

Y batiendo con fuerza las alas se dirigieron a la laguna como diciendo: «¿Queréis ir allá? Pues ¡es facilísimo!»

Flotaban sobre las aguas —minúsculos puntos en la distancia— buceando bajo la superficie en busca de peces. Los niños los observaron.

—No veo yo por qué no hemos de poder bajar a bañarnos allí —dijo Jack por fin—. Podríamos nadar hasta bien dentro y bucear luego para ver si encontramos algo. A lo mejor sí, cualquiera sabe.

—Bueno, pues entonces vayamos ahora —dijo Dolly con avidez—. Tengo unas ganas enormes de saber qué significa todo eso. ¡Es un secreto singular!

Empezaron a bajar la colina, que se fue haciendo rocosa a medida que descendían; pero había muchos macizos de claveles de mar, que sirvieron de alfombra e hicieron menos duro el camino para sus pies. Por fin llegaron a la orilla de las tranquilas aguas azules.

Se desnudaron y se metieron dentro. El agua estaba templada y les acariciaba como la seda. Nadaron lentamente hacia dentro, gozando del calor de la laguna y del sol que les daba en los desnudos hombros.

—Voy a bucear a ver si distingo algo —anunció Jack.

Y metiendo la cabeza debajo de la superficie, buceó hacia el fondo.

¿Qué descubriría en el misterioso lecho de la laguna?

Capítulo XXIV

Un descubrimiento sorprendente

La laguna era profunda. Jack no pudo llegar hasta el fondo porque le resultó imposible contener el aliento el tiempo suficiente. Volvió a la superficie boqueando.

—Lo único que vi fue como una pila de algo plateado —les dijo, jadeando—. Nada más que eso. No pude bajar hasta donde se encontraba, porque ya no podía contener más la respiración.

—De poca cosa sirve eso —dijo Dolly—. Nos interesa saber qué es lo que hay dentro de esa cubierta impermeable... arrancarla para ver lo que contiene.

—No podríamos hacer eso con facilidad —anunció Jorge—. Apuesto a que está muy bien cosida, o sellada de alguna manera. Probaré yo, Jack... quizá consiga acercarme lo bastante para descubrir, por el tacto, lo que hay dentro.

—Por favor..., ten cuidado —suplicó Lucy—. ¡No sabes lo que puede haber dentro!

—Hombre, no es probable que sea nada que se nos coma —contestó Jack riendo—. «Kiki», ¿por qué no buceas tú un poco como «Soplando» y «Bufando»? ¡Podrías sernos de utilidad así!

Pero todo aquel amor al baño no merecía la aprobación de «Kiki». Voló por encima de los muchachos, intentando de vez en cuando posarse sobre un hombro desnudo. A «Bufando» y «Soplando» les encantaba que estuvieran los niños en el agua, y nadaban y buceaban a su lado, exhalando profundos «arrrs» de satisfacción.

Jorge buceó, y nadó rápidamente hacia abajo, abiertos los ojos en el agua salada. Vio por debajo de él una masa plateada que brillaba levemente en el fondo de la laguna. Logró aproximarse más, extender los brazos y tocarla con la mano. Notó algo muy duro debajo del envoltorio.

Luego, incapaz de resistir más, salió a la superficie, casi reventado. Respiró a todo pulmón unos instantes.

—Toqué algo duro —dijo por fin—. Pero me fue imposible deducir qué era ¡Maldita sea! ¡Qué rabia da encontrarse tan cerca de un misterio como éste y no poder esclarecerlo!

—Tendremos que darnos por vencidos —anunció Jack—. Sé que yo, por lo menos, no tengo la resistencia necesaria para llegar al fondo y deshacer el envoltorio. Estallaré seguramente.

—¡Qué poca gracia me hace tener que darme por vencida! —observó Dolly.

—Bueno, pues bucea tú, a ver si eres capaz de descubrir algo —sugirió Jorge.

—De sobra sabes que no soy capaz de contener el aliento tanto tiempo siquiera

como tú —respondió la niña—. Conque, ¿de qué sirve intentarlo?

—Yo voy a volver a la playa —dijo Lucy—. Hay una roca muy soleada allí, cubierta de algas. Voy a tomar un baño de sol.

Nadó lentamente hacia la peña. «Soplando» y «Bufando» se sumergieron de pronto a su lado.

«¿Qué aspecto tendrán cuando nadan bajo el agua? —se preguntó la niña—. Me encantaría verles perseguir a un pez».

Y llena de curiosidad enarcó el cuerpo, agachó la cabeza y buceó. «Soplando», haciendo uso de las alas para nadar aprisa, hendía el agua tras un pez grande. ¡Aprisa «Soplando» o se te va a escapar!

Cuando se disponía a volver a la superficie, Lucy notó algo debajo de ella. Un escalón de roca que partía de la isla hacía menos profunda la laguna por aquel lado, aunque aún no era ésta demasiado honda para que pudiera tocar la niña el fondo con los pies.

Echó una rápida mirada para averiguar qué era lo que yacía sobre las rocas sumergidas, pero agotó su resistencia y, medio ahogada, subió a la superficie boqueando y rendida.

Una vez hubo recobrado el aliento, buceó de nuevo, y se dio cuenta entonces de la naturaleza de lo que estaba viendo. Uno de los paquetes lanzados en paracaídas, en lugar de caer en las aguas más profundas, se había precipitado sobre aquel lecho rocoso. El paquete se había reventado, dispersándose su contenido por el fondo.

Pero ¿qué era aquello? No acababa de verlo claro. Se trataba, al parecer, de una serie de piezas de forma rara. Regresó a la superficie y gritó a Jack:

—¡Eh, Jack! ¡Uno de los paquetes misteriosos ha reventado contra unas rocas del fondo por aquí..., pero no consigo distinguir qué es lo que contenía!

Los niños y Dolly acudieron presas de gran excitación. Todos ellos enarcaron el cuerpo y hundieron la cabeza, iniciando el descenso hacia las profundidades. Llegaron hasta donde el plateado envoltorio se había abierto, meciéndose a impulso del movimiento del agua, rodeado de todo cuanto contuviera.



Los muchachos, medio asfixiados, hicieron un rápido examen y luego volvieron a la superficie jadeando.

Jorge y Jack se miraron un instante y luego gritaron, a coro, las mismas palabras: —¡Armas! ¡Armas! ¡Armas a montones!

Se dirigieron a la soleada roca sobre la que se había instalado ya Lucy y se encaramaron a ella.

—¡Hay que ver! ¡Escopetas! ¿Para qué demonios tirarán escopetas a esta laguna? ¿Quieren deshacerse de ellas? Y, ¿por qué?

—No; no los hubiesen envuelto con tanto cuidado en material impermeable si sólo quisiesen deshacerse de ellas —aseguró Jorge, sombrío—. Lo que están haciendo es escondiéndolas.

—¡Escondiéndolas! Pero ¡qué sitio más singular en que esconderlas! —dijo Dolly—. ¿Qué van a hacer con ellas?

—Probablemente se dedicarán al contrabando —respondió Jack—. Traerán aquí centenares de fusiles de Dios sabe dónde, y los tendrán escondidos hasta que llegue el momento de utilizarlos o entregarlos a quien los utilice... para fomentar alguna revolución o algo así... quizás en América del Sur.

—Apuesto a que no andas muy equivocado —asintió Jorge—. Siempre hay gente armando jaleo en alguna parte, y con ganas de tener armas para luchar. Los que pudieran proporcionárselas ganarían mucho dinero. Sí, de eso se trata... ¡contrabando de armas!

—¡Vaya! —exclamó Lucy—. ¡Y pensar que nos hemos metido de lleno en un asunto tan terrible como ése...! Supongo que Bill adivinaría lo que estaba ocurriendo... y le vieron andar husmeando... y le capturaron para que no pudiera delatarles.

—¿Cómo se llevarán las armas de aquí? —murmuró Jack—. Quiero decir que no pueden sacarlas en barco, porque esta laguna está completamente cerrada. Y sin embargo tienen que sacarlas del agua para mandarlas adonde las necesiten. Es la mar de raro.

—Bueno, ahora sabemos qué era lo que tiraba ese avión —dijo Jorge—. ¡Troncho! ¡Esta laguna debe estar atestada de armamento! ¡Qué escondite más maravilloso! Nadie que vea lo que sucede, nadie que descubra los fusiles en el fondo.

—Salvo nosotros —intervino Lucy—. Yo descubrí ese paquete reventado. Supongo que pegaría contra las rocas sumergidas, estallando en seguida.

Yacieron tostándose al sol y comentando su curioso descubrimiento. De pronto, «Kiki» exhaló un grito de sorpresa y, al incorporarse los niños, comprendieron por qué.

—¡Caramba! —exclamó Jack, consternado—. ¡Viene una embarcación! Del lado de la barrera rocosa que da al mar. Y... ¡viene hacia este mismísimo lugar!

—¿Qué hacemos? —inquirió Lucy asustada—. No hay sitio donde esconderse, y no tenemos tiempo de retroceder sin ser vistos.

Los niños miraron a su alrededor, desesperados. ¿Qué podían hacer? De pronto, Jorge recogió una buena cantidad de algas y se las echó por encima de la sorprendida niña.

—¡Nos cubriremos con esto! —dijo—. ¡Hay algas a montones! ¡Aprisa! ¡Echáoslas por encima! Es de la única manera que podemos escondernos.

Latiéndoles el corazón con violencia de nuevo, los cuatro niños se echaron por encima los montones de frondosas algas. Jack atisbo por entre las suyas y le dijo, con urgencia, a Dolly:

—¡Se te están viendo los pies! ¡Tápatelos aprisa!

«Soplando» y «Bufando» contemplaron, con estupefacción, todo aquel juego y, a continuación, buscaron la pila de algas bajo la que se hallaba Jorge, y fueron a posarse, con su solemnidad de siempre, encima. El niño sintió su peso, y casi se echó a reír.

«Nadie sería capaz de imaginarse que se hallaba un niño bajo los dos frailecillos y un montón de algas marinas —pensó—. Dios quiera que estén los otros bien

tapados».

La embarcación atracó no muy lejos. Se oyeron las voces de dos o tres hombres que se iban acercando. Los niños contuvieron el aliento.

«¡No nos piséis, oh, no nos piséis!», oró Lucy mentalmente, con una sensación de náuseas, provocada en parte por la fronda de algas que le tocaba los labios.

Los hombres no les pisaron. Se detuvieron muy cerca de ellos, sin embargo, y todos encendieron cigarrillos.



—La última semana llegó hoy —dijo uno, con voz ronca y profunda—. Esta laguna debe estar casi llena ya.

—Sí. Ya va siendo hora de que nos llevemos parte por lo menos —asintió otra voz, incisiva y autoritaria—. No sabemos cuánta información habrá podido mandar a sus superiores ese individuo que tenemos prisionero. Se niega a hablar. Más vale que expidas un mensaje al jefe diciéndole que recoja todo lo que necesite por si acaso mandan a algún otro a espiar.

—¿Y ese segundo tipo? Tampoco ha querido hablar —dijo la primera voz—. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

—No pueden permanecer aquí —contestó la voz autoritaria—. Embarcarlos esta noche y los tiraremos al agua en alguna parte para que no vuelva a saberse de ellos. No pienso perder más tiempo con ese primer individuo... ¿cómo se llama...?

Cunningham. Ya nos ha causado bastantes molestias metiendo la nariz en todo lo que hemos hecho durante el pasado año. Es hora de que desaparezca.

Los cuatro niños, húmedos y fríos bajo las algas, se estremecieron al oír estas palabras. Sabían perfectamente lo que se había querido decir. Aquellos hombres eran mortales enemigos de Bill, nada más que porque éste había logrado seguirles la pista. Ahora le tenían en su poder, y temían que supiese demasiado, aunque lo más probable era que Bill supiese menos que ellos cuatro.

«Conque van a llevarse todas las armas y echar a Bill luego en algún sitio para que no vuelva a saberse de él, porque habrá muerto ahogado —pensó con gran desesperación Jack—. Tendremos que salvarle. Y lo más aprisa posible, por añadidura. ¿Quién será el otro hombre de quien hablan? No puede ser Horacio. Yo creo que ése es uno de los suyos».

Los hombres se alejaron por las rocas. Era evidente que se habían acercado a echar una mirada a su extraordinario escondite, aun cuando bien poco de su contenido podían ver. Los niños permanecieron inmóviles, sin atreverse a hacer el más leve movimiento por temor a ser observado. Se cansaron una barbaridad de estar allí echados, y Lucy estaba tiritando.

Por fin oyeron el ruido de un motor que arrancaba. ¡Gracias a Dios! Aguardaron un poco. No se veía a nadie. Los hombres habían regresado a la lancha por otro camino, y ésta se había adentrado ya un buen trecho por el mar.

—¡Uf! —exclamó el muchacho—. Eso no me ha gustado ni pizca. ¡Un centímetro o dos más, y uno de ellos me hubiera pisado el pie!

Capítulo XXV

Otra sorpresa

Se incorporaron todos, quitándose las escurridizas algas de encima. «Soplando» y «Bufando» descendieron por el cuerpo de Jorge, sobre el que habían estado posados todo el rato. «Kiki», con gran susto y consternación, se había visto cubierto de algas por su amo, que le obligó a estar a su lado por miedo a que les delatase. Habló con ira ahora.

—¡Pobre lorito! ¡Pobre lorito! ¡Qué llamen al médico! ¡Qué lástima; qué lástima! ¡Tilín, tilín, tilozo, lorito está en el pozo!

Los niños se miraron unos a otros con solemnidad cuando acabaron de apartar las algas. Bill corría un grave peligro, de eso no cabía la menor duda.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Lucy, con lágrimas en los ojos.

Nadie lo sabía a ciencia cierta. Parecía existir peligro por dondequiera que lo mirasen.

—Bueno —dijo Jack, por fin—, tenemos una embarcación, y eso ya es oigo. Yo creo que cuando se haga de noche debemos dirigirnos a la otra isla y ver si encontramos dónde tienen su canoa. Sabemos que Bill se encontrará allí.

—¡Y le salvaremos! —exclamó Dolly, emocionada—. Pero ¿cómo nos acercaremos a la costa sin que nos vean ni oigan?

—Iremos de noche, como he dicho —repuso Jack—, y cuando estemos cerca de la costa pararemos el motor y usaremos los remos. Así podremos llegar a tierra sin que nos oigan.

—¡Ah, sí! Había olvidado que hay remos a bordo. ¡Menos mal!

—¿No podemos volver a nuestra cuevecita del otro lado de la isla? —preguntó Lucy—. No sé por qué, pero no me siento segura aquí. Y me gustaría asegurarme de que no le ha sucedido nada a nuestro barco.

—Y no podemos comer sin regresar allá, por añadidura —dijo Jorge, poniéndose en pie—. Vamos, que yo estoy helado. Entraremos en calor subiendo por las rocas hasta esa altura y cruzando luego la isla hacia donde tenemos la canoa.

Conque regresaron por las rocas y encontraron la ropa donde la habían dejado. Se quitaron los empapados trajes de baño y se vistieron aprisa. Las ratas de Jorge, que se habían quedado en el bolsillo de éste, se alegraron enormemente de volverse a ver, y le corrieron por encima con chirridos de contento.

«Bufando» y «Soplando» acompañaron a los niños como de costumbre. Todos ellos experimentaron un gran alivio al ver que su embarcación se encontraba sin novedad sobre la playa, donde la dejaron. Se acercaron a ella en busca de unas latas

de conservas.

—Más vale que escojamos algo que tenga mucho jugo para poder bebería —dijo Jack—. No hay agua dulce por aquí que yo vea, y yo, por lo menos, tengo muchísima sed. Abramos una lata de pina. Ésas tienen siempre mucho jugo.

—Mejor será que abras dos si es que «Kiki» ha de comer también —sugirió Dolly—. Ya sabes lo glotón que es cuando se trota de pina.

Todos intentaron mostrarse animados y alegres; pero, a pesar de todos sus esfuerzos, y como consecuencia de su extraño descubrimiento de la laguna y de saber el peligro que amenazaba a Bill, ninguno de ellos pudo hablar mucho rato. Uno por uno fueron guardando silencio y apenas se dieron cuenta de lo que comían.

—Supongo —dijo Dolly por fin, tras un largo silencio turbado tan sólo por el ruido del pico de «Kiki» al rascar el fondo de una de las latas de pina—, supongo que será mejor que emprendamos la marcha tan pronto como anochezca, pero..., ¡la verdad es que tiemblo al pensarlo!

—Bueno, mirad —dijo Jack—: he estado pensándolo mucho, y estoy seguro de que sería preferible que Jorge y yo fuéramos solos en busca de Bill. Es muy arriesgado, y no tenemos idea de las dificultades que tendremos que vencer... y no me gusta la idea de que nos acompañéis vosotras.

—¡Oh, tenemos que ir! —exclamó Lucy, que no podía soportar la idea de que Jack se marchara sin ella—. ¿Y si os ocurriera algo a vosotros? ¡Nos encontraríamos solas en esta isla sin que nadie supiera dónde estábamos! Sea como fuere, yo pienso ir contigo, Jack, y no podrás impedírmelo.

—Bueno —contestó el niño—. Quizá sea mejor que no nos separemos. Oíd... supongo que ese otro individuo de quien hablaban no será Horacio. No creo que hayamos podido equivocarnos, ¿verdad?

—Verás... a mí sí que me pareció tonto a más no poder —repuso Dolly—. Quiero decir que además de obrar como si lo fuese, lo parecía de verdad. Yo creo que sí que cometimos un error. Creo que quizá sí que fuera un amante de los pájaros como dijo.

—¡Troncho! —exclamó Jack, horrorizado—. ¡Debe habernos creído terribles! Y nos llevamos su embarcación por añadidura... ¡dejándole allí para que cayera en manos del enemigo!

—Y deben haberle tomado por amigo de Bill. Y se enfurecían con él cuando dijese que ni conocía a Bill ni sabía una palabra de él —agregó Jorge.

Todos pensaron solemnemente en el pobre Horacio.

—Me alegro que ninguno de nosotros le pegara en la cabeza después de todo —dijo Jack—. ¡Pobre Tripalón!

—Tendremos que salvarle a él también —dijo Lucy—. Con eso le compensaremos un poco el haberle quitado la canoa. Pero ¡lo furioso que estará con nosotros por lo que le hemos hecho!

«Soplando» se presentó en aquel momento con su acostumbrada ofrenda de media docena de peces, colocados ordenadamente en el pico, y alternando cabezas y colas.

Los depositó a los pies de Jorge.

—Gracias, amigo —dijo éste—; pero ¿por qué no te los comes tú? No nos atrevemos a encender fuego aquí para guisar nada.

—¡Arrr! —contestó «Soplando».

Y se acercó a echar una mirada a las latas vacías. «Bufando» aprovechó la ocasión para tragarse los peces, y «Kiki» le observó con disgusto. El loro no comprendía que pudieran comerse los peces recién pescados.

—¡Pah! —dijo imitando la voz de Horacio.

Y los niños sonrieron.

—«Kiki», vas a tener que estar bien callado esta noche —le dijo Jack, rascándole la cabeza—. ¡Nada de «pahs» ni de «pohs» que delaten nuestra proximidad al enemigo!

Cuando empezó a ponerse el sol, se alejaron de la playa una corta distancia en la embarcación para asegurarse de que no había allí ninguna roca que tuviesen que esquivar en el momento de la partida. Allá lejos en el horizonte, vieron la isla del enemigo. En ella se encontraría Bill, y quizá Horacio también.

—Dios quiera que veamos alguna luz que nos indique dónde podemos desembarcar —observó Jack—. Si tuviéramos que navegar alrededor de la isla buscando el sitio apropiado nos oirían. Porque no nos sería posible hacerlo a remo.

—Anoche vimos la luz aquella que le hacía señales a la canoa —dijo Jorge—. Quizá hagan señales esta noche otra vez. Volvamos ahora. No parece haber ninguna roca con la que corramos el peligro de tropezar en la oscuridad.

Regresaron y, no bien hubieron llegado a su playa, oyeron el zumbido de un aeroplano.

—¡No es posible que vayan a lanzar más paquetes! —exclamó Jack—. Tumbaos en tierra todos. No nos interesa que nos vean. Acercaos a esas rocas.

Se agazaparon junto a un grupo de peñascos. El aeroplano hizo un ruido enorme al acercarse.

Jack soltó una exclamación:

—¡Es un hidroplano! —dijo—. ¡Fijaos en los flotadores!

—¡Y es enorme! —dijo Dolly—. ¡Está descendiendo!



Así era en efecto. Voló en círculo sobre la isla, perdiendo altura al dar la vuelta otra vez. Pareció casi rozar la colina que se alzaba al otro extremo del islote, la que se cernía sobre la laguna.

Luego cortó los motores y todo quedó en silencio.

—¡Ha amarrado! —dijo Jack—. ¡Se ha posado sobre la laguna! ¡Apuesto cualquier cosa a que se encuentra allí!

—Oh, vayamos a ver en cuanto anochezca —le suplicó Dolly—. ¿Creéis que va a recoger las armas escondidas?

—¿Cómo iba a poder hacer eso? —inquirió Jack, con desdén.

—No creas, es bastante grande y potente —observó Jorge—. Es posible que lleve a bordo alguna especie de aparato para dragar el lago y sacar las armas. Si los hombres creen que existe el peligro de que el gobierno mande patrullas aquí a investigar el asunto, siempre suponiendo que Bill haya conseguido mandar aviso a sus jefes, no cabe duda que intentarán llevarse las armas de aquí tan pronto como sea posible. Da la sensación, puesto que se trata de un hidroplano, de que las escopetas están destinadas a América del Sur... o a algún otro sitio al otro lado del mar.

En cuanto empezó a anoecer los niños no pudieron resistir la tentación de

cruzar la isla, ascender la colina y echar una mirada a la laguna. Aun a la luz crepuscular quizá pudieran ver algo interesante.

No tardaron en hallarse sobre el acantilado desde el que se dominaba el lago. A duras penas distinguieron la silueta del gigantesco hidroplano en medio del lago marino. De pronto se encendieron luces a bordo y empezó a oírse ruido, el que hubiera podido producir la maquinaria de alguna especie al llevar a cabo una labor pesada.

—Apuesto a que están dragando la laguna y sacando los paquetes —susurró Jack—. No podemos verlo bien; pero nos es posible oír lo suficiente para saber que está funcionando algo... algo relacionado con cabrias o cosas por el estilo.

Lucy ignoraba qué serían esas cosas, pero no le costaba imaginarse la existencia de máquinas que lanzaron al agua cables con ganchos en la punta para sacar los pesados paquetes de armas. Luego, cuando estuviese cargado, el aparato emprendería el vuelo y vendría otro a ocupar su lugar. Y otro. Y otro. O quizá fuese el mismo el que volviese.

El misterioso aspecto del extraño hidroavión hizo que la niña se estremeciera al contemplarlo.

«Es terrible verse enfrentados con enemigos que cuentan con barcos, aeroplanos, hidroaviones y armas —pensó—. Nosotros no tenemos nada más que la canoa del pobre Horacio y nuestro propio ingenio».

Regresaron muy serios a su lancha. Ésta se había alejado un poco, con la marea, pero, como la habían atado con una cuerda a una peña, tiraron hasta acercarla de nuevo, y todos subieron a bordo.

—Ésta es la aventura más grande de todas —anunció Jack, con solemnidad—. El estar escondidos es una aventura. El escaparse es una aventura. Pero el salvar a otra persona de las mismísimas garras del enemigo es la mayor aventura de todas.

—¡Si es que no nos capturan a nosotros también! —observó Lucy.

Jack puso en marcha el motor. La embarcación se hizo a la mar, dejando la laguna atrás. «Soplando» y «Bufando» se instalaron en la borda, como de costumbre, y «Kiki» se posó en el hombro de su amo. Las ratas de Jorge, asustadas por el brusco trepidar del motor, se entrelazaron, hechas un ovillo en el hueco de la espalda de Jorge.

—¡Me estáis haciendo cosquillas! —dijo éste.

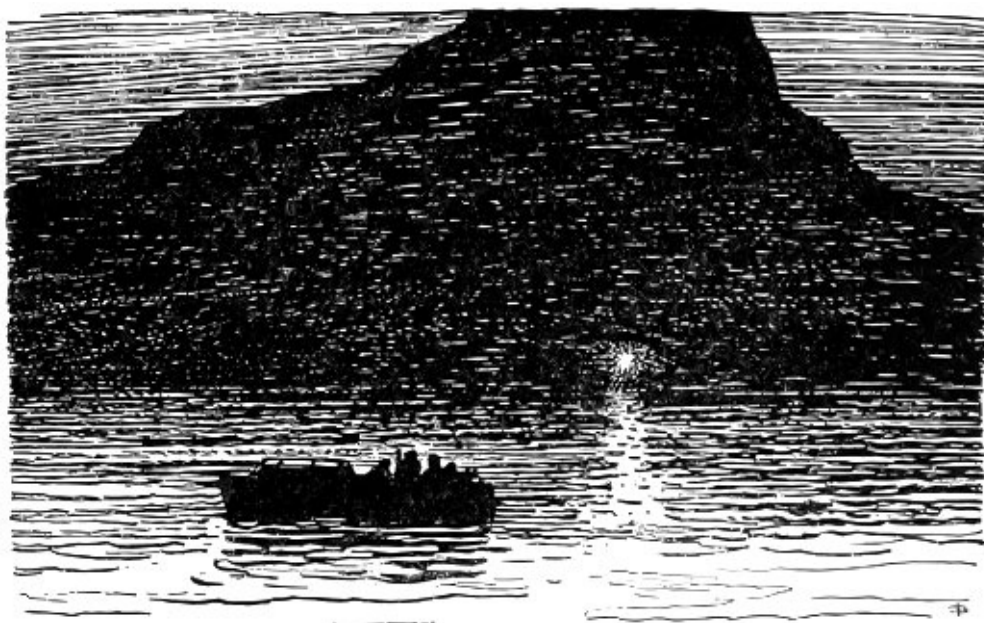
—Bueno, ¡qué tengamos todos mucha suerte! —exclamó Dolly—. ¡Dios quiera que podamos salvar a Bill... y a Horacio también, derrotar al enemigo, y volver a casa sanos y salvos!

—¡Dios salve al rey! —exclamó «Kiki», fervientemente, con el mismo tono de voz.

Y todos se echaron a reír. ¡Qué cómico era «Kiki»!

Capítulo XXVI

Camino de la isla enemiga



El barquillo avanzó en la oscuridad. Jorge iba al timón. Escogió una estrella grande como guía, y mantuvo sobre la ruta a la embarcación.

Al cabo de un rato, Jack le tocó el brazo.

—¿Ves esa luz? Debe partir de la isla del enemigo. No es la luz brillante de hacer señales que vimos la vez anterior, pero no cabe duda de que procede de la isla.

—Pondré proa a ella. Tú te encargarás de que «Kiki» no suelte uno de sus gritos o carcajadas, ¿verdad, Jack? Se oiría claramente el ruido en tierra. Los sonidos viajan lejos en el agua. Tendré que cortar el motor dentro de poco, de lo contrario lo oirán.

—«Kiki» no hará el menor ruido —aseguró el niño.

—¡Chitón! —exclamó inmediatamente el loro.

—Justo. Buen chico. ¡Chitón! —asintió Jack.

Jorge cortó el motor y la canoa empezó a perder velocidad hasta quedarse parada. Jack miró con los gemelos hacia la luz.

—Debe ser la iluminación de algún puertecito —dijo—. Quizá hay una bahía pequeña allí, donde tengan una flotilla de canoas automóvil que estén patrullando continuamente por los alrededores para asegurarse de que nadie visite las islas vecinas. Es una luz bastante fija.

Jorge buscó, a tientas, los remos.

—Ahora —dijo—, ¡a bogar un rato en serio! ¿Qué hora es, Jack? ¿Puedes verlo en tu reloj de pulsera? Tiene la esfera luminosa, ¿verdad?

—Son casi las once... la hora mejor. Nos acercaremos a tierra a eso de medianoche, cuando es de esperar que no esté muy alerta el enemigo.

Tomaron un remo cada uno y bogaron con brío, y la embarcación surcó silenciosamente las aguas.

—Os relevaremos cuando estéis cansados —observó Dolly—, Jorge, ¿dónde están tus ratas? Algo me ha rozado la pierna hace un instante. Chillaré sin poderlo remediar como las dejes sueltas por ahí.

—Las tengo en el bolsillo —respondió el niño—. Te estás imaginando cosas, como siempre. Y como te atrevas a soltar un chillido, ¡maldito si no te tiro por la borda!

—No chillará, no —intervino Lucy—. Lo que has notado es el roce de «Soplando» y «Bufando», Dolly. Están rondando por cubierta. Uno de ellos se me posó encima de la pierna hace un momento.

—¡Arrr! —dijo una voz gutural desde la borda.

—¡Shhh...! —dijo inmediatamente «Kiki».

—No comprende que no importa que «Soplando» y «Bufando» hagan «arrr» todo lo que quieran —dijo Jack—. Es el ruido natural de un pájaro de su especie y no puede alarmar a nadie.

—¡Shhh...! —exclamó el loro, en son de reproche.

La luz de tierra brillaba sin oscilar.

—Debe tratarse de una linterna —observó Jack en voz baja, aplicándose al remo—. Probablemente tiene por objeto servirles de guía a cualquier canoa que entre o salga. Jorge, descansemos un poco. Me estoy quedando sin aliento.

—Bueno —contestó Jorge.

Las niñas quisieron relevarles, pero Jack se negó a consentirlo.

—No, no remáis tan bien juntas como Jorge y yo. Podemos descansar de cuando en cuando si queremos. No hay prisa. Hasta cierto punto, cuanto más tarde lleguemos, mejor.

Pronto tomaron los remos otra vez y el barco avanzó en dirección a la luz.

—Se acabó la conversación ya —anunció en voz baja Jack—. Sólo podemos permitirnos susurros imperceptibles.

A Lucy empezaron a flaquearle las rodillas otra vez. Y sintió una sensación extraña en el estómago, por añadidura. Dolly estaba con todos los nervios en tensión y respiraba con fatiga aunque no hacía nada que la cansase. Los dos niños temblaban de excitación. ¿Hallarían allí la canoa automóvil del enemigo, con Bill a bordo ya, dispuesto para ser lanzado al agua? ¿Y estaría montando alguien guardia?

—¿Qué ruido es ése? —susurró Dolly por fin, al aproximarse la embarcación a tierra—. Suena la mar de raro. No lo entiendo.

—Parece como si estuviese tocando una orquesta —contestó Jack—. ¡Ah, claro!

¡Es un aparato de radio!

—¡Magnífico! —exclamó Jorge—. Así no es probable que nos oiga llegar el enemigo. Jack, ¡mira...! Creo que hay un desembarcadero allí... Se distingue a duras penas a la luz de la linterna. ¿Podremos entrar sin que nos vean ni oigan? Y, ¡mira! ¿Es ese un barco atracado al pie de la luz?

—Miraré con los gemelos —prosiguió—, buscándolos a tientas y llevándoselos a los ojos. —Sí..., sí que es un barco... y bastante grande. Seguramente es el mismo que emplearon para acercarse a nuestra isla. ¡Apuesto a que está Bill a bordo, encerrado en el camarote!

Continuaba tocando la orquesta por radio.

—Ese aparato lo tiene encendido alguien del barco —dijo Jack—. Seguramente el que monta guardia. Así, pues, ¿tú crees que estará sobre cubierta? Me refiero al vigilante. No se ve luz allí.

—Si quieres que te dé mi opinión, se está dando la buena vida, dormitando sobre cubierta, mientras escucha la música —le repuso Jorge, en un susurro—. ¡Fíjate! ¿No ves ese punto resplandeciente? Apuesto a que se trata de un cigarrillo que se está fumando el que vigila.

—Probablemente tienes razón.

—No creo que debamos atrevernos a acercarnos más. No nos interesa que nos vean. Si el centinela da la voz de alarma, estamos perdidos. ¿Cuántos habrá a bordo? Yo sólo veo el rescoldo de un cigarrillo.

—¿Qué vais a hacer? —inquirió Lucy—. Haced algo, por favor..., me siento terrible... acabaré estallando dentro de un momento.

—Jorge alargó la mano y tomó la de la niña.

—No te preocupes —dijo—. Tendremos que hacer algo pronto. Parece ser un buen momento, por añadidura. ¡Si siquiera se quedara dormido ese centinela!

—Escucha, «Copete», ¿sabes lo que yo creo que sería mejor? —dijo Jack de pronto—. Que tú y yo cruzáramos a nado, subiéramos al barco y pilláramos por sorpresa al que vigila. Probablemente podríamos tirarle al agua y antes de que diese la alarma abriríamos la escotilla del camarote para poner en libertad a Bill. ¡Si hasta quizá nos fuera posible llevarnos la embarcación también y así tendríamos dos!

—Sería un buen plan —respondió Jorge—. Pero aún no sabemos si Bill está allí... y es muy probable que no pudiéramos echar al vigilante por la borda... sobre todo si hay más de uno. Más vale que exploremos un poco primero. Tu idea de tirarnos al agua y nadar hasta el desembarcadero es muy buena, sin embargo. Eso lo haremos, desde luego. Podemos subir luego por una parte que esté envuelta en sombras... donde la luz no alcance.

—¡Ay, señor! ¿Es preciso que os pongáis a nadar en la oscuridad? —exclamó Lucy, contemplando las negras aguas con un estremecimiento—. A mí me daría

horror. ¡Por favor, tener cuidado, Jack!

—No te preocupes Vamos, Jorge. Quítate la ropa. Nadaremos con la ropa interior.

Unos instantes más tarde saltaban por la borda y se introducían en el agua. Estaba muy fría y les cortó momentáneamente el aliento. Pero entraron en calor al nadar vigorosamente hacia el puertecillo. Al aproximarse oyeron con mayor claridad la radio.

—Menos mal —pensó Jack—. Así no nos oirán poco ni mucho.

Esquivaron la luz y se encaramaron por la parte del embarcadero envuelto en sombras. No fue cosa fácil.

—El barco está ahí —le susurró Jack a Jorge—, y no al pie mismo de la luz, a Dios gracias.

Un sonido les hizo detenerse de pronto. En la cubierta del barco se oyó un sonoro y prolongado bostezo. Alguien apagó la radio y reinó el silencio en la noche.

—Quizá vaya a dormirse —susurró Jack—. Aguardemos.

Esperaron en el más completo silencio durante diez minutos. El invisible guardián tiró la punta del cigarro al agua, pero no encendió otro. Los niños le oyeron soltar varios gruñidos, como si estuviera instalándose cómodamente para descansar. Luego bostezó ruidosamente otra vez.

Continuaron aguardando, tiritando en la oscuridad del desembarcadero y muy pegados el uno al otro para darse mutuamente un poco de calor.

Por fin percibieron unos sonidos que les llenaron de alivio.

—Está roncando —susurró Jack, oprimiéndole el brazo a su compañero con alegría—. Se ha dormido. Estoy seguro de que no hay más que un guardián porque, de lo contrario, hubiesen estado hablando. Ésta es la ocasión. Vamos... pero con cuidado, para no despertarle.

Los dos niños, tiritando ahora de excitación tanto como de frío, se deslizaron por el desembarcadero en dirección a la canoa. Subieron silenciosamente a bordo, sin hacer ruido alguno sus descalzos pies. Sobre cubierta yacía dormido el guardián... ¡si es que guardián era en realidad!

Otro sonido les detuvo. Aquella vez procedía de debajo de sus propios pies. Jorge asió el brazo desnudo de Jack, haciéndole dar al niño un brinco de sobresalto. Se pararon a escuchar.

Alguien hablaba abajo, en el camarote. ¿Quién? ¿Podría ser Bill? ¿Y con quién estaba? Con Horacio quizá. Pero quizá, después de todo, no fuese Bill, sino el enemigo jugando a las cartas. Y tal vez el supuesto guardián no estuviese montando guardia ni mucho menos. Sería una estupidez tirarle al agua, abrir la escotilla y encontrarse con el enemigo en el camarote.

—Más vale que escuchemos para averiguar si se trata de Bill —le dijo Jack a su compañero al oído.

Sabían exactamente dónde se encontraba la bajada al camarote, por la luz que se escapaba por las rendijas. Se deslizaron hacia allá y se arrodillaron junto a la escotilla, pegando la oreja a ella, con el fin de escuchar las voces.

No pudieron oír lo que se decía, pero uno de los que hablaban carraspeó de pronto y soltó una tosecita; los niños comprendieron que habían atinado. Aquélla era una de las costumbres de Bill. Bill estaba allá abajo. Era Bill el que hablaba. ¡Qué alivio tan enorme sintieron! ¡Cómo se les ensanchó el corazón! ¡Si pudieran poner en libertad a Bill y dejarlo todo ya en sus manos...!

—Si tiramos a ese individuo al agua, a lo mejor da la alarma tan aprisa que no nos da tiempo de sacar a Bill y a explicarle la situación —susurró Jack—. Puesto que está tan profundamente dormido, ¿por qué no descorremos los cerrojos de la escotilla para que Bill vea que estamos aquí? Así podría él ayudarnos a deshacernos del guardián y hacerse cargo de la canoa.

—Abre tú la escotilla y yo me colocaré al lado del guardián para poderle tirar al agua si se despierta —contestó Jorge—. ¡Anda, dote prisa!

Jack buscó a tientas el cerrojo. Le temblaban las manos y apenas podía tirar de él. Temió que chirriara; pero afortunadamente no fue así. Resbaló con suavidad y sin hacer ruido. Encontró el asa de hierro y alzó la escotilla; un chorro de luz surgió del camarote.

Los que se hallaban abajo oyeron un leve ruido y levantaron la mirada. Uno de ellos era Bill; el otro, Horacio. Cuando el primero vio el rostro de Jack en la oscuridad arriba, se puso en pie de un brinco, lleno de asombro. El niño se llevó el dedo a los labios, y el detective ahogó la exclamación que había estado a punto de escapársele ante la sorpresa sufrida.

—¡Salga! —susurró Jack—. ¡Pronto! ¡Tenemos que inutilizar al guardián!

Pero Horacio lo echó todo a perder. En cuanto vio a Jack, el odioso niño que le había encerrado en aquel agujero de la Isla de los Frailecillos, se puso en pie, lleno de ira.

—¡Ése es el granuja! —exclamó—. ¡Aguarda a que le eche yo mano a ese bribón!



Capítulo XXVII

La huida

—¡Sshh...! —dijo Jack con ferocidad, señalando por encima del hombro en dirección al que montaba guardia. Pero era demasiado tarde ya. El hombre se despertó bruscamente al percibir entre sueños el grito. Se incorporó parpadeando. Y luego, al ver la luz que salía por la escotilla, se levantó de un salto.

Bill tuvo la sensatez de apagar la luz. Todo se hallaba ahora a oscuras. Empezó a salir por la escotilla, mientras el vigilante se ponía a chillar.

—¿Qué es todo esto? ¡Eh! ¿Qué hacen? ¿Quién anda ahí?

Jorge se abalanzó sobre él e intentó tirarle al agua, pero el hombre era fuerte y se puso a forcejear. A fin de cuentas, fue el pobre Jorge quien cayó al agua con ruidoso chapuzón. Bill llegó a cubierta en aquel instante y guiado por el ruido que hacía el guardián al jadear, le dirigió un fuerte golpe con el puño derecho. El sorprendido vigilante sintió el brusco golpe y se tambaleó. El detective adelantó el pie y le echó la zancadilla, haciéndole desplomarse sobre cubierta. Se le echó encima a continuación y Jack acudió en su ayuda.



—¿Quién ha sido el que ha caído al agua? —jadeó el detective.

—Jorge —respondió Jack, sentándose encima de las piernas del guardián—. No se preocupe por él. Puede acercarse a nado a la otra canoa.

—Hay que meter a este individuo en la cámara. ¿Dónde está ese otro hombre... Tipperlong? El muy imbécil lo echó todo a perder.

Horacio se había colocado bien fuera del paso, preguntándose qué estaría sucediendo. Oía jadeos, gruñidos y lucha, y estaba asustado.

El guardián soltó de pronto otro grito y rodó por la escala al interior del camarote. Bill bajó rápidamente la escotilla y echó el cerrojo.

—Ése queda a buen recaudo de momento —anunció al hacerlo—. Ahora, ¡pongamos la embarcación en movimiento a toda prisa! ¡Nos largaremos antes de que el enemigo se dé cuenta de lo que está sucediendo!

—¡Eso era lo que yo había proyectado que hiciéramos! —jadeó el niño, emocionado al ver que iban a convertirse en realidad sus esperanzas—. ¿Cómo se pone en marcha el motor? ¡Maldita oscuridad ésta! No llevo la lámpara de bolsillo.

El guardián estaba armando un jaleo imponente, gritando con toda la fuerza de sus pulmones y golpeando con furia los mamparos. Bill se dirigió al timón en la

oscuridad. Y entonces empezaron a sucederse con rapidez los acontecimientos. Se encendieron luces en tierra. Se oyeron voces que gritaban. Se percibió el rumor de apresurados pasos.

—No tendremos tiempo de lanzar amarras y arrancar antes de que se nos echen encima —exclamó Bill—. ¿Dijiste que teníais otra embarcación aquí, Jack? ¿Dónde está? ¿Y qué hay de Jorge? ¡Pronto, contéstame!

—Sí..., hay otra embarcación cerca de la extremidad del desembarcadero, por allí... Están las niñas a bordo... y probablemente estará Jorge con ellas ya —repuso el niño, hablando atropelladamente en su excitación—. ¡Más vale que huyamos a nado!

—¡Al agua, pues! —ordenó Bill—. Tipperlong, ¿dónde está usted? Más vale que nos acompañe.

—No s-s-sé nadar —tartamudeó el otro.

—Tírese al agua y ya le ayudaré yo —dijo el detective.

Pero la mera idea de tirarse al agua fría en plena noche con enemigos a su alrededor, acoquinó por completo a Horacio. Se acurrucó en un rincón y se negó resueltamente a moverse.

—Bueno, pues quédese entonces —le dijo Bill con desdén—. Yo tendré que irme con estos niños... ¡No puedo abandonarlos ahora!

Saltó con Jack por la borda. Horacio oyó los chapuzones y se estremeció. Nada hubiera sido capaz de inducirle a hacer otro tanto. Tembló en su rincón, aguardando a que el enemigo bajara por el desembarcadero.

Los hombres llegaron con lámparas encendidas y preguntaron a gritos al que montara guardia una explicación de todo aquel jaleo. Subieron a bordo de la canoa y encontraron inmediatamente a Horacio tiritando en el rincón. Le sacaron de allí a rastras.

El guardián seguía descargando golpes en el camarote, poniéndose ronco de tanto chillar de rabia. Los enemigos, no muy seguros de lo ocurrido, interrogaron al pobre Horacio.

Bill y Jack, que nadaban velozmente en las tinieblas, oyeron las voces excitadas y pidieron al cielo que no les delatara el ornitólogo. El guardián no tardaría en decirles todo cuanto deseaban saber, pero quizá los pocos minutos de delantera que llevaban les bastaran.

Jorge se hallaba ya a bordo del barco, tranquilizando a las asustadas niñas. Cuando oyó los chapuzones al saltar al agua Bill y Jack, aguzó la mirada para ver si los distinguía. Al percibir el ruido de los brazos de los nadadores bajó la lámpara de bolsillo hasta casi tocar el mar y la encendió un par de veces para que les sirviera de guía.

Los otros vieron los destellos de luz y nadaron hacia allá con alivio. Jack había

temido no dar con la canoa en su excitación. No tardaron en subir a bordo, y Lucy y Dolly asieron los mojados y velludos brazos de Bill, tan fuertes y tranquilizadores.

—Vamos..., hemos de ponernos en marcha sin perder instante —dijo Bill, dando una palmadita cariñosa a cada niña—. ¡Caramba! ¡Qué jaleo hay en esa lancha! Ya han puesto en libertad al guardián. Vamos, antes de que sepan dónde estamos.

—Nos delatará el motor en cuando lo pongamos en marcha —dijo Jack—. Tenemos remos. ¿Bogamos?

—No —respondió Bill—. Hemos de alejarnos de aquí lo más aprisa posible. Nos perseguirán, y es preciso que les pillemos una buena delantera. Niñas, tumbaos boca abajo. Y vosotros, niños, echaos encima de ellas. ¡Empezarán a disparar contra mí de un instante a otro!

Puso en marcha el motor. Lucy y Dolly se tiraron sobre cubierta. Los niños se echaron encima, casi dejándolas sin aliento. Como incómodos, no podían haberlo estado más, de ningún otro modo.

Cosa rara, ninguno de los niños experimentaba el menor temor. Todos sentían una excitación enorme y Lucy, incluso, se hubiese puesto a gritar y bailar. Era duro tener que permanecer tirado sobre cubierta debajo de Jack cuyo peso apenas le permitía respirar.

En cuanto arrancó el motor de la canoa reinó un silencio de asombro a bordo de la otra embarcación. Era evidente que al guardián no se le había ocurrido que pudiera haber otro barco cerca, ni a sus amigos tampoco. Habían creído que Bill y sus salvadores se hallaban nadando todavía por la vecindad y aún no tenían los recién llegados idea de lo sucedido.

Pero al sonar el motor de la canoa de Bill, o, mejor dicho, de Horacio, en la oscuridad, el enemigo comprendió que debía impedir a toda costa que se escapara.

¡Crac! Alguien disparó un revólver y el proyectil cruzó en dirección a la canoa.

¡Crac! ¡Crac! ¡Crac! Bill se agazapó todo lo que pudo sobre el timón, al oír silbar una bala demasiado cerca para su gusto.



—¡No os levantéis, muchachos! —les ordenó con ansiedad—. Pronto estaremos fuera de su alcance.

¡Crac! Otro proyectil pasó por encima de ellos y dio en el agua al otro lado. Bill dijo varias cosas entre dientes y lamentó que no pudiera ir más aprisa la embarcación.

¡Crac! ¡Crac!

«Kiki», que estaba posado encima de Jack, intrigado por todo aquel ruido y excitación, lanzó un gran aullido.

—¡Oh! ¡Le han dado a «Kiki»! —exclamó Jack.

Y se incorporó, lleno de ansiedad, buscando a tientas a su querido loro.

«Kiki» no dijo una palabra, sino que continuó gritando, como si experimentara un dolor terrible. Jack estaba fuera de sí de congoja.

—¡Tiéndete, idiota! —rugió Bill, presintiendo que el niño no estaba ya tumbado—. ¿Has oído lo que te he dicho?

—¿Es que «Kiki»...? —empezó el niño.

Un furioso rugido de Bill le interrumpió:

—¡A «Kiki» no le pasa nada! ¡No podría dar semejantes gritos si estuviese herido! ¡Haz lo que te mando y tumbate otra vez!

Jack obedeció. Volvió a echarse, escuchando con ansiedad los gritos del loro. Los otros, convencidos también de que había sido alcanzado el pájaro, experimentaron no menos ansiedad que su compañero.

Lucy se preguntó qué habría sido de «Soplando» y «Bufando». No les había oído decir «arr» desde hacía mucho rato. ¡A lo mejor les habría alcanzado alguna bala también! ¡Ay, Señor! ¿Cuándo estarían fuera del alcance del enemigo y en lugar seguro?

Cesaron los disparos, pero se oyó otro ruido que sonó débilmente por encima del que hacía su propio motor. Los agudos oídos de Bill lo percibieron.

—¡Nos persiguen! —dijo—. ¡Han puesto en marcha su canoa! ¡Gracias a Dios

que la noche es oscura! Tendremos que seguir adelante hasta que se nos agote la gasolina, y esperar a que la suerte nos proteja.

La lancha que les perseguía encendió un potente reflector y barrió con su luz el mar.

—Estamos justamente fuera de su alcance —anunció Bill con alivio—. Este barquichuelo corre más de lo que yo esperaba. ¡«Kiki», deja de aullar! ¡No te han hecho nada!

—Bill, quizá tengamos gasolina suficiente para llegar a la isla de la que vinimos y que está al Este —dijo Jack de pronto—. Los hombres esos creerán probablemente que intentaremos alejarnos lo más posible de aquí y si hiciéramos eso es seguro que nos alcanzarían. Su barco es más potente que el nuestro y en cuanto estemos al alcance de sus reflectores nos verán. Viremos hacia la izquierda.

—¿De qué isla vinisteis? —preguntó Bill—. ¿Y qué os ha estado sucediendo a todos desde que fui lo bastante imbécil para dejarme capturar? ¡He estado enloquecido de ansiedad pensando en vosotros!

—También nosotros estábamos la mar de preocupados por usted —contestó Jack—. Vire a babor, Bill. Nos dirigiremos a la Isla de la Laguna, con la esperanza de que esos hombres no adivinen que estamos allí.

El barco puso proa a la otra isla, surcando el oscuro mar. Muy atrás de ellos el reflector seguía barriendo las aguas; pero era evidente que marchaba ahora en otra dirección. Unos minutos más y se encontrarían fuera del alcance de la vista y del oído de sus perseguidores.

—¡Arrr! —dijo una voz gutural detrás de Bill.

Éste dio un brinco de sorpresa. Luego se echó a reír.

—¡Caramba! ¿Aún tenéis a «Soplando» y «Bufando»? No empieces a chillar otra vez, «Kiki». Estoy seguro de que no tienes nada.

—¿Puedo incorporarme ahora y ver a tientas si está herido «Kiki»? —suplicó Jack, con ansiedad—. Ya no disparan.

Pero antes de que Bill pudiera responder, el motor empezó a hacer una serie de ruidos raros, a fallar y a renquear y, por último, con un sonido que parecía un suspiro de alivio, se paró del todo.

—Se acabó la gasolina —anunció Bill, con amargura—. ¡Tenía que ocurrirnos una cosa así, claro! Ahora no tendremos más remedio que remar y, ¡no tardará el enemigo en alcanzarnos!

Capítulo XXVIII

Una noche de charla

Los niños se incorporaron todos inmediatamente, y las muchachas estiraron brazos y piernas con alivio.

—Cuidado que pesas. Jorge —gruñó Dolly—. ¡Oh, Bill, qué mala suerte quedarnos sin gasolina cuando debemos andar ya tan cerca de la costa!

Jack alargó la mano hacia «Kiki», pasándosela por el cuerpo, por las patas y por el pico con ansiedad. ¿Dónde estaría herido?

«Kiki» se pegó contra él, murmurando palabritas raras y sin sentido.

—No te han hecho nada, pájaro bobo —exclamó el niño con alivio—. Armaste la mar de jaleo sin motivo. Me avergüenzo de ti.

—Pobre «Kiki», pobre «Kiki», llamad al médico —murmuró el loro.

Y se metió la cabeza debajo del ala.

—Que yo vea, no ha sufrido daño alguno —les dijo Jack a los otros—; pero debió llevarse un susto enorme. Quizá le pasara rozando alguna bala.

—¡Oh, olvídate de «Kiki» un instante y hablemos de nosotros! —dijo Dolly—. Bill, ¿qué hemos de hacer?

Bill había estado sumido en meditación. ¿Qué era lo mejor que podía hacer? No era broma tener a su cargo a cuatro niños con tan peligrosos enemigos en la vecindad. ¿Sería mejor dirigirse a aquella isla de la laguna, dondequiera que se encontrase? Debía hallarse a una distancia asequible a remo, por lo menos. O..., ¿sería mejor bogar mucho más allá?

—Nos dirigiremos a vuestra isla de la laguna —dijo por fin—. Yo creo que es lo mejor.

—No puede estar muy lejos —observó Jack, esforzando la vista en la oscuridad—. Me parece distinguir una mole negra por allá. ¿La ves tú, Jorge?

—Sí. ¡Mire hacia allá, Bill! ¿La ve usted?

—No veo nada en absoluto —contestó el detective—. Pero os creo a pie juntillas. Tenéis una vista muy aguda y un oído muy fino. ¿Dónde están los remos?

Los encontraron en seguida, y las niñas, sentadas muy juntas para darse mutuamente calor, oyeron el rumor de los palos al introducirse en el agua.

—Sí..., se trata de tierra, en efecto —dijo Bill al cabo de un rato con satisfacción—. Pronto llegaremos. Dios quiera que no haya escollos en los que podamos encallar.

—¡Oh, no! —repuso Jack—. No corremos ningún peligro. No hay ningún peñasco ni escollo cerca de la isla de la laguna. Por lo menos por la parte a la que debemos estarnos aproximando ahora.

Pero apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando se oyó un chirrido terrible, y la embarcación se estremeció de proa a popa. Todos se llevaron una enorme sacudida. ¿Qué estaba sucediendo?

—¡Varados en las rocas! —exclamó Bill, sombrío—. Y ¡mucho me temo que no lograremos desencallar! ¡Esta canoa parece decidida a quedarse aquí!

No había manera de moverla, en efecto. Jack encendió la lámpara de bolsillo e intentó descubrir lo que había sucedido. ¡Bien claro estaba!

—Hay rocas todo alrededor —dijo con melancolía—. No nos hemos acercado a la isla por la parte que creíamos. Dios sabe dónde nos encontramos.

—Veamos si se nos ha hecho una vía de agua —dijo Bill, tomando la lámpara de Jack. Examinó la embarcación a conciencia y exhaló un suspiro de alivio—. No. Parece como si no corriéramos peligro alguno por ese lado hasta ahora. Debe haberse montado sobre una repisa de roca que casi se hallaba a flor de agua. Es inútil intentar hacer nada de momento. Tendremos que aguardar a que amanezca para ver si logramos desalojarla. Si nos ponemos a trabajar ahora y logramos desencallarla, iremos a dar contra otra roca en la oscuridad.

—Bueno, pues abriguémonos con las mantas, comamos algo y hablemos luego —dijo Lucy—. Sería incapaz de dormirme.

—Ninguno de nosotros conseguiría hacerlo esta noche —aseguró Jack—. En mi vida me he sentido más despabilado. Voy a empezar a ponerme ropa. No he tenido tiempo de vestirme todavía. Pero ¡lo que me alegraré de poder envolverme en mantas!

—Yo estoy bastante calado también —dijo Bill—. Me parece que me envolveré yo en unas mantas como vosotros.

—Hay ropa de Horacio en ese armario —dijo Dolly—, en el que está detrás de usted. Creíamos haberle dado toda la que había, pero ayer encontré más allí. No le irá a usted bien, Bill, pero por lo menos le abrigará.

—¡Magnífico! —exclamó Bill, abriendo el armario—. Me la pondré ahora si doy con ella en la oscuridad. Vosotros sacad provisiones si las hay. ¡Lástima que no podamos hervir agua y tomarnos algo caliente!

A los pocos momentos, tanto Bill como los niños estaban ya vestidos con ropa seca. Se sentaron los cinco muy juntos para estar calientes y comieron galletas y chocolate con apetito.

—Bueno, ¿y si nos contáramos ahora lo que nos ha ocurrido desde que me marché tan apresuradamente de la Isla de los Frailecillos? —inquirió Bill.

—Cuenta usted su historia primero —dijo Lucy, apretándose contra él—. ¡Oh, Bill, qué bueno es tenerle a nuestro lado otra vez! ¡Me asusté tanto cuando descubrimos que había desaparecido y que el motor de la canoa y el aparato de radio estaban destrozados!

—Sí; me dijeron que habían hecho eso —asintió Bill—. Aparentemente, no tenían la menor idea de que estuvieseis vosotros en la isla... con que yo, naturalmente, no dije una palabra. Bueno, para abreviar: cuando andaba yo sintonizando el aparato de radio aquella noche, intentando expedir un mensaje y no lográndolo por desgracia..., es cuando me aprisionaron y...

—¡Oh, Bill! —exclamó Lucy—. ¡Así, no nos salvarán! ¡Oh! ¡Habíamos confiado que habría podido usted mandar un mensaje pidiendo auxilio o algo!

—Mis jefes sabían que había descubierto algo por aquí, pero esto es todo. Sea como fuere, estaba dándole a los mandos del aparato como digo, cuando recibí de pronto un golpe en la cabeza que me derribó. Me quedé sin conocimiento y no supe nada más hasta que lo recobré en otra isla..., prisionero en una cabaña.

—El enemigo no le hizo daño, ¿verdad? —preguntó con ansiedad Lucy.

Bill no respondió a eso y continuó con su relato.

—Me interrogaron, claro, y no consiguieron arrancarme una palabra. Lo curioso del caso es que hemos ido a tropezamos aquí precisamente con los mismos hombres de quienes andaba ocultándome. Aquí era donde estaban desplegando sus actividades. Yo había creído que lo estaban haciendo en Gales..., cosa que me hicieron suponer gracias a una serie de pistas falsas.

—¡A, Bill! ¡Y pensar que este desierto mar, con todos sus islotes, ha sido el sitio que escogieron ellos y que nosotros escogimos también! —exclamó Jack—. Debieron creer que había descubierto usted su escondite y venido aquí a cazarles.

—Eso fue lo que creyeron, en efecto —respondió el detective—. Es más, supusieron que uno u otro de sus propios hombres les había delatado, y querían que yo les dijese quién era el traidor. Supongo que por eso me encerraron en lugar de liquidarme de una vez.

—Una vez, dos veces, tres... —dijo «Kiki», sacando la cabeza de debajo del ala.

Pero nadie le hizo el menor caso. Resultaba demasiado interesante el relato de Bill.

—Querían averiguar cuánto sabía yo y quién me lo había dicho —prosiguió éste—. Bueno, yo no sabía gran cosa en realidad y lo poco que sabía no me lo había dicho nadie, conque no lograron sacarme gran cosa... y eso les hizo muy poca gracia.

—Así, pues, ¿usted no sabía gran cosa en realidad?

—Sabía que esta cuadrilla estaba haciendo algo ilegal..., sabía que estaban sacando mucho dinero de alguna parte... y deduje que se trataría de algo relacionado con armas. Intenté desbaratar sus planes varias veces, y se dieron cuenta de que me hallaba sobre su pista. Les había estropeado un negocio en cierta ocasión..., por lo que no gozaba de mucha popularidad entre ellos.

—¡Y decidieron seguirle la pista a usted y matarle! —exclamó Jack—. Así que le dijeron que desapareciese y, ¡qué ironía!, vino usted aquí a desaparecer.

—Metiéndome en la boca del lobo —asintió Bill—, y arrastrándoos a vosotros conmigo. ¿Cómo diablos os las arregláis para servir siempre de imán a las aventuras? En cuanto me acerco a vosotros, surge una aventura y nos vemos todos envueltos en ella.

—Sí que resulta muy singular —dijo Jack—. Pero prosiga, Bill.

—Bueno; pues de pronto mis guardianes trajeron a Horacio Tipperlong a mi cabaña. Parecían creer que se trataba de un amigo mío, de un compañero que había venido a las islas a ayudarme a investigar. Él estaba tan desconcertado como yo. Por mi parte, yo no sabía a qué atenerme respecto a él. Pero cuando nos quedamos solos empezó a hablarme de vosotros y adiviné lo ocurrido. Según su relato, os portasteis como verdaderos demonios con el pobrecillo.

—Es cierto —repuso Jack con remordimiento, recordando de qué manera trataron al desconcertado y enfurecido Horacio—. Es que creímos, de veras, que se trataba de uno del enemigo, disfrazado de ornitólogo, enviado para capturarnos y obligarnos a subir a su embarcación, conque...

—Nos anticipamos y le capturamos nosotros a él y le metimos en un agujero que habíamos descubierto y no le dejamos salir —dijo Dolly.

—Y le disteis un estacazo en la cabeza cada vez que intentó asomarla, según parece —dijo Bill—. Nunca os hubiese creído tan feroces. Dice que hasta las niñas le sacudieron por turnos.

—¡Vaya! ¡Si será embustero! —exclamaron todos, estupefactos ante semejantes mentiras—. Bill..., ¡no llegamos a pegarle ni una sola vez!

—No me hubiera sorprendido que los niños le dieran un par de golpes si creían que era uno del enemigo enviado a capturarles —dijo Bill—, pero no podía imaginarme que las niñas le pegasen. Dijo que Lucy había sido la peor.

—¡Oh! ¡Y yo fui la única que dijo que me sería completamente imposible tocarle! —exclamó Lucy, escandalizada de verdad ante tan malvadas afirmaciones.

—Sea como fuere, le hicisteis pasar un rato terrible al parecer, y luego os largasteis con su canoa, dejándole para que le capturase el enemigo —prosiguió Bill—. No pude menos de reírme cuando le oí contar todo eso. Tenéis un valor admirable, muchachos.

”El enemigo se lo llevó en su barco, y no quiso creer una palabra cuando le contó que le habíais hecho vosotros prisionero. Creyeron que se trataba de un colaborador mío. Claro está que yo fingí no creer tampoco que hubiese niños en la isla, porque no quería que os capturasen a vosotros también. Pero sí que me pregunté qué estaríais haciendo cuando supe que os habíais llevado la canoa. Horacio dijo que ya no estaba en el puertecito cuando le obligaron a subir a bordo de la lancha enemiga.

—¡No me gusta Horacio! —anunció Lucy—. ¡Ojalá le haga pasar un mal rato al enemigo! Es tonto, es embustero y es un cobarde.

—Y si no hubiera gritado cuando lo hizo esta noche, al abrir yo la escotilla para ponerle a usted en libertad, hubiésemos podido capturar esa canoa grande y llegar con ella a las costas de Inglaterra —dijo Jack, sombrío—. ¡Qué imbécil! ¡Mira que gritar de esa manera!

—Sí, fue una verdadera lástima —asintió Bill—. Ahora, cantadme vosotros vuestra historia.

Los niños se la contaron, y Bill les escuchó con interés y asombro. Cuando llegaron a lo de la laguna y lo que en ella había escondido, contuvo el aliento, estupefacto, sorprendido, admirado.

—¡Conque allí era donde guardaban las armas! ¡Las dejaban caer en paracaídas al lago, con la intención de sacarlas cuando llegara el momento y llevárselas en hidropiano! ¡Contrabando de armas en gran escala!

—Nos llevamos una sorpresa grande al ver lo que estaban haciendo —observó Jack.

—No era para menos —contestó Bill—. ¡Si apenas puede creerse! ¡Y pensar que tropezasteis vosotros con la clave del misterio! ¡Caramba! ¡Si pudiese hacer llegar un mensaje a mis jefes, los pillaríamos a todos con las manos en la masa!

—Ha sido la mar de emocionante —dijo Jorge—. Hemos tenido algunos sustos, se lo aseguro, Bill.

—Sois unos buenos chicos..., buenos chicos y muy valientes. Estoy orgulloso de vosotros. Pero hay una cosa que no comprendo. ¿Por qué no huisteis a lugar seguro después de apoderaros de la embarcación de Horacio? ¿Por qué os quedasteis rondando y husmeando por aquí?

—Es que... —dijo Jack—, teníamos que escoger entre escaparnos y... procurar encontrarle a usted. Y decidimos hacer lo segundo..., ver si dábamos con su paradero. Hasta Lucy votó a favor de eso.

Hubo unos instantes de silencio. Luego Bill rodeó con sus brazos a los cuatro y les dio un apretón que dejó a Lucy sin aliento.

—No sé qué decir —anunció Bill, con una voz muy rara—. No sois más que unos niños, —pero formáis el grupo de amigos mejor y más hermoso que pudiera hombre alguno encontrar. Conocéis el significado de la lealtad ya, y, aun cuando sentís miedo, no os dais por vencidos jamás. Estoy orgulloso de teneros por amigos.

—¡Oh, Bill! —exclamó Lucy, enormemente emocionada al oír semejantes palabras en la boca de su héroe—. Sí que es usted agradable. Y es nuestro mejorísimo amigo y siempre lo será.

—Siempre —aseguró Dolly.

Los niños nada dijeron, aunque experimentaron un calor singular y una emoción profunda en sus adentros. Amistad..., lealtad..., firmeza ante el peligro..., ellos y Bill conocían estas cosas y las apreciaban en toda su hermosura y su valor. Se sentían

muy cerca de Bill, en verdad.

—¡Mirad! —dijo Lucy, de pronto—. ¡El amanecer! Allá, por Oriente. ¡Oh, Bill!
¿Qué irá a suceder hoy?

Capítulo XXIX

Bill hace un descubrimiento magnífico

El firmamento se plateó por oriente. Luego un resplandor dorado se fue extendiendo lentamente hacia arriba, y el mar se tornó de un color lechoso que, poco a poco, se convirtió en oro.

Casi inmediatamente sonaron los gritos de las aves al alzarse de sus nidos y perchas, guillemotes, bubias, corvejones, frailecillos y gaviotas para saludar al nuevo día. En unos momentos el mar se cubrió de centenares de pájaros que buscaban con avidez peces para desayunar. «Soplando» y «Bufando» se unieron a ellos.



Jack exhaló una exclamación al mirar a su alrededor.

—¡Ésta no es la isla de la laguna! No había acantilados rocosos como éstos de cara al mar. ¡Hemos venido a una isla distinta!

—Sí —asintió Jorge—. Una que no recuerdo haber visto antes. ¡Maldita sea!

¿Dónde estamos?

Seguramente se trata de una isla que vimos una vez en la carta —intervino Lucy, recordando—. La Isla de las Alas. ¡Fijaos en la masa de pájaros que hay sobre las aguas a nuestro alrededor! ¡No hemos visto nunca tanta cantidad!

—¡Es extraordinario! —exclamó Bill con asombro—. Debe haber millones de pájaros. Y están tan cerca unos de otros que se estorban mutuamente.

No sólo el mar estaba lleno de aves, sino el aire también, y las llamadas y los gritos ensordecían. A los pocos instantes empezó a alzarse de las aguas un pájaro tras otro con un pez en el pico. «Soplando» voló a la embarcación, y presentó a Jorge la cantidad usual de peces, ordenadamente colocados en el pico.

—«Kiki» está muy callado —dijo Jorge, mirando al loro—. ¿Qué te pasa? «Kiki», ¡alza la cresta, pájaro absurdo!

—Llamad al médico —dijo plañidero «Kiki».

Jack le miró con atención. Luego soltó un grito.

—¡Ha perdido parte de la cresta! ¡Apenas le queda ninguna! ¡Oh, Bill! ¡Por eso clamó tanto anoche! Debe haberle pasado una bala por la cresta llevándose parte de las plumas.

—¡Pobre torito, pobre lorito! ¡Qué lástima, qué lástima! —exclamó el loro, encantado de haberse convertido en foco de atracción.

—Sí, pobre «Kiki» —asintió Jack, acariciándole—. ¡Qué susto te llevarías! No me extraña que aullaras. Bueno, no te preocupes: la cresta te volverá a crecer. Parecerás un poco sarnoso una temporada, pero a nosotros nos dará igual.

Bill había estado mirando a ver qué era, exactamente, lo que le había sucedido al barco. Éste se había metido en una repisa rocosa, asentándose tan firmemente en ella que no había la menor esperanza de poder desalojarle hasta que subiera la marea. No se hallaban en la isla propiamente dicha, sino en un espolón de altas rocas, cubiertas de densas algas y habitadas por doscientos pájaros o más. A éstos no parecía preocuparles en absoluto la embarcación ni sus tripulantes. Es más, viendo a «Soplando» y «Bufando» posados allí, algunos de ellos se posaron sobre cubierta también. Esto llenó a Jack de emoción.

—No creo que el barco haya sufrido avería alguna —anunció Bill—. En cuanto lo ponga a flote la marea otra vez, podremos usarlo. Pero lo que nos interesa saber es: ¿Qué diablos haremos si es que, en efecto, llega a flotar?

—Remar hasta llegar a lugar seguro —repuso Lucy, sin vacilar.

—Eso suena fácil —dijo Jack con desdén—. Pero no te das cuenta de lo desolado y desierto que está por aquí el mar, ni de cuan pocas personas vienen a estas islas. No nos sería posible bogar hasta Inglaterra, ¿verdad, Bill?

—No; no lo creo. Me alegro de ver que tenemos una buena cantidad de provisiones. Eso ya es algo. Pero ¿y agua para beber?

—Tendremos que beber jugo de pina o algo así —dijo Dolly—. Y si llueve, cogeremos gran cantidad de agua de lluvia.

—¿Cuál es la mejor cosa que hacer? —murmuró Bill, hablando consigo mismo, frunciendo el ceño—. Supongo que andarán buscándonos. Comprenderán que no podemos haber ido muy lejos. Mandarán patrullas... hasta un aeroplano quizá. No pueden permitirse el lujo de dejarme escapar ahora.

Dolly miró a su alrededor.

—Si el enemigo da la vuelta a esta isla, no puede menos de vernos —murmuró—. Nos descubrirían en seguida a bordo.

—Bueno, ya decidiremos lo que hacer cuando esté la canoa a flote otra vez —dijo Bill, por fin—. ¿Y si durmiéramos un poco? Lucy está blanca como una sábana. No ha pegado ojo.

—Sí que tengo bastante sueño —reconoció la niña, tratando de ahogar un bostezo—. Pero me siento sucia y pegajosa también.

—Démonos un chapuzón, y durmamos un rato después —sugirió Jack—. Podemos montar guardia por turnos por si se acerca el enemigo.

—Yo no quiero darme un baño —anunció Dolly—. Tengo demasiado sueño. Vosotros tres y Bill podéis bañaros, y yo haré las camas otra vez, colocando las mantas y la ropa bien para que estemos cómodos.

—Yo te ayudaré —dijo Lucy—. También yo estoy demasiado cansada para bañarme.

Bill y los niños no tardaron en meterse en el agua. Las niñas los contemplaron.

—¿Sabes una cosa? —dijo Lucy, al cabo de un rato—. Casi resulta imposible verles entre todos esos pájaros flotantes. Cuando los pierdo de vista, no soy capaz de volverlos a encontrar.

Era verdad. Había tantos pájaros flotando, que las oscuras y húmedas cabezas de los niños y de Bill apenas lograron distinguirse entre las aves.

—Digámoselo a Bill en cuento vuelva —dijo Dolly, ocurriéndosele una idea—. Apuesto a que si nos metiéramos todos en el agua, caso de acercarse el enemigo jamás nos verían entre los pájaros.

—Es verdad —asintió Lucy—. ¡Sería una idea maravillosa, Dolly!

Se lo dijeron a los otros cuando regresaron de su baño. Bill movió afirmativamente la cabeza, contento.

—Sí, es una idea magnífica. Si aparece el enemigo, eso es lo que haremos. No podrían verse nuestras cabezas entre los cuerpos de los pájaros.

—Pero ¿y la canoa? —inquirió Jack.

—Podríamos hacer con ella lo que hicimos con nosotros mismos cuando nos encontrábamos en las rocas junto a la laguna —dijo Jorge—. ¡Cubrirla con algas para que pareciese una roca!

—Estáis llenos de buenas ideas, muchachos —exclamó Bill—. Mientras vosotros dormís, yo me encargaré de cubrir el barco un poco. Si el enemigo viene, lo hará pronto. No pasará mucho rato sin que intente encontrarnos. Os despertaré si los veo u oigo, y deberéis estar todos preparados para descolgaros por la borda. Más vale que durmáis con la ropa interior, para no mojárosela toda. Vuestros trajes de baño están chorreando.

—Los nuestros no —respondió Lucy—. ¡Ay, Señor! ¡Qué sueño tengo! ¡Dios quiera que no se presente el enemigo aún! ¡No estoy muy segura de que sería capaz de despertarme si llegase!

Bill los envolvió bien en las mantas, y estaban tan agotados, que todos se quedaron dormidos casi inmediatamente. Bill se puso a enmascarar el barco. Arrancó grandes frondas de algas de las vecinas rocas y las colgó de los costados de la canoa, hasta hacerla parecer una roca de forma de nave.

Habiendo terminado su tarea se sentó en el camarote, retiró, distraído, la cubierta de algo que había allí, ¡y se quedó boquiabierto de sorpresa!

—¡Un aparato de radio! ¿Sería transmisor también? Habiendo marchado solo a tan solitarios lugares, ¿no habría tenido Horacio el sentido común suficiente para llevarse consigo un transmisor por si se ponía enfermo o sufría algún accidente? Empezó a examinar el aparato con manos temblorosas.

Soltó una exclamación tan alta, que despertó a Jack. El muchacho se incorporó, alarmado:

—¿Es el enemigo, Bill?

—No; pero, escucha, ¿por qué diablos no me dijisteis que había radio a bordo? Con un poco de suerte podré expedir un mensaje.

—¡Troncho! ¡Me había olvidado por completo del aparato! —contestó el niño—. Pero ¿es emisora también?

—Sí. No muy buena; pero haré lo posible por hacerla funcionar para poder radiar un mensaje a mis superiores. Siempre hay alguien de guardia allí junto al receptor de radio, con la esperanza de recibir noticias mías. Hace días que no mando ningún informe.

Empezó a buscar a su alrededor y Jack se preguntó por qué.

—¿Qué anda buscando, Bill? —quiso saber.

—La antena. Debe haber una antena en alguna parte para el transmisor. ¿Dónde estará?

—Recuerdo haber visto algo en un estante en la parte de atrás del camarote —anunció Jack, soñoliento—. Medía cerca de dos metros.

—¡Eso sería la antena! —exclamó Bill, y fue a verlo. Sacó algo largo y delgado—. ¡Magnífico! Aquí está. La montaré en seguida.

Jack estuvo observando a Bill unos minutos, luego sintió que se le cerraban los

ojos y se dejó caer sobre las mantas otra vez. Era muy emocionante ver cómo montaba Bill la antena y procuraba hacer funcionar el aparato, pero ni esa emoción era capaz ya de mantenerle abiertos los ojos al niño. Al cabo de medio segundo estaba dormido de nuevo.

Bill trabajó con ahínco, gruñendo de vez en cuando con desilusión al fallarle una cosa tras otra. Salieron ruidos extraños del aparato y brillaron lucecitas aquí y allá en su interior. Algo le pasaba al aparato aquel, y Bill no lograba descubrir el qué. ¡Si lo supiese! ¡Si lograra hacerle funcionar aunque no fuera más que durante un minuto o dos!

Por fin creyó tenerlo en condiciones. Ahora, a mandar el mensaje. Ahora, a radiar su distintivo y aguardar respuesta.

Expidió vez tras vez el número clave que servía para identificarle y no obtuvo respuesta alguna. El aparato parecía muerto por completo como receptor. No había más recurso que emitir el mensaje y confiar en que sería recibido, aunque dudaba muy en serio que lo fuese.

Radió apresuradamente en clave unas palabras, pidiendo inmediato auxilio. Las repitió una y otra vez sin que le llegase contestación. Dio la isla de la laguna como guía de su paradero, comprendiendo que no debían estar lejos de ella. ¿Dejaría de figurar en algún mapa y de ser, por consiguiente, fácil de localizar?

Estaba tan entretenido tratando de mandar el mensaje y tan atento a una respuesta que nunca llegaba, que por poco le pasa inadvertido el trepidar de una potente embarcación motora. Pero por fin tuvo conciencia del ruido y alzó la mirada con sobresalto.

Les gritó a los niños.

—¡Despertad! ¡Aprisa! ¡Al agua todos! ¡El enemigo está aquí! ¡«Despertaos»!

Se despertaron todos de golpe. ¡El enemigo! ¡Zas! Se metieron en el agua los cinco, apenas despiertas del todo las niñas. ¡El enemigo! Sí, ¡allí estaba la lancha automóvil viajando a toda velocidad en dirección a donde se encontraban!

Capítulo XXX

¡Ah del barco!

Centelleó de pronto el sol en las lentes de unos gemelos de campaña. Estaban enfocando la isla en cuyas rocas había encallado la embarcación de los muchachos. Los gemelos barrieron rocas e isla, y volvieron luego a las rocas otra vez.

La canoa estaba allí, cubierta de algas de extremo a extremo. Concentraronse en ella durante unos momentos. Luego escudriñaron el mar. Pero resultaba imposible distinguir las cinco cabezas entre las flotantes aves.

Los niños se mantuvieron tan cerca de los pájaros que nadaban como les era posible. Jorge no corría el menor peligro, porque «Bufando» y «Soplando» se le habían posado encima y le ocultaban divinamente. Lucy se encontraba cerca de un gran corvejón que la contemplaba con interés, pero no huía de ella. Dolly y Jack se hallaban entre un grupo de frailecillos y Bill, temeroso de que su cabeza, más grande y bastante calva, fuese descubierta, no hacía más que sumergirse y permanecer debajo del agua todo el tiempo que le era posible contener la respiración.



Al cabo de lo que les pareció un siglo, la canoa enemiga dio un viraje y se alejó, con el propósito de dar la vuelta al islote, o así le pareció a Bill por lo menos. El trepidar del motor se fue perdiendo en la lejanía.

Bill y los niños no volvieron al barco hasta que el rumor se hubo apagado por completo. Entonces, cuando se les antojó pasado el peligro, subieron a bordo todos, mojados y hambrientos, pero sin pizca de sueño ya.

—¡Qué resbaladizo está el barco con todas estas algas! —exclamó Jack—. Dolly, tu idea dio muy buenos resultados. No creo que el enemigo soñara ni remotamente que había nadie aquí... y eso que tenían a cinco personas y una embarcación al alcance de los gemelos.

—Sí, fue una idea magnífica, Dolly —asintió Bill—. Y ahora..., ¿desayunamos? ¡Yo estoy medio muerto de hambre!

Se sentaron y abrieron unas cuantas latas. «Kiki» aulló de alegría al ver los trozos de pina dentro de una de ellas. Intentó alzar la cresta, pero como sólo le quedaban dos o tres plumas de ella, su esfuerzo no obtuvo mucho éxito.

A Jack se le ocurrió de pronto una cosa.

—¡Bill! ¿Recuerdo algo... algo relacionado con usted y el aparato de radio de Horacio... o lo soñé? Sí; quizá lo soñara.

—¡Qué has de soñarlo! Encontré el aparato de radio de Horacio... inesperadamente por cierto... y descubrí, con gran alegría, que, además de ser receptor, era transmisor también. Conque esperé poder expedir un mensaje además de recibirlos.

—¡Oh, Bill! Conque ha pedido auxilio por radio... ¡y nos salvarán! —exclamó Lucy con alegría.

—Por desgracia, el aparato no funciona como es debido —le contestó el detective—. No conseguí sacarle ni una mala nota, ni una palabra. Y no tengo medio de saber si mis mensajes fueron radiados o no. Es muy probable que esto último sea lo cierto. Este aparato de Horacio no tiene nada de bueno.

—¡Oh... después de todo resulta que seguramente no ha servido para nada! —murmuró Dolly, chasqueada.

—No para gran cosa —asintió Bill—. A propósito, ¿no ha sentido ninguno de vosotros como si se alzara la cubierta un poco? Tengo idea de que la canoa está empezando a flotar otra vez.

Y no se equivocaba. La marea acabó desalojándola de la repisa y Bill tomó los remos. Bogó hasta alejarse un trecho de la isla y luego le asaltó un pensamiento.

—Escuchad... no es posible que Horacio viniera hasta aquí... y esperara poder regresar... sin llevar gasolina de repuesto. ¿Habéis examinado bien el barco?

—No a conciencia —reconoció Jack—. No es muy grande.

—No lo es, en efecto; pero debiera haber más gasolina a bordo. Jorge, alza ese

montón de cuerdas y cosas. Habría sitio debajo de las planchas para almacenar combustible.

Jorge y Jack obedecieron. Levantaron tres tablonces que había sueltos, y debajo, muy bien colocada encontraron la gasolina de repuesto de Horacio.

—¡Troncho! —exclamó Jack—. ¡Qué hallazgo! Ahora estamos salvados. Llegaremos a la costa inglesa o escocesa en menos de nada. ¡Vaya por Horacio!

Entregaron una lata a Bill, que la vació dentro del depósito del motor. Le dieron otra, que siguió el mismo camino. ¡Hurra! ¡Ahora sí que podrían hacer progresos!

El motor arrancó de nuevo y la pequeña embarcación surcó las olas a gran velocidad esta vez. ¡No más remos! Bill puso proa al sudeste.

—¡Escuchad! ¡Anda un aeroplano por ahí! —exclamó Lucy de pronto—. ¡Lo estoy oyendo!

Todos alzaron la mirada hacia el firmamento. No tardaron en ver al aeroplano que procedía del nordeste. Volaba muy bajo.

—Parece estar intentando descubrirnos —observó Bill, con inquietud.

—En tal caso, pertenece al enemigo —dijo Jack.

Todos observaron con atención al aparato. Pareció verles de pronto y viró en dirección suya. Descendió aún más, describió un círculo por encima de ellos y luego se alejó a toda prisa.

—¡Maldición! —exclamó Bill—. Buena nos espera. Mandarán su canoa más potente... o quizás uno de los hidroaviones que parecen utilizar... y nos darán caza.

—Tenemos gasolina en abundancia por lo menos —observó Jack—, conque podemos recorrer aprisa muchas millas. Antes de mucho rato, estaremos muy lejos de aquí.

La canoa continuó avanzando, imprimiéndole Bill toda la velocidad de que era capaz. Cuando calculó que la gasolina debía estarse agotando, le dijo a Jack:

—Saca las otras latas, Jack. Echaré otras cuantas antes de que se vacíe.

Pero ¡qué golpe más terrible para los niños! ¡Todas las demás latas estaban vacías! Bill las contempló, consternado.

—¡Santo Dios! ¡Alguien le ha timado a Horacio de verdad! Probablemente daría orden de que le llenasen todas las latas... y alguien se las cobró todas y no le llenó más que la mitad. ¡Qué cochinada!

—La clase de cochinada —dijo Jorge— que sólo a una persona como Horacio suele poderse hacer. Estamos en alta mar ahora, Bill, a muchas millas de distancia de toda isla. ¿Qué haremos si se nos agota el combustible antes de que hayamos llegado a ninguna parte?

Bill se enjugó la frente.

—Esto no me gusta ni pizca —repuso—. No queda gran cosa en el depósito ya. Una vez se termine, no podremos ir muy lejos bogando, y estaremos a merced de

cualquier lancha rápida que manden en busca nuestra. Quizás uno de los proyectiles disparados diera al depósito de refilón y se salga un poco.

Nadie dijo una palabra.

«¡Ay, Señor! —pensó Lucy—. Cuando empezábamos a creer que todo iba bien, ha vuelto a ponerse mal la cosa otra vez».

Al cabo de un rato el motor empezó a fallar y acabó parándose del todo.

—Se acabó la gasolina —dijo Jack, sombrío.

—Llamad al médico —dijo «Kiki».

—Ojalá pudiésemos —respondió Jorge.

—¡Arrr! —dijo «Soplado», desde la borda.

Los dos frailecillos seguían acompañándoles. Lucy alimentaba la esperanza de que volverían a casa con ellos.

—Sí que es desagradable en verdad —dijo Bill—. Tan cerca y, sin embargo, tan lejos. Nos hemos quedado con la miel en los labios.

Reinó el silencio, interrumpido tan sólo por el chapaleteo del agua al dar contra los costados de la embarcación. Las ratas de Jorge, sorprendidas por el silencio, salieron de sus diversos escondites en las ropas del muchacho y olfatearon el aire. Bill no las había visto desde que le capturaron en la isla de los Frailecillos, las contempló con sorpresa.

—¡Caramba, cómo han crecido! —exclamó—. Vaya, vaya, pues quién sabe, ¡a lo mejor tenemos que acabar comiéndonoslas!

Lo dijo en broma; pero Lucy y Dolly lo tomaron en serio y soltaron unos grititos de horror.

—¡Bill! ¡Cómo puede decir una cosa así! ¡Comer una rata! ¡Preferiría morirme! —dijo Dolly.

—¿Remamos aunque no sea más que para distraernos? —inquirió Jack—. O, ¿comemos? O..., ¿qué si no?, ¿qué hacemos, muchachos?

—¡Oh, comamos! —respondió Jorge. Luego se le ocurrió una idea—. Oiga, Bill, ¿no debíamos empezar a racionar las provisiones? Quiero decir..., ¿cree usted que tendremos que pasar días y más días estancados en este mar tan solitario?

—No —repuso el detective, que aunque no lo dijese, estaba convencido de que antes de que transcurriera el día se hallarían en la isla otra vez, en poder del enemigo, ahora que les había descubierto el avión—. No; no tenemos necesidad de pensar en cosas de esa índole de momento. No obstante... no hubiese puesto rumbo a alta mar como hice de haber sospechado que íbamos a quedarnos sin gasolina. Hubiera permanecido durante el tiempo preciso cerca de las islas.

Fue un día aburrido y de ansiedad. Los cuatro niños estaban muy cansados aún, pero se negaban a intentar dormir. No apareció ninguna canoa en persecución suya. Empezó a hundirse el sol por el oeste y pareció como si el grupo fuese a pasarse la

noche en el mar.

—Bueno, gracias a Dios que no hace frío, por lo menos —dijo Dolly—. Hasta el aire es cálido esta noche. ¡Qué lejos parecemos estar de casa... del colegio... y de todas las cosas normales que conocemos! ¿Verdad?

Lucy contempló el vasto mar abierto, verdoso cerca del barco, pero de un azul profundo más allá.

—Sí —repuso—, estamos muy lejos de todo... perdidos en el Mar de la Aventura.

El sol descendió aún más. Luego, en el aire vespertino, sonó el ruido conocido: el palpitar de un potente motor.

Todos se irguieron en su asiento. ¿Lancha motora? ¿Aeroplano? ¿Qué será?

—¡Ahí está! —gritó Jack, haciéndoles dar un brinco a todos—. ¡Mirad allá! ¡Troncho, qué enorme! Es un hidroavión.

—Debe ser el que vimos en la laguna el otro día —dijo Dolly—. Lo han mandado en persecución nuestra. ¡Oh, Bill! ¿Qué podemos hacer?

—Tumbaros todos —ordenó Bill, sin vacilar—. Tenéis que recordar que, si se trata del enemigo, éste no tiene idea de que hay niños conmigo. Probablemente creerán que hay tres o cuatro hombres a bordo... y quizá disparen como la otra vez. Por lo tanto tumbaros y no os mováis. No asoméis la cabeza para nada.

A Lucy le empezaron a temblar, como de costumbre, las rodillas. Se tumbó cuando larga era inmediatamente, dándole gracias a Dios de que no se le hubiese ocurrido a Bill decirle a los muchachos que las protegieran con sus cuerpos como la primera vez. Bill le colocó el brazo encima.

—No te preocupes, Lucy —le dijo—. No os pasará nada. No harán ningún daño a unos niños.

Pero Lucy no quería que le hiciesen daño a Bill tampoco, y mucho se temía que se lo harían. Con el pálido semblante pegado a las mantas, se estuvo tan quietecita como un ratón.

El trepidar del aparato se oyó más cerca. Describió un círculo por encima de ellos. Luego se paró el motor y el avión amaró a corta distancia. Las olas que alzó al posarse sobre las aguas llegaron hasta la canoa, imprimiéndole un movimiento de vaivén.

Nadie se atrevió a asomar la cabeza para contemplar el aparato. Bill temió ser alcanzado por una bala si lo hacía.

Una voz enorme tronó, de pronto, sobre el mar; una voz de gigante:

—«¡Ah del barco! ¡Formad sobre cubierta!»

—No os mováis —ordenó Bill con urgencia—. No os mováis. No tengas miedo, Lucy. Están haciendo uso de un megáfono, por eso suena tan alta la voz.

La voz gigante volvió a sonar:

—«Os tenemos encañonados. Al menor movimiento sospechoso, volaremos la canoa. ¡Formad sobre cubierta!»

Capítulo XXXI

Por encima del Mar de la Aventura

—Es inútil —dijo Bill en voz baja—. No tendré más remedio que levantarme. No quiero que acribillen la embarcación con metralla.

Se puso en pie y agitó los brazos. Luego alzó las dos manos en señal de que se rendía. Despegó un bote del hidroplano y se dirigió rápidamente a la canoa. Iba tripulado por tres hombres, uno de los cuales llevaba un revólver en la mano.

Los niños aguardaron, llenos de pánico, esperando oír de un momento a otro que dispararan contra Bill. Ninguno de ellos había alzado la cabeza, pero podían imaginarse lo que estaba sucediendo.

El bote se aproximó, y de pronto, se oyó en él un grito de asombro.

—«¡Bill!» Cielos y tierra, si es «¡Bill!» ¿Por qué rayos no nos diste la bienvenida en lugar de hacernos creer que eras parte de la cuadrilla?

—¡Santo Dios! ¡Joe! —gritó Bill. Y el alivio que se notó en su voz hizo que todos los niños se pusieran inmediatamente en pie—. Mirad, muchachos... es Joe, mi colega. ¡Eh, Joe! Así, pues, ¿recibiste mi mensaje?

El bote tocó contra la canoa. Joe se guardó el revólver, riendo.

—Sí, recibí tu mensaje radiado, en efecto... pero es evidente que tú no recibiste el nuestro. Estuvimos haciéndote toda clase de preguntas y tú lo único que hiciste fue repetir, vez tras vez, la misma cosa. Conque salió este hidroplano y andábamos buscando la laguna que mencionaste cuando descubrimos esta embarcación, y bajamos a investigarla.

—Gracias a Dios —repuso Bill—, porque nos habíamos quedado sin gasolina. ¡Esperábamos que el enemigo mandara una canoa o un avión en busca nuestra de un momento a otro!

—Venid al aparato —dijo Joe, que tenía unos ojos muy azules y una sonrisa muy expresiva—. ¿Les importará a los muchachos volar?

—¡Oh, no! Ya estamos acostumbrados —repuso Jack.

Y ayudó a las niñas a subir al bote.

—¿Estamos salvados? —preguntó Lucy, sin poder creer aún que fuera verdad, después de todas sus alarmas y temores.

—Lo estáis —contestó Joe, sonriéndole—. ¡Hemos venido con uno de nuestros hidroaviones más grandes para llevaros a casa! No hay más remedio que hacer una cosa así por Bill, como comprenderéis. Es un P. M. I. Todo se lo merece.

—Y, ¿qué es eso? —quiso saber la niña, cuando se ponían en marcha hacia el aparato.

—Personaje. Muy importante, claro —repuso Joe—. ¿No sabías que lo era?

—Sí —respondió Lucy, radiante—. ¡Oh, sí! Siempre he sabido que lo era.

—Nos hemos dejado a «Soplando» y «Bufando» atrás —gimió de pronto Dolly.

—¡Cielos! ¿Es que había alguien más en vuestro barco? —exclamó Joe, alarmado—. ¡No vi a nadie!

—Sólo se trata de unos frailecillos —explicó Jack—. Pero unos frailecillos muy simpáticos y mansos. Ahí están, volando tras el bote.

—¿Nos los podemos llevar? —suplicó Lucy.

Bill movió negativamente la cabeza.

—No, Lucy. Se sentirían muy desgraciados lejos de estas islas. No tardarán en hacer nido otra vez y poner un huevo. Entonces se olvidarán ya de nosotros.

—Yo no los olvidaré nunca, nunca —aseguró Lucy—. ¡Permanecieron siempre a nuestro lado!

—Ya hemos llegado —anunció Joe, al detenerse el bote junto al gigantesco aparato.

Les ayudaron a subir a él, y luego despegó éste con suavidad, ascendiendo en círculos como una gaviota de grandes alas. La canoa de Horacio quedó abandonada, en espera que uno de los barcos policíacos la recogiera.

—¿Y esa laguna? —preguntó Joe, de pronto—. Me gustaría verla y buscarla luego en nuestras cartas. Creo que podremos encontrarla. ¿La conocerán estos muchachos si la ven?

—Claro que sí —repuso Jack—. No tiene pérdida porque es inconfundible. Es un lago marino extraordinario, y mucho más azul que el mar. Nada me extrañaría que pudiesen ver algunos de los paquetes que hay en el fondo si vuelan lo bastante bajo. El agua es muy clara.

El hidroplano hendió el aire. Los niños estaban emocionados. Abajo, el mar parecía un espejo azul. Luego, de pronto, empezaron a aparecer islotes por doquiera. ¡Qué cantidad más grande había!

Jack distinguió a los pocos instantes la laguna.

—¡Ahí está, ahí está! —gritó—. ¡Miren ahí abajo! Es fácil de reconocer. Está entre dos islas y encerrada por barreras de rocas todo alrededor.

El aparato describió un círculo por encima de la sorprendente laguna. Perdió altura. Los niños aguzaron la vista para ver si distinguían alguno de los paquetes sumergidos. Y en efecto, se veían brillar debajo del agua los envoltorios gris plateados que cubrían las armas.

—Ahí es donde están las armas —dijo Jorge—. Mire, Bill..., ¡se ven los envoltorios impermeables! Habían empezado ya a sacarlos y cargarlos en hidroaviones. Nosotros vimos cómo cargaban uno de ellos.

Bill y Joe se miraron.

—Tenemos buenos testigos, entonces —dijo Joe—. Buen puñado de chiquillos, Bill. ¿Son los mismos con los que ya corraste aventuras antes?

—Sí. No hay manera de impedir que corran aventuras. Y..., ¡siempre me arrastran a mí con ellos!

Dejaron atrás la laguna con su siniestro secreto y volaron por encima de la isla en que había estado Bill prisionero.

—Ahí está el embarcadero —dijo Jack, cuando perdieron altura—. Y miren... ¡hay dos canoas automóbiles ahora! Oiga, Bill, ¿y Horacio?

—A Horacio se le rescatará cuando hagamos limpieza de todos esos granujas —repuso Bill—. Son gente que se hace rica cuando un país va a la guerra contra otro, o cuando hay guerras civiles... porque consiguen armas y se las venden a los dos bandos. Procuramos poner fin a ese tráfico mediante toda clase de tratados internacionales. Pero estos individuos ni respetan leyes ni tratados. Para eso estoy yo..., ¡para poner fin a su criminal comercio!

—¿Cómo les atraparé ahora? —inquirió Jack—. ¿Atacando la isla para capturarlos? Y, ¿destruirá todas esas armas escondidas? ¿Y si se escapan en un barco o un avión?

—No te preocupes de eso —dijo Joe, con la sonrisa más expansiva aún—. Ya hemos radiado la mar de mensajes. Habrá una escuadrilla de hidroplanos nuestros aquí dentro de unas horas... y barcos armados patrullando los alrededores. Ya no hay esperanza de salvación para ninguno de los componentes de la cuadrilla.

Aparte del embarcadero, que apenas se hubiese visto de no haber sabido Bill y los niños que estaba allí, nada en absoluto se veía en la isla enemiga.

—Todo está muy bien enmascarado —dijo Bill—. Es gente de mucho ingenio y hace tiempo que ando tras ella. Lograron despistarme la mar de veces, y casi había perdido ya la esperanza de dar con su guarida. Pero ahí está.

—¡Deben haber quedado muy sorprendidos al verle a usted aquí, Bill! —observó Lucy, al dejar el hidroavión la isla atrás.

—¡Oh, mirad, ahí está la isla en que desembarcamos con Bill! —exclamó Lucy—. ¡La Isla de los Frailecillos! ¡Mirad! Ahí está el acantilado de los pájaros... y se distingue, aunque con dificultad, el estrecho canalizo que se mete por el farallón... Y allí es donde encendimos nuestra hoguera de señales.

—Y allí es donde instalamos las tiendas de campaña que se llevó la tempestad... allá, junto a esos árboles —dijo Jack—. Y, ¡fijaos! ¡Ahí está la colonia de frailecillos!

El hidroplano voló todo lo bajo que pudo hacerlo sin peligro. Descendió lo bastante para que los niños pudieran ver una masa de pájaros en movimiento: aves asustadas por el enorme ruido que hacían los potentes motores del aparato.

—¡Veo a «Soplando» y «Bufando»! —exclamó alborozada Lucy.

Los otros rompieron a reír a carcajadas.

—¡Qué has de verlo, so embustera! —dijo Dolly.

—No, no puedo verlos en realidad —asintió la niña—. Pero me hago esa ilusión. Quiero que estén siempre allí. Quiero que tengan su propia madriguera, y un niño... ¡y un huevo! Quiero que tengan un frailecillo pequeñín muy mono, que sea manso también. ¡Adiós, queridos «Soplando» y «Bufando»! No sabéis cuánto nos encantó teneros a nuestro lado.

—¡Arrrrr! —dijo de pronto «Kiki», como si comprendiera lo que estaba diciendo Lucy.

—«Kiki» está diciendo adiós en el lenguaje de los frailecillos —observó Lucy—. ¡Arrrrr, «Bufando» y «Soplando», yo también os digo adiós!

Y de la asustada colonia de frailecillos se elevó una mezcla de «arrrs» profundos y guturales, al tranquilizarse los pájaros de nuevo. Los que se habían metido en sus madrigueras salieron otra vez y agregaron sus estridentes voces al coro.

—¡Cuántas cosas tendremos que contarle a mamá! —dijo Jorge—. ¿Cómo se encuentra?

Joe le sonrió.

—Divinamente, salvo que está la mar de preocupada por vosotros —anunció—. Aun se sentirá mejor cuando reciba nuestro mensaje radiado.

—¿Lo han mandado ya? —preguntó Dolly—. ¡Oh, qué bien! Ahora sabrá que nos encontramos todos sanos y salvos. ¡Caramba! ¿Verdad que resultará la mar de raro volver al colegio después de esto?

¡El colegio! ¡Sentarse a un pupitre a aprender gramática francesa, recibir reprimendas por dejarse rodando por ahí las raquetas de tenis, hacer jugarretas, estudiar música, acostarse a la hora! ¡Qué raro, qué rarísimo les iba a parecer aquello!

La única que derivó en placer ante semejante perspectiva fue Lucy.

—Resultará agradable despertarse por la mañana y saber que sólo hay que preocuparse de las lecciones, del tenis y cosas por el estilo —le dijo a Bill—, en lugar de tener que preguntarse si viene el enemigo, ver a hidroplanos tirar armas con paracaídas a lagunas, huir en canoa automóvil..., salvarse de las balas...

—Darle estacazos en la cabeza al pobre Horacio —agregó Bill, riendo.

—Vaya, eso no lo hicimos, por mucho que lo haya dicho él —contesté la niña—. Y si vuelvo a verle alguna vez, le diré que siento muchísimo que nos equivocáramos de esa manera... pero que, la verdad, sí que merece un buen... un buen...

—Estacazo —sugirió Jorge, riendo.

—Bueno, pues estacazo si quieres —asintió Lucy—. Un buen estacazo por decir tantas mentiras.

El avión volaba hacia el sur ahora. Había dejado atrás todas las emocionantes islitas y todos los millones de ruidosas aves marinas. El sol casi se había puesto por completo, y el mar se había sombreado hasta adquirir un color azul muy oscuro.

Dentro de pocos minutos las primeras estrellas empezarían a pinchar el velo del firmamento, asomándose y luciendo como brillantes.

—Pronto nos hallaremos sobre Inglaterra —dijo Bill—. ¡Gracias a Dios que todo ha terminado tan bien! Creí ver firmada nuestra sentencia cuando ese aparato amaró cerca de nosotros. Otra aventura de qué hablar cuando nos veamos durante las vacaciones. ¡Cuántas hemos corrido ya juntos!

—Creo que ésta es la que más me ha gustado de todas —anunció Jack, pensativo, rascándole a «Kiki» lo que le quedaba de cresta—. Todas esas islas... y este mar solitario, con sus matices azules, verdes, grises...

—El Mar de la Aventura —dijo Lucy, contemplando la vasta extensión de agua azul oscuro salpicada aquí y allá con los dorados reflejos del firmamento—. ¡Adiós, Mar de la Aventura! Eres un sitio hermoso... pero ¡demasiado emocionante para mí!





ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles mas leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían es sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsy, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es mas corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.

Notas

[1] Ave palmípeda que habita en la parte septentrional del Atlántico y Mar Polar. Tiene la parte superior de la cabeza negra, cuello gris ceniciento y pico rojo de coral. Los ojos son pardo oscuro con un anillo ocular de color rojo; vuelan sobre las olas sirviéndose de las alas y los pies, trasladándose de una a otra ola con rapidez y fuerza maravillosa. En el mar, que es su elemento, es difícil cazarlos, pues se deslizan rápidamente o se sumergen durante tres o cuatro minutos asomando la cabeza solamente cuanto reaparecen. En tierra, jamás procuran huir, haciendo frente incluso a los perros. <<

[2] Avena en copos, hervida con leche y azúcar por encima. Aunque plato escocés es muy popular también en Inglaterra como desayuno. (N. del T.) <<

[3] Estrella de la Suerte, o Afortunada. <<

[4] Niño cuyas desternillantes aventuras se han hecho famosas en el mundo entero, y que Editorial Molino ha publicado en versión española. <<